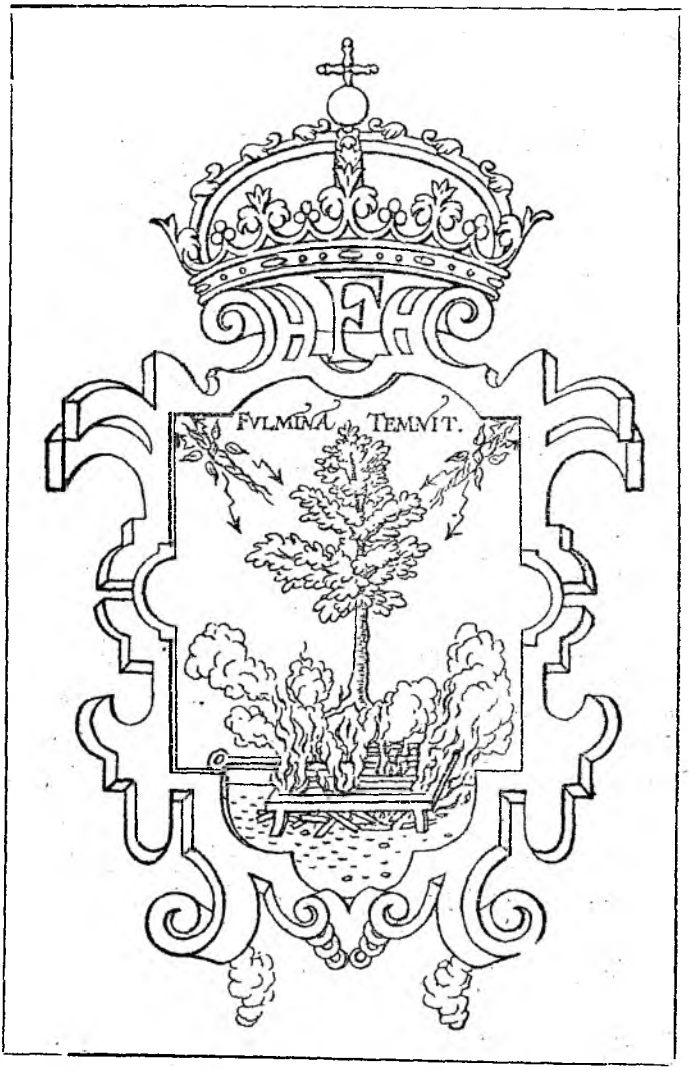
ESCORIAL



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

SUMARIO

Páginas

ESTUDIOS

E. Cassirer: El lenguaje y la creación del mundo de los objetos..... 231
K. Bühler: El modelo de «organon» que es el lenguaje..... 265
I. A. Richards: El poder de las palabras..... 279
Walter von Vartburg: La palabra y su ambiente. 307

POESIA

Luis Felipe Vivanco: Los caminos..... 339
Luis Rosales: Algunas consideraciones sobre el lenguaje..... 363

NOTAS

Un libro acerca de Gonzalo Pérez, por Antonio Marichalar, Marqués de Montesa..... 439
El lenguaje y la vida, por M. Muñoz Cortés.... 442

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 23 03 66 - Madrid

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

DIRECTOR

JOSE MARIA ALFARO

CONSEJO DE DIRECCIÓN

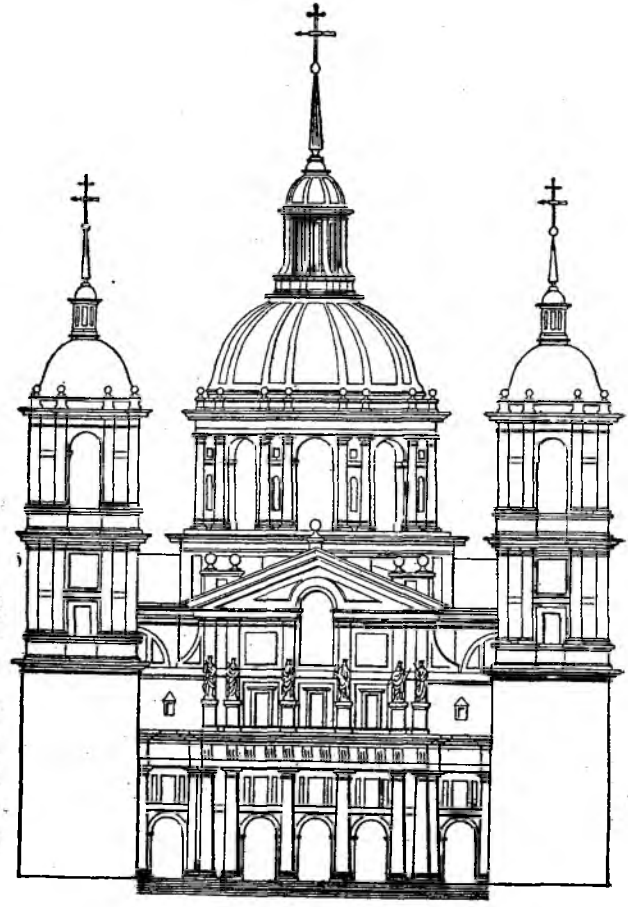
PEDRO MOURLANE MICHELENA, ANTONIO MARICHALAR, LUIS FELIPE VIVANCO Y LUIS ROSALES

SECRETARIA Y ADMINISTRACION:

ALFONSO XII, 26

TELÉFONOS 21 44 60 Y 21 44 64

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.



Estudios

E. Cassirer: *El lenguaje y la creación del mundo de los objetos.* – K. Bühler: *El modelo de «organon» que es el lenguaje.* – I. A. Richards: *El poder de las palabras.* – Walter von Wartburg: *La palabra y su ambiente.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

EL LENGUAJE Y LA CREACION DEL MUNDO DE LOS OBJETOS

POR

E. CASSIRER

I

CUANDO consideramos en su conjunto las funciones cuya unión y penetración recíprocas determinan la estructura de nuestra realidad moral e intelectual, se nos ofrece una doble vía para la interpretación teórica de esas funciones. Podemos ver en ellas esencialmente una copia, un hecho secundario, o bien un original, un hecho primitivo. En el primer caso, partimos de la idea de que el mundo, lo "real", al que esas funciones se refieren como su objeto, está dado con total perfección, y de que, para el espíritu humano, se trata sencillamente de tomar posesión de esa realidad dada. Lo que existe y subsiste "fuera" de nosotros, debe, en cierta manera, "ser transportado" a la conciencia, cambiarse en algo interno, sin que el cambio le añada ninguna característica realmente nueva. El mundo se refleja en la conciencia como en un espejo, pero cuanto más pura y fiel es esa imagen, tanto más se ciñe a re-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

producir las determinaciones que preexistían como tales en el objeto, y que estaban en él claramente separadas las unas de las otras. Este carácter de repetición, de μίμησις se puede atribuir al conocimiento, al arte, al lenguaje, y se puede partir de él para intentar comprender el valor y la función de ellos. Pero la historia de la Filosofía —y sobre todo la del problema del conocimiento— nos ha mostrado, desde antiguo, la insuficiencia y los límites esenciales de esta interpretación y de esta manera de ver. Desde la "revolución copernicana" de Kant ha penetrado cada vez más, al menos en la crítica del conocimiento, la convicción de que la simple teoría de la copia no desvela la naturaleza del conocimiento y, con mucha más razón, no la agota. "La unión de una multiplicidad" —como lo mostró Kant en las discusiones decisivas de la Crítica de la Razón Pura— no puede venirnos jamás de los sentidos; es, por el contrario, "un acto de la espontaneidad de la facultad representativa". A este acto le quiere dar el nombre de "síntesis" "para marcar que no nos podemos representar nada como unido en el objeto sin haberlo unido antes nosotros mismos, y que de todas las representaciones la unión es la única que no es dada por los objetos; no puede ser producida más que por el sujeto mismo, porque es un acto de su espontaneidad." Nosotros debemos admitir una "síntesis" tal, y por consiguiente un "acto" tal "de la espontaneidad", no solamente para el conocimiento teórico, sino para cada modo y para cada dirección fundamental de nuestra formación intelectual. Este acto existe en toda función verdaderamente creadora de formas; es necesario, no solamente para el conocimiento científico del mundo, sino para esta clase de visión y de construcción del mundo que se realiza en el lenguaje y en el arte. Si se quiere, no obstante, continuar viendo en el conocimiento, en el arte y en el lenguaje simples reflejos del mundo, no hay que olvidar que la imagen dada por ese espejo no depende de la naturaleza del

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

objeto, sino también de nuestra propia naturaleza, que ella no reproduce un esquema ya dado en el objeto, sino que implica el acto primitivo que crea el modelo. No es jamás una simple copia, es la expresión de una fuerza creadora original. Las imágenes espirituales que poseemos en el conocimiento, en el arte o en el lenguaje son, pues, para designarlas con una expresión de Leibnitz, "espejos vivientes del universo". No son simples recepciones y registros pasivos, sino actos del espíritu, y cada uno de esos actos originales dibuja para nosotros un esquema particular y nuevo, un horizonte determinado del mundo objetivo. Todas estas imágenes no provienen simplemente de un objeto acabado, sino que van y vienen hacia él y desde él, son condiciones constitutivas de su posibilidad. En cuanto al objeto del arte, el objeto estético, nos podemos dar cuenta inmediatamente de esta ley oponiendo las variedades de la creación y de la "figuración" plásticas en las diferentes artes. La creación en las artes plásticas, pintura, escultura, arquitectura no resulta de que comenzaran todas por poseer una cierta imagen, como un molde perfecto del espacio sensible para transportar después a él sus objetos particulares. Todas estas artes no se limitan a descubrir el espacio, sino que deben conquistarlo y cada una lo conquista a su manera personal, propia y específica. No son simples transposiciones o copias de un espacio rígido y preexistente, sino vías de acceso al espacio; no reproducen mecánicamente una "exterioridad recíproca", preexistente, de las cosas, sino que son verdaderos órganos de la construcción del espacio. El problema de la "forma" en las artes plásticas, como Adolfo Hildebrandt ha mostrado en discusiones capitales, no puede ser resuelto sino remontándose a esta fuerza orgánica fundamental. Y desde que Guillermo de Humboldt, cuyo pensamiento está íntimamente relacionado con el de Kant, supo percibir el problema de la crítica filosófica del lenguaje y diseñó por primera vez el programa sistemático de dicha crítica,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

se ha reconocido sólidamente establecida en el dominio del lenguaje la misma ley fundamental. Humboldt calificó de "verdaderamente desastrosa para la lingüística" la idea, muy extendida, de que las diferentes lenguas no harían más que dar nombres a una misma masa de objetos y de conceptos existentes con independencia de ellas. Reclama, por el contrario, una interpretación y un análisis que muestren que cada lengua particular contribuye a la formación de la representación objetiva y cómo procede a esta formación. La diferencia de lenguas aparece a sus ojos menos como producto de diferenciación de los sonidos y de los signos que de las perspectivas del mundo. "En la formación y en el uso de la lengua aparece necesariamente todo el carácter peculiar de la percepción de los objetos. Pues la palabra nace precisamente de esta percepción, no es una huella del objeto en sí, sino de la imagen que éste engendra en el alma."

II

Con esta tentativa de relacionar las formas del lenguaje con ciertas formas y actitudes psicológicas fundamentales, Humboldt colocó a la psicología ante una nueva tarea. Pero una ojeada sobre el desenvolvimiento general de la psicología en el último siglo muestra que no ha abordado tal tarea sino con vacilaciones y casi a pesar suyo. Sin duda no se ha mantenido en el campo de los problemas de la psicología individual y sus progresos la han conducido a las cuestiones de la psicología colectiva, de la "Völkerpsichologie", y en los principios y los fundamentos encontrados para esta nueva disciplina se ha creído durante algún tiempo haber establecido la ciencia del lenguaje sobre un terreno sólido y seguro. Y, sin embargo, todos los estudios de lenguaje emprendidos en los cuadros de la Völkerpsichologie muestran, justamente desde el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

punto de vista metodológico, un mismo defecto y una misma estrechura. El análisis del lenguaje se apoya aquí esencialmente sobre los dos conceptos fundamentales que han determinado y dominado toda la psicología del siglo XIX. Entre los fundadores de la Völkerpsichologie, Lazarus y Steinthal, el concepto herbartiano de la apercepción ocupa una posición central: aparece como la verdadera llave que debe abrir el mundo de lo fenómenos lingüísticos. También en Wundt, que marca desde varios puntos de vista un progreso teórico sobre aquellas primeras tentativas, un problema tan importante y tan central como el del sentido de las palabras y de los cambios semánticos, se mantiene aún en el círculo habitual de ideas de la psicología asociacionista y queda allí como aprisionado. Ha sido poco a poco como ha ido apareciendo la idea, en la psicología moderna, de que estos dos conceptos fundamentales, la apercepción de Herbart y la asociación de Wundt no pueden alcanzar la esencia de esa verdadera síntesis que se realiza en todo acto original de lenguaje y no pueden dar una expresión adecuada de ella. La Völkerpsichologie quedó, en el fondo, limitada a ser una psicología de los hechos elementales. Trabajaba también de acuerdo con el viejo ideal del conocimiento la "encheiresis naturae", que creía tener las partes de un todo tan firmemente como había de antemano apretado su lazo espiritual. Hoy día la psicología ha renunciado casi totalmente a ese ideal; hoy no cree comprender las formas y las unidades psíquicas disociándolas en sus elementos. Pero de este punto de vista negativo al dominio positivo del problema del lenguaje hay todavía mucho camino. Pues surgió entonces una nueva dificultad metodológica. Humboldt ha dicho que la verdadera definición del lenguaje no puede ser sino genética. Para comprender el lenguaje no hay que detenerse en sus formas, sino buscar la ley interna de su formación. No puede considerársele como algo acabado, como un producto: por el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

contrario, hay que ver en él una producción, un trabajo del espíritu que se repite eternamente. Pero ¿cómo nos puede ser accesible ese trabajo? ¿Cómo pasaremos del producto verbal al proceso verbal? Los métodos conocidos y utilizables de la psicología parecen fracasar en este problema. Ni la experimentación, ni la observación interna nos dan aquí un medio seguro, pues ambas se mueven en un mundo conformado por el lenguaje; ellas suponen ya el lenguaje en lugar de observarle y describirle, por decirlo así, en su "status nascens". Es el lazo del lenguaje lo que une al experimentador con sus sujetos y lo que les permite comprenderse. Y toda observación de sí mismo, todo conocimiento de nuestros propios estados interiores, mucho antes de que tengamos conocimiento de ellos están condicionados y ordenados por el lenguaje. No solamente es el pensamiento, como dijo Platón, "una conversación del alma consigo misma", sino que hasta en el dominio de la percepción y de la intuición, hasta en las profundidades del sentimiento se vuelve a encontrar esa unión, esa amalgama indisoluble con el lenguaje. En cuanto a la moderna psicología del pensamiento, ella hace francamente, con Hoenigswald, de esta adhesión del pensamiento a la palabra (Worthaftigkeit) su principio director. ¿Cómo podría, pues, el lenguaje ser comprendido por la psicología siendo, por el contrario, el medio en el cual se mueven toda aprehensión y toda comprensión psicológicas? No es un camino directo, sino solamente un camino indirecto que puede aquí conducir al fin; no se puede más que probar a subir, por una conclusión regresiva, de lo formado al principio formador, de la "forma formata" a la "forma formans". Si se llegase a encontrar una región del alma que estuviera específicamente ligada al lenguaje, y que llevase esencialmente su huella, se podría descubrir en su estructura un testimonio indirecto sobre la evolución y la génesis del lenguaje, quizá pudiera leerse en su desarrollo la

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ley de formación y de organización a la que el lenguaje está sometido.

III

La tesis de la que yo querría hacerme intérprete tiende a mostrar que esta región existe, en efecto, en el sentido que es necesario admitir una relación esencial y necesaria entre la función fundamental del lenguaje y la de la representación del mundo de los objetos. La representación "objetiva" —que es la que quiero intentar explicar— no es el punto de partida del proceso de formación del lenguaje, sino el fin al que ese proceso conduce; no es su "Terminus a quo", sino su "terminus ad quem". El lenguaje no entra en un mundo de percepciones objetivas acabadas, para añadir solamente a objetos individuales dados y claramente definidos los unos con respecto a otros, "nombres" que serían signos puramente exteriores y arbitrarios, sino que es, en sí, un mediador en la formación de los objetos. La justificación de esta tesis por la filosofía del lenguaje sobrepasaría los límites de esta exposición (1); debo, pues, contentarme con ilustrarla con algunos ejemplos significativos tomados del cuadro de los problemas psicológicos. Hoy día la psicología ha comprendido claramente y ha definido con precisión la manera de plantearse el problema de la representación de los objetos. Ella no ve aquí ya un hecho del que el estudio psicológico podría partir como de un dato, de una cosa "totalmente simple", sino que ha reconocido cada vez con más claridad la existencia de un problema que se plantea al análisis psicológico. La psicología genética

(1) Cfr. mi *Philosophie der symbolischen Formen;* vol. I, *Die Sprache,* y vol. III, *Phänomenologie der Erkenntnis.* Berlín, 1923, 1929. [*Filosofía de las Formas Simbólicas;* vol. I, *El Lenguaje,* y vol III, *Fenomenología del conocimiento.*]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

moderna ha puesto fuera de toda duda el que toda vida consciente no sigue siempre las vías de la aprehensión de objetos. En los animales, en particular, el mundo de la representación ignora aún esta transformación de las impresiones en representaciones. Que para caracterizar este mundo de la representación se hable, con Heinz Werner (2), de un modo de aprehensión difusa, o que se le describa, con Hans Volkelt (3), como un conjunto de cualidades de complejos, se encuentra siempre una frontera precisa que lo separa de la región de la percepción específicamente humana. Por difícil que sea determinar inmediatamente ese límite en detalle, su existencia no está menos asegurada por todo lo que podemos deducir indirectamente sobre la vida de los animales. A este respecto son, sobre todo las investigaciones fundamentales de Uexküll (4), las que han iluminado la oposición entre los dos mundos de la representación humana y animal. Dichas investigaciones nos muestran cómo cada animal tiene su propio "mundo exterior" y su propio "mundo interior", cómo está colocado en un espacio vital que le es peculiar y que le está específicamente adaptado. Pero el hecho de vivir y de obrar en este espacio no equivale de ninguna manera al hecho de tener la intuición sensible de él; es, sin embargo, incapaz de oponerse objetivamente a dicho espacio, y con más razón de representárselo como un todo unificado, según una determinada estructura. El espacio animal permanece al nivel del espacio de acción y de eficiencia, no se eleva al nivel del espacio de representación y de construcción. De allí viene

---

(2) Heinz Werner, *Einleitung in die Entwicklungspsychologie.* Leipzig, 1926, pág. 73. [*Introducción en la Psicología evolutiva.*]

(3) Volkelt, *Ueber die Vorstellungen der Tiere. Arbeiten zur Entwicklunspsychologie,* edit, por Feliz Krüger, I, 2. Leipzig, 1914. [*Sobre las representaciones de los animales. Trabajos sobre Psicol. evolutiva.*]

(4) J. von Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere,* 1909. [*Contorno y mundo interior de los animales.*]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

el carácter cerrado y estrecho del mundo de los animales. Uexküll dice en alguna parte que los animales inferiores, en particular, descansan tranquilamente en su mundo exterior, lo mismo que un niño en su cuna.

"Las excitaciones del mundo exterior forman un sólido tabique que encierra al animal como los muros de una casa que hubiera sido construída por él mismo, separándolo de todo un mundo que le permanece extraño." Pero esta muralla protectora es, al mismo tiempo, la prisión en la que está encerrado para siempre. No es posible perforar esos muros y salir de esa prisión más que a un cierto nivel de vida en el que el ser no permanece limitado en la esfera de la eficiencia, de la "acción" y de la "reacción", sino que llega a la forma de la representación, y por ella a la forma primaria del saber. Entonces todo el horizonte de la vida cambia de un solo golpe. El simple espacio de la acción se convierte en el espacio de la mirada, el campo de acción se transforma en el campo de la visión. Y es precisamente en esta transformación en esta μετάβασις εἰς ἄλλο en donde el lenguaje juega un papel esencial. Parece haber allí una fase del desenvolvimiento del lenguaje en donde se puede observar todavía esta liberación de una manera directa y tocarla, por decirlo así, con el dedo. Todas las observaciones y descripciones del habla infantil han insistido sobre este punto, han hecho destacar la "revolución intelectual" que estalla en el niño en el momento en que se desvela por primera vez en él la conciencia del simbolismo verbal. "El niño —así describe Stern este despertar— no emplea solamente las palabras como símbolos, sino que "nota" que las palabras son símbolos, y está continuamente a la *busca* de palabras. Acaba de hacer uno de los descubrimientos más importantes de toda su vida: a todo objeto corresponde para siempre un complejo sonoro que lo simboliza y que sirve para

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

designar y para comunicar; *toda cosa tiene un nombre* (4 bis). Desde entonces se despierta en el niño una necesidad casi insaciable de saber los hombres de las cosas, una verdadera "hambre de nombres" que se traduce en preguntas continuas. Se declara en el niño, como un observador lo ha hecho notar, una verdadera manía de denominación. Pero no parece que se describa, desde el punto de vista psicológico, esa tendencia en términos suficientemente exactos cuando no se ve en ella más que una especie de curiosidad intelectual de cosas nuevas. El deseo de saber, en el niño, no le lleva al nombre en sí mismo, más bien le lleva sobre la cosa para la cual tiene ahora necesidad del nombre, y no tiene necesidad de él sino para la conquista y para la estabilización de ciertas representaciones de objetos. Algunos psicólogos han indicado que el estadio del lenguaje, en el que nos encontramos aquí, representa, desde el punto de vista intelectual, un progreso tan importante como el aprendizaje de la marcha en el dominio del desenvolvimiento corporal; pues, así como el niño que corre no tiene ya necesidad de esperar a que las cosas del mundo exterior vengan a él, así el niño que hace preguntas posee un medio totalmente nuevo de intervenir personalmente en el mundo y de construir ese mundo por sí mismo. Prosiguiendo esa analogía, se puede decir que el nombre y el saber que se relaciona con él, juega en el niño el mismo papel que la mano que le conduce y le guía en su marcha o el bastón sobre el que se apoya. Armado del nombre puede ensayarse en la representación de los objetos. Pues no es necesario creer que esta representación tiene ya para el niño una existencia estable que debe conquistarse y consolidarse. Y para consolidarla el nombre es indispensable. Me parece típico que, en el niño, la forma de interrogación sobre los nombres

---

(4 bis) Clara y William Stern, *Di Kindersprache*, 4.ª ed., 1928, pág. 190. [*El lenguaje del niño.*]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

no consiste nunca, según lo que yo sé, en preguntar cómo "se llama una cosa", sino al contrario, lo que "es". El interés del niño no se ciñe al acto de designación, que por otra parte él ignora completamente en tanto que acto aislado. También para los pueblos primitivos, es característico que no haya, en su conciencia, verdadera separación de la "palabra" y de la "cosa"; por el contrario, la palabra es un elemento objetivo de la cosa y constituye verdaderamente su esencia propia. Así el niño pregunta el nombre para tomar de alguna manera por él posesión de la conciencia de la cosa. Se produce entre la cosa y el nombre una verdadera "concrescencia", se desarrollan, apoyados uno y otra, y mezclados una con otro. El proceso psicológico de esta "concrescencia" no puede observarse directamente, pero se le puede comprender considerando el fin hacia el que tiende y se orienta toda representación objetiva. Este fin es nada menos que la formación espiritual de una unidad. "Decimos (así habla Kant) que conocemos el objeto cuando hemos realizado una unidad sintética en la diversidad de la intuición." La lengua coopera precisamente a esta producción de la unidad sintética. La crítica escéptica del lenguaje, desde los tiempos de la sofística griega hasta la crítica de Fritz Mauthner, ha mirado siempre como una imperfección real del lenguaje la necesidad en que está de designar con una sola palabra una multitud de impresiones o de representaciones diferentes. Por ella deja perder la riqueza infinita de la realidad, su frondosa individualidad, su carácter concreto y vivo. Pero lo que se considera aquí como defecto fundamental del lenguaje, lo que se le recrimina como pobreza es, por el contrario, cuando se le mira de más cerca, una de sus cualidades más notables. Pues es solamente por ese medio como puede llegar a una nueva "sinopsis" intelectual de lo múltiple y esperar ese συνορᾶν εἰς ἕν, que es, según Platón, la condición de la contemplación de las ideas. Una casa vista de frente, por detrás, de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

costado; un objeto considerado desde puntos de vista diferentes y bajo distintas iluminaciones son, sin duda, impresiones sensibles muy diferentes. Pero en tanto que en el desarrollo del lenguaje, en la adquisición del "nombre", un signo común se da y se enlaza a cada una de esas impresiones, éstas contraen vínculos nuevos y entran en una nueva relación. La unidad del nombre sirve de punto de cristalización para la multiplicidad de las representaciones; los fenómenos heterogéneos se hacen homogéneos y semejantes por su relación con un centro común. Y gracias a esta relación se hacen fenómenos de un solo "objeto", del que aparecen como otras tantas "siluetas". Allí, en donde la fuerza de la "función denominativa" está paralizada a consecuencia de perturbaciones patológicas, el lazo de unidad objetiva parece relajarse de nuevo. La unidad deja paso a la desmembración; en lugar del orden y de la unidad de categoría se encuentra una multiplicidad variada, pero sin relaciones. Gelb y Goldstein han descrito un caso de amnesia de los nombres de color en donde esta situación aparece con nitidez. El enfermo que había perdido el uso de los nombres generales de colores como rojo, amarillo, etc., sentía y "veía" el mundo de los colores de manera totalmente distinta del hombre sano. Percibía y distinguía de manera precisa cada matiz particular, pero no ordenaba esos matices en ciertas tonalidades fundamentales; no los percibía como "perteneciéndoles" a ellos. De hecho, su mundo de los colores era, en cierto sentido, más rico y más concreto, o, como dicen expresamente Gelb y Goldstein, era un mundo más multicolor (bunt), pero esa diversidad se había comprado al precio de la falta de agrupación y de articulaciones sistemáticas. Si no me equivoco, este caso particular contiene toda una teoría general. Head, también, en un libro sobre la afasia, hace notar que en ciertos casos en donde la palabra, sin suprimirse del todo, está disminuída en ciertos aspectos, el mundo de la representación y de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

la percepción revela igualmente en los enfermos un cambio característico. Los enfermos prefieren a las designaciones generales y abstractas las expresiones "pintorescas", "pintan" los objetos más que "designarlos". En todos estos hechos se afirma el parentesco íntimo que existe entre una cierta forma y dirección esencial del comportamiento verbal y ciertas formas de aprehensión de los objetos; la regresión de uno de los factores implica la del otro (5).

IV

Existe aún otra dirección fundamental en la que se puede seguir esta fuerza, inherente al lenguaje, que tiende a representar, a determinar y a hacer resaltar el "objeto". Esa fuerza no sirve solamente a la construcción de la imagen puramente teórica del mundo, no se muestra menos potente desde el punto de vista práctico y moral en la organización del mundo de la voluntad. El yo que subsiste y quiere se transforma en otro ser desde que entra en el círculo mágico del lenguaje. Se observa aquí de nuevo la misma situación: el lenguaje no sirve solamente de manera secundaria a la expresión y a la comunicación de sentimientos y voliciones, sino es una de las funciones esenciales por las que la vida del sentimiento y la voluntad se organizan y llegan a tener por fin su forma específicamente humana. El mundo de la voluntad no es menos que el mundo de la "representación" una *obra* del lenguaje. El lenguaje no es solamente el medio en donde se efectúa todo cambio de sentimientos y de voluntades como todo cambio de pensamientos, sino que toma una parte activa y constitutiva en la formación de la conciencia de la voluntad. El "cambio de

(5) Cfr. mi *Phil. der symb. Formen*, vol. III, pág. 255.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tonalidad" especial que se produce por el empleo del lenguaje da por fin a esta conciencia su perfección y su realidad específicas. Las primeras expresiones orales permanecen aún enteramente bajo el signo de la emoción. Son provocadas por una influencia que el organismo sufre por parte de cualquier excitante externo y expresa inmediatamente la sacudida que aquel excitante le comunica. La emoción se descarga en el grito, en las exclamaciones de dolor o de alegría, pero persiste, desde luego, inalterable en su esencia propia cuando se exterioriza de esta manera. La perturbación interior, violenta y explosiva, se abre una vía al exterior, pero esta expansión exterior no hace más que continuarla, sin modificarla ni transformarla. Pero parece que ella se transforma en otra cosa en el momento preciso en que el lenguaje se eleva a su más alta forma intelectual cuando pasa del estadio de la simple "comunicación", al estadio de la proposición, de la "representación", propiamente dicha (6). Pues la emoción aprehendida y representada por la palabra no es lo que ella era primeramente: ha sufrido, por intermedio de la proposición, una especie de metamorfosis y de metempsícosis. "La actividad subjetiva —subraya Guillermo de Humboldt— forma en la mente un objeto. Pues ninguna clase de representación puede ser tratada como una simple contemplación de un objeto preexistente. Hace falta que la actividad de los sentidos se una sintéticamente en el acto interior del espíritu. La representación resulta de esa unión, se hace frente a la forma subjetiva un objeto, y percibida ahora en esta cualidad de objeto se vuelve a su fuente. Pero aquí el lenguaje es in-

---

(6) La diferencia entre la "comunicación" verbal y la "representación" verbal ha sido definida en la literatura psicológica con precisión particular por K. Bühler. Cfr. su artículo "Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes" (Revisión Crítica de las nuevas teorías de la oración), en *Indogermanisches Jahrbuch,* vol. VI, 1919.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

dispensable. Pues mientras que en la palabra el esfuerzo intelectual se abre un camino por los labios, el efecto producido vuelve al oído del sujeto. Así la representación llega a la verdadera objetividad sin perder por eso su subjetividad. Esto puede hacerlo sólo el lenguaje: sin esta promoción a la cualidad de objeto reenviado al sujeto, siempre real cuando hay participación, aun silenciosa, la formación del concepto y, por tanto, todo pensamiento verdadero son imposibles" (7).

Humboldt habla aquí de la significación del lenguaje para la producción y la formación de las "ideas", para la actividad teórica de la inteligencia en sentido estricto. Pero el "principio" que él enuncia es válido en el mismo sentido para la conciencia práctica de sí mismo, para ese yo que se afirma y se expresa en el querer y en la acción. Esta conciencia de sí mismo no existe en absoluto desde el principio, sino que debe conquistarse y engendrarse por la inteligencia, y en esta producción, la transposición en "objeto" reenviado al sujeto, tal como se realiza por la palabra, es indispensable. El *yo* no se hace el objeto de la "contemplación" interior más que cuando llega a aprehenderse de este modo en el espejo de su propia expresión. Pues toda exteriorización de los simples estados del yo se acompaña ahora de una nueva manera de entenderlos, de un modo de percibirlos, de "poner oído" a ello. Y esta manera de "escuchar" conduce, poco a poco, a una forma de "obediencia" muy alejada de la simple sumisión, de la sujeción incondicional a la emoción. La emoción, en la medida en que aprende a expresarse y a "percibirse" en esta expresión, pierde la fuerza inmediata y brutal que ejercía sobre

---

(7) W. v. Humboldt, *Ueber die Verschidenheiten des menschichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengschlechts.* [*Sobre las diferencias de los sistemas lingüísticos y su influjo en la evolución espiritual del género humano.*] (Introducción al kawi.) *Werke.* Akademik Ausgabe, VIII, 1.ª parte, pág. 55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

el yo. Entonces aparece en un sentido no solamente teórico, sino práctico, esta orientación hacia la "reflexión", que Herder, en su ensayo sobre el origen del lenguaje (8), considera como el factor intelectual decisivo de toda creación verbal. La organización vocal y verbal de la emoción impide su explosión prematura y puramente motriz y el abandono sin límite y sin resistencia a su impulso (9). El desarrollo del lenguaje esclarece este resultado fundamental. Todos los observadores del habla infantil están conformes en que las primeras expresiones verbales del niño están alejadas aún mucho de esta clase de representación "objetiva". Aquéllas no nombran "objetos", no afirman relaciones entre ellos, nada de existencia de cosas ni de determinaciones de relaciones objetivas. Al contrario, permanece exclusivamente en el círculo de los estados propios del yo, a los que dan en alguna manera salida al exterior manifestándolos por la voz. En todo momento se puede seguir el paso muy progresivo del término de volición al término de constancia. "El factor determinante que eleva, en principio,

---

(8) *Abhandlung über den Ursprung der Sprache,* 1779. [*Tratado sobre el origen del lenguaje.*]

(9) ¿Puede seguirse en detalle, desde el punto de vista genético, esta evolución y este "cambio de tono" que sufre la emoción a causa del lenguaje? No me atrevo a decidirlo. Las exposiciones de la psicología infantil que conozco no contienen sobre esta cuestión más que indicaciones sumarias. Permítaseme aportar una observación personal sobre el punto concreto que me interesa. Se trata de un niño que sufría violentos accesos de miedo al ver caras extrañas. La afirmación que las personas mayores le hacían de que "no hay que tener miedo" de las personas desconocidas quedaba siempre sin efecto: el niño estallaba en sollozos siempre que sucedía lo indicado. Las cosas cambiaron, sin embargo, cuando el niño, poco después de cumplir el segundo año, empezó a hablar espontáneamente. Al ver un desconocido se ponía ahora a repetirse *a sí mismo* las palabras "nada *de miedo*" y con esto dominaba la situación. La pronunciación de estas palabras hacía netamente el efecto de una "exhortation", mediante la cual el niño conseguía defenderse contra la explosión inmediata de la emoción y calmarse completamente al cabo de algún tiempo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

los primeros vocablos por encima del umbral de la palabra es, nota Stern, su acento afectivo. Este hecho se relaciona con la constitución general de la psicología infantil, en la que el placer y la pena, el deseo y la aversión reinan tan despóticamente que no dejan sitio a un comportamiento objetivo de fría constancia y de denominación. El niño es, en el más amplio sentido de la palabra, egocéntrico" (10). La emoción y la necesidad inmediata son, pues, los primeros y más importantes impulsos en la formación de los sonidos vocálicos, y todavía, durante mucho tiempo, el desarrollo de esos sonidos dependerá de esas fuerzas primarias. La primera distinción de sonidos orales va al par con el desarrollo progresivo y la diferenciación de tendencias y de necesidades. Pero a medida que el "verdadero" lenguaje se despierta en el niño, cuando la "conciencia simbólica" que lo caracteriza aparece, ésta hace también caer la corteza de la pura emotividad. Su dominio absoluto y "despótico" se ha roto, no puede reinar ya sin obstáculos, sino que de una manera cada vez más clara y consciente ciertas fuerzas intelectuales antagónicas entran en acción contra ella en el mismo plano. Hasta ahora la "Filosofía del Lenguaje", siempre inclinada hacia el pensamiento puro, hacia la construcción del mundo de la representación "teórica", no ha podido contribuir apenas al esclarecimiento de este hecho. Pero nos es perfectamente familiar en otra forma por el relieve que le ha dado la historia de la moral. Desde el tiempo de la moral griega, con las interpretaciones y justificaciones más diferentes, la subordinación de las pasiones a la ley y a las órdenes del Logos ha sido presentada como una exigencia filosófica esencial, como el verdadero imperativo moral. Los primeros pensadores que plantearon esa exigencia tenían conciencia

(10) Cl. y W. Stern, *Die Kinderspr.*, pág 181. Cfr. W. Stern, *Psychologie der frühen kindheit*, 3.ª ed., Leipzig, 1923, págs. 111, 303. [*Psicología de la primera niñez.*]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

clara del sentido propio y primitivo del Logos y de su íntima relación con el mundo del lenguaje. Invocaban la actividad de la "ratio", de la razón incorporada al lenguaje contra la potencia de las emociones, en tanto que puras πάθη. Esta potencia debe estar limitada por el hecho de que la pasión está obligada a expresarse, y por eso a someterse a la jurisdicción de la lengua. Esta necesidad de traducirse, del λόγον διδόναι constituye el principio fundamental de la moral que Sócrates ha descubierto y que transmitió a Platón. El proceso de la inducción socrática y el de la "mayeutica" socrática no son otra cosa sino el método por el que se hace "hablar" a la conciencia asegurándose así de la fuerza que reside en su espontaneidad propia e inviolable. Así el hombre adquiere con el lenguaje no solamente un nuevo poder sobre las cosas, sobre la realidad objetiva, sino también un nuevo poder sobre él mismo. El primer señorío de las cosas por el niño depende casi enteramente de la fuerza de la palabra y no puede contar sino con ella, pues es sólo gracias a la palabra como puede obtener el apoyo y la asistencia que necesita en todas sus acciones. Pero la nueva función de mediación de la que tiene así conciencia y de la que aprende a servirse cada vez más libremente, reacciona a su vez sobre el mismo. El medio para el dominio de las cosas se transforma al mismo tiempo en un medio y un verdadero órgano para el dominio de sí mismo. En los dos casos la conciencia adquiere el dominio sobre el ser en un proceso propiamente bilateral, en un verdadero proceso dialéctico. Ella se apropia del ser —del ser "exterior" como del ser "interior"— cuando alcanza a alejarse de él, cuando lo aleja a "distancia" conveniente. El lenguaje participa esencialmente siempre en la conquista de esta nueva "perspectiva". Pues él no puede contentarse con aprehender los objetos y llevarlos consigo, no llega a dominarlos más que por el acto de la "designación" simbólica, es decir, por un puro acto de mediación

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

espiritual. A la tendencia, al apetito, a la pasión que van derechas a las cosas, el lenguaje opone siempre otra dirección de signo contrario. En él coexisten siempre atracción y repulsión que permanecen en una especie de equilibrio ideal, pues al deseo de atraer inmediatamente las cosas hacia sí, y de incorporarlas simplemente a la esfera del yo, se opone aquí otra necesidad, la de alejarlas del yo, la de ponerlas fuera de él con el único fin de hacérselas "representables" y de hacer de ellas objetos por el mismo acto que las coloca exteriores a él. La fuerza de "atracción" está contrapesada por la fuerza de abstracción. La conversión hacia las cosas que se cumple en el lenguaje es al mismo tiempo una manera de desviarse de ellas. La conjugación y la interacción concretas de estos dos procesos condiciona y hace posible esta especie de apropiación intelectual del mundo que es el rasgo esencial característico del lenguaje (11).

V

Pero al lado del mundo de los objetos "exteriores" y del mundo del yo personal, también ha de abrirse y conquistarse el mundo social progresivamente por el lenguaje. El "primer" paso que el yo cumple por el camino de la objetividad no lo conduce a un mundo de objetos, de simples "cosas", antes de ese mundo de las cosas, antes del mundo del "eso", es desde luego, el mundo del "tú" el que es objeto de su atención. La orientación hacia el "tú" es primaria y primitiva; y se mues-

(11) Este comportamiento de la "abstracción verbal" ha sido excelentemente puesto de relieve por Delacroix, *Le langaje et la pensée*, pág. 76. "Para tener verdaderamente un lenguaje es necesario abstraerse de las reacciones afectivas, tratar los propios estados como cosas y establecer entre ellos relaciones, es decir, pensarlas y establecer entre ellos y ciertos movimientos una relación regular de correspondencia."

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tra tan fuerte y tan preponderante que, durante mucho tiempo, toda conciencia de las "cosas" sencillas deberá, para aparecer como tal y para llegar a destacarse, estar revestida aún de la forma del "tú". Pero esta especie de participación en la vida de otro y esta simpatía no se realiza verdaderamente y hace posible sino por medio del lenguaje. El lenguaje es la aurora de esta conciencia social, y hasta en sus formas más sutiles y más elevadas esta conciencia aparece siempre como bañada en su luz. Aquí también es Humboldt quien en la exposición de los principios de su filosofía del lenguaje ha presentado esa idea con una claridad clásica y ha penetrado en ella en toda su profundidad. "En todo lo que agita el corazón humano, dice, y sobre todo en el lenguaje, no hay solamente una aspiración hacia la unidad y hacia la universalidad, sino también la intuición, la íntima convicción de que el género humano, a pesar de todas las divisiones y todas las diferencias, es, sin embargo, en su esencia y en su destino último, uno e indivisible... La individualidad separa, pero de una manera tan singular, que esta separación despierta directamente el sentimiento de la unidad y parece ser un medio de restablecerla, al menos de una manera ideal. Pues en su aspiración profunda e íntima a la unidad y a la universalidad, el hombre querría salir de las barreras de su individualidad, pero es como el gigante que basa su fuerza en el contacto con la tierra maternal: le hace falta, pues, elevar esta individualidad a ese círculo superior, pues de ella le viene toda su fuerza. El hace, pues, siempre progresos crecientes en una aspiración imposible en sí. Y entonces el lenguaje llega en su ayuda de una manera verdaderamente milagrosa, el lenguaje que une al mismo tiempo que aisla y que encierra en la envoltura de la expresión más individual la posibilidad de una comprensión universal. La misma aspiración que enlaza la vida interior del hombre con la unidad tiende así a religar, exteriormente, a todo el gé-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

nero humano. El individuo considerado en el lugar, en el tiempo y en la modalidad de su existencia es un fragmento desprendido de todo el género, y el lenguaje prueba y sostiene esta eterna relación que domina el destino del individuo y la historia del mundo" (12). De hecho, toda adquisición verbal, todo acto, hasta el más sencillo, de "aprendizaje" de la lengua es una clara confirmación de esa verdad. Pues la lengua no es jamás trasmitida como un ejemplo de propiedad absoluta, sino que su apropiación efectiva exige siempre todas las fuerzas del individuo. El lenguaje humano no se adquiere nunca por simple "imitación", sino que debe, en cada caso individual, ser conquistado de nuevo y de nuevo formarse. No hay "lenguaje infantil", en general, sino que cada niño habla "su propia" lengua, y durante mucho tiempo permanece obstinadamente ligado a ella. Pero en este aparente individualismo, el sentido del todo es vivo y operante. La actividad egocéntrica de la palabra, en tanto que pura expresión del sí, cede poco a poco el sitio a la voluntad de hacerse comprender, y por ahí a la voluntad de universalidad. Cuanto más progresa el niño en su desarrollo verbal tanto más se despierta y fortifica en él la conciencia de que existe un uso del lenguaje universal y objetivamente válido. Parece que la conciencia de este valor *especial* que reside en la norma del lenguaje es, en el despertar de la vida intelectual, uno de los ejemplos más importantes y más precoces para dar el sentido de la norma en *general*. Es en la unión de las palabras, en la sumisión al sentido universal de las palabras, cómo el niño hace quizá la experiencia más precoz y más directa del carácter esencial del lazo social, de lo normativo como tal. El teje por sí mismo la trama de la

---

(12) Humboldt, "Ueber die Verschiedenheiten des menschichen Sprachbans" (bosquejo manuscrito) (Sobre las diferencias de la construcción del lenguaje humano), *Werke. Akademie Ausgabe*, vol. VI, 1.ª parte, pág. 125 y sigs.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

lengua y la retoca continuamente, pero no la puede construir del todo con sus manos. Está sometido al trabajo colectivo, continuo y permanente. La obra de la lengua no se edifica más que por esta colaboración de todos por igual, y llega a ser así el lazo más fuerte entre los que la crearon en común y la siguen elaborando entre ellos y para ellos. Ya la tendencia siempre creciente del niño a "preguntar" el nombre de las cosas esclarece este hecho. Pues la pregunta que tiene necesidad de una respuesta, que inquiere y que espera la contestación, es quizá la forma más sutil de la relación "social", en tanto que relación no puramente práctica, sino intelectual y moral. Lo que se expresa en ella es el deseo de asistencia, no ya físico, como en las puras expresiones emocionales, sino intelectual. En la construcción de la conciencia humana no hay quizá paso más grande y más importante que aquel que se lleva de la expresión oral, bajo forma de grito o de otra interjección emocional, a la expresión bajo forma de "pregunta". Pues aquí es donde la presión de la pura necesidad física se rompe desde luego y se plantea el fundamento de la libertad espiritual. En la pregunta se expresa por primera vez una curiosidad dirigida no hacia la posesión del objeto, sino hacia la adquisición de un conocimiento. Ella es el comienzo de toda "curiosidad intelectual" pura y verdadera. Con la pregunta sobre los nombres el niño penetra por primera vez en ese mundo del saber. Con la cuestión ¿por qué?, que aparece más tarde con una precisión y una insistencia tan características, ha alcanzado ya uno de sus vértices intelectuales. Pues desde entonces si el "contenido" del conocimiento no le está dado aún, su "forma" pura se le ha abierto. La pregunta ¿Qué es? (τι εστι) y la pregunta ¿Por qué? definen en realidad todo el campo del conocimiento en una vista panorámica provisional; delimitan en cierto modo el horizonte de lo cognoscible, de lo que puede ser preguntado y lo que merece serlo. Y en este

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

doble desenvolvimiento se puede, también, me parece, probar la existencia de una reorganización y de una transformación específica de la conciencia "social". *Preguntas y respuestas no establecen entre los individuos otro lazo que el de la orden y la defensa, la obediencia y la resistencia.* De los primeros sonidos del lenguaje emitidos por el niño se puede decir que sirven exclusivamente a la comunicación de la necesidad y del deseo, que el lenguaje no es aquí, pues, más que un "medio de contacto para la satisfacción de sus necesidades" (13). Pero esta nueva relación de interrogación crea una nueva relación de comunidad; engendra el primer contacto propiamente espiritual entre los miembros de la comunidad. También por la pura observación psicológica se puede mostrar siempre que, a medida que el lenguaje adquiere caracteres objetivos, recíprocamente toda actividad está espiritualizada por relaciones sociales: "la espiritualización subjetiva de la actividad crece con la conquista del mundo de los objetos por el lenguaje" (14). Cuán íntima es esta reciprocidad, resalta en el hecho de que la conciencia social, en sus formas más precoces y más simples, parece *ligada* directamente a este concurso del lenguaje. Allí donde ese concurso falta, allí donde alguien queda aislado de la comunidad lingüística, queda también por eso mismo excluído de la comunidad social en general. El hombre que habla una lengua extranjera aparece como el extranjero "a secas", como el "bárbaro" con el cual ningún lazo de moral humana subsiste. Hasta el hombre de alta cultura intelectual se convierte de repente en un "bárbaro" desde el momento en que no se puede hacer comprender ya por la palabra dentro de la comunidad en la que vive.

Es lo que expresa Ovidio en sus *Tristia ex Ponto:* "Barba-

---

(13) Cfr. Charlotte Bühler, *Kindheit und Jugend (Niñez y Adolescencia)*, pág. 89.

(14) Ibid., pág. 147.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

rus hic ego sum quia non intelligor ulli." La historia de la humanidad nos enseña el trabajo que cuesta y el esfuerzo intelectual que es necesario para comprender la idea de una comunidad supra-lingüística, de una *humanitas* cuya unidad no esté mantenida y constituída por el empleo de una lengua particular. La idea de esta "humanidad" conduce más allá del lenguaje; pero la lengua es para ella un punto de paso obligatorio, una etapa necesaria del camino que conduce allí.

VI

Nos queda aún un último factor con el que tenemos que enfrentarnos para representarnos plenamente la significación del lenguaje para la construcción de la conciencia. Este no coopera solamente a la construcción del mundo de los objetos, del mundo de la percepción y de la intuición objetiva, sino que es indispensable para la construcción del *mundo de la pura imaginación.* Las dos obras son de igual importancia, pues todos los estados primitivos de la conciencia se caracterizan justamente por el hecho de que la rotura franca entre "fantasía" y "realidad", entre "imagen" y "cosa", entre lo "representado" y lo "real" no está aún realizada. Estos estadios están aún, frente a esas oposiciones, en un estado de indiferencia; la separación y la distinción de estas ideas no se han cumplide aún, tal como lo serán más tarde en el pensar analítico en donde se continúan, gracias al lenguaje, de una manera más o menos pronunciada (15). El mundo del *juego* infantil permanece completamente, al menos también en sus comienzos, bajo el signo de esta indiferencia. La interpretación de los

(15) Cfr. mi *Philosophie der symbolischen Formen,* vol. II, página 47.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

"juegos de ilusión" infantiles, es todavía, a lo que puedo ver, muy discutida en la psicología infantil contemporánea. No parece que se haya llegado a una interpretación unánime de la "significación" propia de estos juegos. ¿Reina en estos juegos —se ha preguntado— una verdadera ilusión? ¿Cree el niño en la realidad de los acontecimientos que se desarrollan ante él en el juego, o el juego no es más que un simple espectáculo y la actividad del niño se limita exclusivamente a asignar sus papeles a las personas y a las cosas de ese espectáculo? (16). Pero, en realidad, la dificultad de llegar, en este problema, a una decisión clara me parece que deriva de un error de principio inherente a la *oposición* misma de la cuestión. La psicología está aquí ante uno de esos problemas en los que se expone con demasiada facilidad a una ilusión metodológica; corre el riesgo de cometer el error que W. James ha llamado el "sofisma del psicólogo" (the psicologist's fallacy). "La gran trampa del psicólogo —escribe— es la confusión de su propia perspectiva con la del hecho mental que describe. Es lo que yo llamaré, de ahora en adelante, el sofisma por *excelencia* del psicólogo... Una variedad del sofisma del psicólogo es la suposición de que el estado mental estudiado debe tener conciencia de sí mismo, cuando el psicólogo tiene conciencia de él" (17). Ahí está, me parece, descrita con una precisión y un rigor perfectos la falta en la que cae todo psicólogo que observa y que analiza, cuando en presencia del juego infantil se plantea esta cuestión: ¿hasta qué punto "se toma en serio"? ¿Qué parte hay que concederle al antropomorfismo pueril del niño, a lo serio real; qué

(16) Compárese sobre esta cuestión la discusión entre W. Stern, *Psychologie der frühen Kindheit (Psicología de la primera niñez)*, cap. 3, Ilusión e ilusionamiento, 3.ª ed., pág. 217, y K. Bühler. *Die geistige Entwicklug des Kindes (La evolución espiritual del niño)*, 2.ª ed., pág. 108.

(17) James, *The principes of Psichology*. Londres, 1901, t. I, pág. 196.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

parte, al simple juego? El *fenómeno* observable del juego no puede dar a esta cuestión una respuesta exenta de equívoco, porque toda distinción, que el análisis psicológico introduce y proyecta allí le es extraña primitivamente. Y el que le sea en efecto perfectamente extraña, que exista ahí una interpretación particular, una "concrescencia" entre "imagen" y "cosa", entre "realidad" y "apariencia", se prueba no solamente en la creación mítica, en donde se ha visto siempre la fuente y el principio del antropomorfismo infantil, sino en la creación *verbal.* Como en todas las formas esenciales de la conciencia intelectual "primitiva", lenguaje y mito obran aquí solidariamente, y no es sino por su solidaridad y sus reacciones mutuas constantes que pueden dar nacimiento a estas formas (18). La cuestión de cuál de estas dos funciones es la que da o la que recibe, la primitiva o la derivada, apenas se puede plantear; su penetración y su solidaridad es en principio la única realidad observable. Apliquemos este principio a la génesis y a la estructura de la conciencia infantil; encontraremos ahí también la doble determinación y el doble uso del mito y del lenguaje. Pues el niño no *ve* en el mundo un mundo de esencia idéntica a la suya e inteligible por él más que por el hecho de estar en relación *verbal* continua con él. Todo ser le parece en un sentido animado porque se le abre por el lenguaje y contesta a sus cuestiones. Con este comercio condicionado por el lenguaje se relaciona para el niño no solamente toda relación con lo que es específicamente humano, sino también toda relación con el mundo de los objetos. Pues todo lo que rodea al niño le "habla" de alguna manera. Las cosas, los acontecimientos, le llaman la atención, como expresa la lengua

---

(18) Para más detalles véase mi estudio *Sprache und mythos. Ein Beitrage zum Problem der Götternamen* (Lenguaje y Mito. Contribución al problema de los nombres de dioses), *Studien der Bibliothek Wartburg,* VI. Leipzig, 1928.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

alemana (nehmen es in Anspruch); forman con él una comunidad lingüística, lo que significa para el niño una verdadera comunidad de vida. A este respecto, se podría aventurar esta paradoja: el niño no habla a las cosas porque las contempla como animadas, sino, por el contrario, las mira como animadas porque habla con ellas. No son, al principio, simples objetos que ejercen sobre él acciones puramente físicas, sino son el compañero, el otro, el interlocutor en una especie de *diálogo*. El espera, exige de ellas una respuesta, y es en esta respuesta donde se establece la primera verdadera relación mutua entre las cosas y el yo. La diferencia fundamental entre la simple *relación con una cosa* y la relación propiamente moral e intelectual, la relación yo-tú consiste precisamente en que sólo la segunda es perfectamente recíproca y reversible. Las cosas y el yo permanecen en todas sus relaciones como dos seres esencialmente extraños el uno al otro; ellos pueden intercambiar continuamente acciones, pero esas acciones no llegan jamás a suprimir la diferencia sustancial que las separa. "Sujeto" y "objeto", el yo y el mundo, se oponen como el yo y el no yo: allá en donde comienza a desarrollarse esta pura relación con las cosas y allí en donde se hace preponderante en la conciencia humana, el mundo ha caído definitivamente al rango de simple materia. Puede ser dominado, sometido cada vez más a la voluntad humana, pero precisamente a causa de esta forma de subordinación se vuelve mudo para el hombre, no le habla más. Pues no existe *discurso* verdadero más que en donde hay una verdadera *conversación*, allí en donde los interlocutores no están solamente vueltos el uno al otro, sino que están coordinados uno al otro como iguales. Es un hecho típico que la lengua, aun cuando crea designaciones para las relaciones puramente objetivas, guarda todavía un recuerdo de esta relación fundamental. En alemán, la expresión "Sich entsprechen (relacionarse) recuerda hasta qué punto la pura *rela-*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ción objetiva se interpreta y comprende originalmente como relación verbal.

Y lo que me parece un rasgo característico y decisivo del juego infantil es que nos transporta a un mundo en el que las dos formas de relación no se han separado aún en ningún momento, sino que quedan ensambladas e inseparables. Juego y lenguaje están, interior y realmente asociados uno al otro. No hay quizá un juego de niños que se pueda clasificar de "juego mudo"; no hay nada allí que no esté penetrado por la actividad del lenguaje, por lo menos del lenguaje interior, animado y llevado por ella. Pero hasta la misma emisión *exterior* de voz parece ser un verdadero factor esencial del juego: sin ella no puede ni desenvolverse ni hacerse completo. La actividad verbal no es sólo una circunstancia concomitante de toda actividad lúdica, es el estimulante continuo de ella. El gusto por el juego está ligado ampliamente al "gusto por la fabulación" y no puede separarse de él. Así la fantasía infantil, como la fantasía artística, envuelve todo lo que toca, todo lo que marca con su sello "en el florido vestido de la fábula", y esta fábula es fábula imaginada y fábula hablada. La palabra aparece sugerida por la imagen y la imagen por la palabra, de tal manera que ambas viven, obran, existen una por la otra. Todo antropomorfismo infantil está sólidamente enraizado en este antropomorfismo del que el lenguaje es la condición y el perpetuo alimento; se funda sobre ese sentimiento que el escepticismo no ha roto ni inquietado aún, que hay una intuición inmediata de las cosas porque se nos ha dado un medio de "entendernos" con ellas, porque en la respuesta y en la pregunta podemos entrar con ellas en relación directa.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

VII

Pero si se representa en toda su amplitud la significación del lenguaje para la construcción del mundo de la representación y del mundo de la fantasía, parece entonces desprenderse de esta misma idea una objeción final y decisiva contra su validez. Pues si se revela como un medio específico de "humanización", de antropogonía, parece, por esta misma razón, estar condenado a permanecer encerrado y aprisionado para siempre en los límites del antropomorfismo. El desarrolla en sí todo un mundo de símbolos, cada vez más rico, más finamente articulado, pero se encierra en la red que ha construído. Incapaz de penetrar jamás en la esencia propia de las cosas, las sustituye por un simple signo. La crítica escéptica del lenguaje se ha apoyado siempre sobre este punto, y toda su polémica está dirigida en el sentido de este "único" argumento. El lenguaje no es para ella un órgano del conocimiento, de la verdadera aprehensión del ser: es, por el contrario, él quien se interpone siempre entre los hombres y la realidad, quien teje sin cesar el velo de Maya, y quien nos envuelve con éste cada vez más. Si no somos capaces de librarnos de los hilos del lenguaje, de anular la ilusión que trae y que alimenta siempre, no podremos nunca alcanzar la verdad del "ser", del ser "interior", así como del ser "exterior". Pues el ser interior no es tanto descubierto por el lenguaje como, por el contrario, oscurecido y oculto por él. Desde el momento que buscamos expresar el contenido de la existencia interior y personal, fijarla de cualquier manera en una palabra, la significación última de esta existencia se ha perdido y anulado ya. Un eterno anatema parece haber sido lanzado sobre el lenguaje: todo lo que nos muestra nos lo oculta también y fatalmente; en su esfuerzo para hacer consciente y manifiesta la naturaleza de las cosas, para aprehenderlas en su esencia, las deforma y desfigura necesaria-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mente. Esta crítica y la requisitoria que se saca de ella se encuentran a lo largo de toda la historia del espíritu, se las oye del lado de la crítica del conocimiento como del de la mística, de la filosofía y la poesía:

Warum kann der lebendige Geist dem Geist nicht erscheinen
Spricht die Seele, so spricht! ach! schon die Seele nich mehr (19).

Pero de otra parte es igualmente la *poesía* quien puede, con más seguridad, reducir esa crítica y esa requisitoria a sus justos límites. Pues es la lengua del auténtico poeta la que consigue la síntesis más elevada, la que ofrece la mediación y la conciliación más clara de las oposiciones. Aquí lo particular se hace lo universal, lo universal lo particular. Cada creación verbal verdaderamente poética, y sobre todo cada creación puramente lírica aparecen como una solución del misterio de toda existencia espiritual. Pues lo que hay de máximo individualismo puede ser la expresión de una idea absolutamente universal, traducir adecuadamente su contenido, abrir completamente su sentido. Cuando el verdadero genio lírico expresa un sentimiento nos lo da como algo momentáneo y único que no existió nunca anteriormente. Nosotros no lo recibimos como algo conocido, como algo dado ya: es una verdadera creación nueva, es por ella misma y en ella misma un enriquecimiento definido de la existencia. Y a pesar de esta innovación no revela nada que venga de fuera, nada extraño, todo sucede como si su carácter nos fuera conocido de siempre. Nuestro ser interior no es oscurecido por eso, nuestro sentimiento no experimenta molestia alguna, al contrario, el uno y el otro parecen realmente liberados por el lenguaje y alumbrados en su única for-

(19) "¿Por qué el espíritu vivo no puede aparecer ante el espíritu? Cuando el alma habla, ¡ah!, ya no habla el alma más." Schiller, *Votivtafeln (Tablas votivas)*, núm. 41, *Sprache (Lenguaje)*.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ma pura y primitiva. No es quizá por un azar que esta dirección específica y esta fuerza original característica del lenguaje, casi siempre desconocidas o desdeñadas de los "teóricos" puros hayan recibido en las reflexiones de un "poeta" su expresión y su definición más claras. En un conciso artículo de pocas páginas, "Sobre el perfeccionamiento progresivo del pensamiento en la palabra" (20), H. von Kleist planteó con un vigor magistral el problema que tratamos. Parte del hecho de que el papel del lenguaje no se limita en ningún modo a comunicar pensamientos preexistentes, sino que es un mediador indispensable para la "formación" del pensar, para su íntima evolución. El lenguaje no es una simple transposición del pensamiento en la forma verbal, coopera esencialmente al acto primitivo que la *plantea*. No refleja solamente hacia fuera el movimiento interno del pensar, sino es un motivo, un estimulante y una causa motriz de primera importancia. "La idea no preexiste respecto del lenguaje, se forma en él y por él. Los franceses dicen: el apetito viene comiendo; esta ley empírica permanece cierta cuando se la parodia diciendo: la idea viene hablando. Pienso en la contestación de Mirabeau al maestro de ceremonias después de haberse levantado la última sesión real, el 23 de junio. El Rey había dado a los Estados la orden de separarse. El maestro de ceremonias entró en la sala de sesiones, en donde los Estados permanecían reunidos, y les preguntó si habían oído la orden del Rey. "Sí —respondió Mirabeau— hemos oído la orden del Rey." Estoy seguro de que al comenzar tan moderadamente no pensaba todavía en las bayonetas con las cuales debía concluir su discurso. "Sí, señor —repitió—; las hemos oído." Se ve que no sabía aún perfectamente lo que quería. "¿Pero quién os autoriza —continúa, y de repente rom-

(20) "Ueber die allmählige Verferctigung der Gedanken bein Reden."

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

pe en él una fuente de ideas grandiosas—, quién os autoriza a hablar aquí de órdenes? Nosotros somos los representantes de la Nación." Eso es lo que buscaba: "¡La Nación da órdenes y no las recibe! —para lanzarse a la temeridad—. "Para explicarme claramente...", y entonces encuentra solamente la expresión de toda la resistencia a que su alma se prepara: "Id y decid a vuestro rey que no abandonaremos nuestros sitios más que por la fuerza de las bayonetas." El lenguaje —tal es la conclusión que Kleist saca de la evocación de esta memorable escena—, para el verdadero orador que no comunica pensamientos ya acabados, sino en quien los pensamientos son relámpagos que iluminan el torrente de la palabra, el lenguaje no es una traba, un freno a la rueda del espíritu, sino "como una segunda rueda que corre paralelamente a la primera sobre el mismo eje" (21). Esta feliz comparación caracteriza bien la relación fundamental del pensar y del lenguaje. La dinámica del pensar va al par con la dinámica del discurso. Entre estos dos procesos hay un cambio constante de fuerzas. Todo el ciclo de la evolución intelectual y moral depende de este cambio que mantiene continuamente su movimiento.

VIII

No he querido en las consideraciones precedentes más que dar algunas indicaciones, sin pensar y sin pretender agotar el tema con el que se relacionan. No será posible resolver y dominar los problemas que se presentan aquí más que por la colaboración, más efectiva que hasta ahora, de *todas* las disciplinas que participan en el estudio del lenguaje. La lingüís-

(21) Cfr. Heinrich v., Kleist *Werke*, edit. Erich Schmidt, vol. IV, pág. 76.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tica, la filosofía, la psicología, la patología del lenguaje, la historia literaria, la estética tienen sus caminos aun muy separados. En el trabajo común lo que nos molesta es, más que la razón, el conjunto de ideas convencionales y tradicionales, la consideración de fronteras superficiales y técnicas. Cada uno expone las cuestiones fundamentales hablando desde su punto de vista y de sus intereses especiales: cada uno debe abrir su propio camino y elaborar penosamente y en conjunto todos sus conceptos metodológicos. Yo no desdeño ni discuto la naturaleza propia y los fines especiales de las investigaciones particulares, pero, por otra parte, me parece que es por su síntesis y por su orientación hacia un fin común como podrá elucidarse verdaderamente el problema filosófico del lenguaje. Las ciencias fundamentales del lenguaje sufren *ellas mismas* a menudo de este destino que quiere que cada una, en su contenido y en su método, hable su propia lengua. El fin de las observaciones sucintas que preceden podría ser conseguido si consiguiesen echar puentes entre aquellas ciencias y contribuyesen al progreso por el que aprenderán a conocerse y comprenderse.

Traducción de M. Muñoz Cortés.

N. del T.—Este ensayo se publicó en francés en el volumen monográfico *Psicologie du Langage*, París Alcan, 1933, que inicialmente constituyó el núm. 1-4 del mismo año del *Journal de Psychologie*. No hemos podido encontrar, a pesar de muchos esfuerzos, el original alemán, ni sabemos si fué publicado alguna vez en la lengua nativa del ilustre pensador.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

EL MODELO DE «ORGANON» QUE ES EL LENGUAJE

POR

K. BÜHLER

FORMAS DE APARICIÓN DEL FENÓMENO LINGÜÍSTICO CONCRETO.

EL fenómeno verbal tiene múltiples causas (o motivos) y lugares en la vida del hombre. No abandona completamente al solitario en el desierto o al que sueña dormido, pero enmudece de vez en cuando, tanto en momentos indiferentes como decisivos. Y, por cierto, no sólo en el que reflexiona en soledad y en el que crea sin palabras, sino muchas veces en medio del curso de un acontecer entre tú y yo o en la asociación del nosotros, en que por lo demás se presenta normalmente. Equidistantes de la verdad de una ley están todas las reglas sumarias de los sabios que se ocupan de esta aparición, cambiante como el tiempo, del habla humana. "Si habla el alma, ya no habla, ay, el alma"; igualmente se oye decir: la respuesta más profunda de la conciencia interrogada es el silencio. En cambio, otros sostienen que hablar y ser hombre viene a ser lo mismo, o que el modo de expresión del lenguaje (más exactamente, de la len-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

gua materna) es el medio en que se nos da y puede manifestarse únicamente el mundo exterior y el mundo interior; por lo menos, pensar y hablar han de ser lo mismo, a saber, *logos*, y el pensamiento mudo sólo un hablar que no se puede oír.

No buscamos al principio ningún conflicto con los sabios, sino un modelo del fenómeno verbal, concreto y acabado, junto con las circunstancias vitales en las que se presenta por lo regular. Creo que fué una buena presa de Platón la indicación que hace en el *Cratilo* de que el lenguaje es un *organum* para comunicar uno a otro algo sobre las cosas: que se dan tales comunicaciones no es cuestión, y la ventaja de partir de ellas

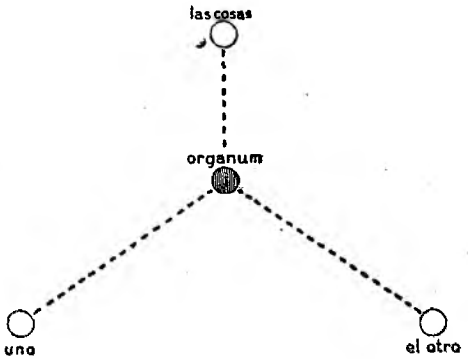


Fig. 1.

consiste en que todas las demás cosas o la mayoría de ellas pueden obtenerse de ese caso principal por *reducción*; pues la comunicación verbal es la manifestación más rica en relaciones fundamentales del fenómeno verbal concreto. La enumeración *uno — a otro — sobre las cosas* designa nada menos que tres fundamentos de relaciones. Trácese un esquema en una hoja de papel, tres puntos agrupados como para formar un triángulo, un cuarto en el centro, y empiécese a reflexionar sobre lo que ese esquema puede simbolizar. El cuarto punto en el centro simboliza el fenómeno perceptible por los sentidos, habi-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tualmente acústico, que evidentemente tiene que estar en alguna relación, sea directa o mediata, con los tres fundamentos de los ángulos. Tracemos líneas de puntos desde el centro hasta los ángulos de nuestro esquema y meditemos en lo que simbolizan esas líneas de puntos.

1. *Consideraciones causales insuficientes de los especialistas.*

Lo primero que se le ocurre al que interpreta sin prejuicios esa figura de puntos y líneas es una *consideración causal* directa. "Uno" produce el fenómeno sonoro, y éste actúa sobre el "otro" como estímulo; es, pues, *effectus* y *efficiens*. Para dar también sentido a la tercera línea de puntos se puede proceder de distinto modo. Lo más sencillo es interpretarla como una conexión causal compleja, producida por fundamentos intermedios, de acontecimientos en torno al hablar. Supongamos que la producción del fenómeno acústico sea provocada en el que habla por un estímulo sensible temporalmente anterior, que procede de una cosa del campo perceptivo, y que la audición del fenómeno acústico verbal estimula al oyente a volver los ojos hacia la misma cosa. Así, por ejemplo: Dos hombres en una habitación —uno advierte un repiqueteo, mira a la ventana y dice: *está lloviendo*—; también el otro mira hacia allí, ya sea llevado a ello directamente por la audición de las palabras o por la mirada hacia el que habla (1). Esto ocurre, y con

(1) Este ejemplo de la lluvia se discute en el interesante libro de Alan Gardiner *The theory of speech and language*, 1932. Aseguro con gusto al ilustre autor que lo he discutido en el encerado, a propósito del esquema de los tres fundamentos en 1931 en Londres, sin saber que él lo había apuntado ya diez años antes. Tal vez el clima de Londres sea responsable de la uniformidad de la elección del ejemplo. El esquema mismo de los tres fundamentos no es de ninguno de nosotros dos, sino que fué concebido por primera vez por Platón, en la medida en que un

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ello se cierra el círculo del modo más perfecto. Si se quiere, se puede dejar ahora continuar el acontecer en el círculo así cerrado como en un tornillo sin fin. Si la cosa o el fenómeno tienen suficiente riqueza para provocar nuevas excitaciones, que recibe alternativamente uno u otro de los interlocutores, si el suceso interesa intensamente a los dos (como suele decirse de

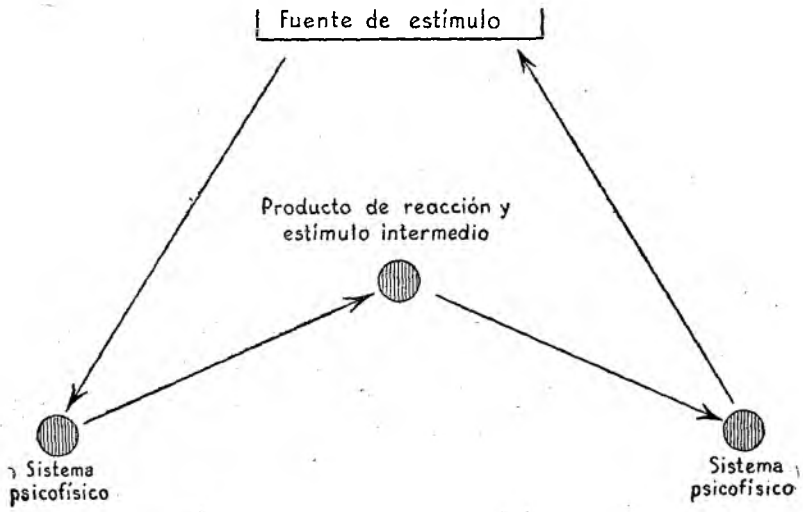


Fig. 2.

un modo expresivo), se explayarán un rato en forma de diálogo mientras examinan y discuten la cosa o el asunto.

Si ahora volvemos de nuevo la atención del ejemplo ilus-

---

lógico podría inferirlo de la conjetura platónica. Cuando lo hice en 1918, en el ensayo *Kritische Musterung der neueren Theorien des Satzes* (indog. Jahrbuch, 6), no pensaba tampoco en Platón, sino, como Gardiner, en la cosa, y veía ante mí el modelo. Los títulos de mis dos conferencias en el University College de Londres fueron: 1. *Structure of language;* 2. *Psychology of speech.* En relación con ellas tuve con Gardiner aquellas penetrantes discusiones, citadas por él, que nos revelaron a los dos que él desde el egipcio y yo desde el alemán juzgábamos de un modo coincidente "el" lenguaje de los hombres.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

trativo al modelo, habría que precisar la cadena causal de la comunicación primaria mediante sonidos, aun fundada en la precepción, en en el esquema de la figura 2.

¿Qué dice la teoría del lenguaje acerca de esto? Una consideración causal *cualquiera* es tan inevitable en el marco total del análisis lingüístico de los procesos verbales concretos como, por ejemplo, en la reconstrucción de un delito. El juez, en el proceso criminal, no sólo tiene que determinar el hecho como ese delito, sino también al acusado como autor, para condenarlo. La atribución del hecho sin la idea de causalidad, en alguna forma, sería (vista la cosa de un modo puramente lógico) una empresa sin sentido. Pero el pensar hasta el fin la idea de causalidad tropieza en la esfera del derecho con dificultades bien conocidas. Yo afirmo que también tropieza con dificultades de la misma índole la representación demasiado primitiva de la antigua psicofísica acerca del "ciclo del hablar" (De Saussure); son, a su vez, las mismas que se manifiestan de un modo general en el campo central de la psicología. Hoy empezamos a adivinar dónde está el error: los sistemas α y β de la cadena funcionan como estaciones de amplia autonomía. La recepción del estímulo se parece, aun en el caso más sencillo, a un auténtico "aviso", y la propia emisión es siempre una "acción".

El programa de investigación que el robusto behaviorismo empezó a poner en práctica con empuje juvenil, primero con animales y con el lactante humano, contenía aún la antigua fórmula e intentaba resolver en reflejos el proceso total; pero hoy se está produciendo un cambio en toda la línea. Voy a formular aquí una única tesis acerca de esto, que basta para justificar absolutamente, también desde este punto de vista, nuestra exigencia de buscar la *verdadera faz* de las cosas. Lo mismo si se consultan las obras iniciales del behaviorismo americano —las mejores en mi opinión—, de Jennings y Thorndike, o el modernísimo resumen de Ichlonski sobre los resultados de los rusos en torno a Pavlov y Bechterev, o la teoría del lenguaje, realizada desde el punto de vista

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

behaviorista, de la filosófica G. Â. de Laguna, salta inmediatamente a la vista del que no ha perdido la visión del auténtico problema que los investigadores, desde el principio y hasta hoy, estaban obligados por la cosa misma a *la* desviación decisiva del programa.

Ni podían ni pueden avanzar sin un concepto fundamental *sematológico* en su cálculo, sin el concepto de la señal. Fué introducido con pureza teórica por Jennings en la forma de los "estímulos representativos" (nuestro *aliquid stat pro aliquo*, sobre el cual se da cuenta en B), reaparece en Ichlonski expresado en una consideración del como si, y está contenido desde el principio y originariamente en la concepción de De Laguna. Y este auténtico concepto de signo tiene su puesto lógico en el programa de los behavioristas, no en cualquier punto de la periferia de lo investigado, sino completamente en el centro, de suerte que pertenece de hecho o debe pertenecer, por ejemplo, al inventario de todo teórico que quiera hacer comprensibles los hechos del aprendizaje animal. Pues donde no aparece resulta visible un hueco o un salto en el lugar en que tendría que estar. Todo el atasco de la teoría behaviorista, su fragmentación en más de los siete colores del iris en el *proceso de aprendizaje*, acerca del cual están llenos los libros y revistas de los psicólogos americanos, acaso hubiera podido predecirse desde una sematología perspicaz. Pero, en todo caso, desde aquí es posible la profecía más cómoda *post festum* y aun algo más, a saber, una ordenación lógica clara de las diferencias de opinión acerca del proceso de aprendizaje. Lo que digo tiene que quedar de momento sin justificantes detallados; la teoría del lenguaje tiene que contener un capítulo especial sobre la función de señal del lenguaje, y aquél es el lugar de entrar en particularidades. Allí habrá que mostrar también que en el seno de la biología misma ha surgido como una especie de antítesis hegeliana del behaviorismo mecanicista, el intento de Uexküll, que está previamente orientado sematológicamente en sus conceptos fundamentales, "signo de advertencia" y "signo de actuación". El profundo cambio de que hablo se realiza con pureza paradigmática en la notable obra de E. C. Tolman *Purposive behavior* (1932).

Lo impreso en letra pequeña, tal como queda expuesto, carece de actualidad para los lingüistas europeos, y hubiera podido omitirse; pero es menester mencionar en su lugar sistemá-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tico el ensayo más consecuente del pensamiento moderno sobre el tema y anotar las dificultades en que provisionalmente se atascó. Su precursor en la psicología y la lingüística de fines del siglo XIX no es más que un niño inconsecuente y balbuciente en comparación con el programa del behaviorismo fisicista, que ha renovado en forma moderna el nominalismo del *flatus vocis* del comienzo de la Edad Media. El argumento más sencillo y verdaderamente contundente de un lingüista contra él lo ofrece, por ejemplo, la situación de la fonología. Los sistemas psicológicos de los interlocutores producen y elaboran de hecho los *flatus vocis* de un modo completamente distinto de lo que supone la antigua fórmula, demasiado simple. Los sistemas psicofísicos son *selectores* y en cuanto rectores actúan según el principio de la relevancia abstractiva, acerca del cual dará explicaciones el axioma B, y los sistemas psicofísicos son *estaciones de formación* en cuanto emisoras. Ambas cosas pertenecen a la organización del intercambio de señales.

2. *Nuevo modelo; las tres funciones de sentido de los fenómenos lingüísticos.*

Respetamos estos hechos y dibujamos por segunda vez el modelo de *órganon* que es el lenguaje en la figura 3.

El círculo del centro simboliza el fenómeno acústico concreto. Tres momentos variables en él están llamados a elevarlo por tres veces distintas a la categoría de signo. Los lados del triángulo inserto simbolizan esos tres momentos. El triángulo comprende en un aspecto menos que el círculo (principio de la relevancia abstractiva). En otro sentido, a su vez, abarca más que el círculo para indicar que lo dado de un modo sensible experimenta siempre un complemento aperceptivo. Los

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

grupos de líneas simbolizan las funciones semánticas del signo lingüístico (complejo). Es símbolo en virtud de su ordenación a objetos y relaciones, *síntoma* (indicio) en virtud de su dependencia del emisor, cuya interioridad expresa, y *señal* en virtud de su apelación al oyente, cuya conducta externa o interna dirige como otros signos de tráfico.

Este modelo de *órganon,* con sus tres referencias de sentido

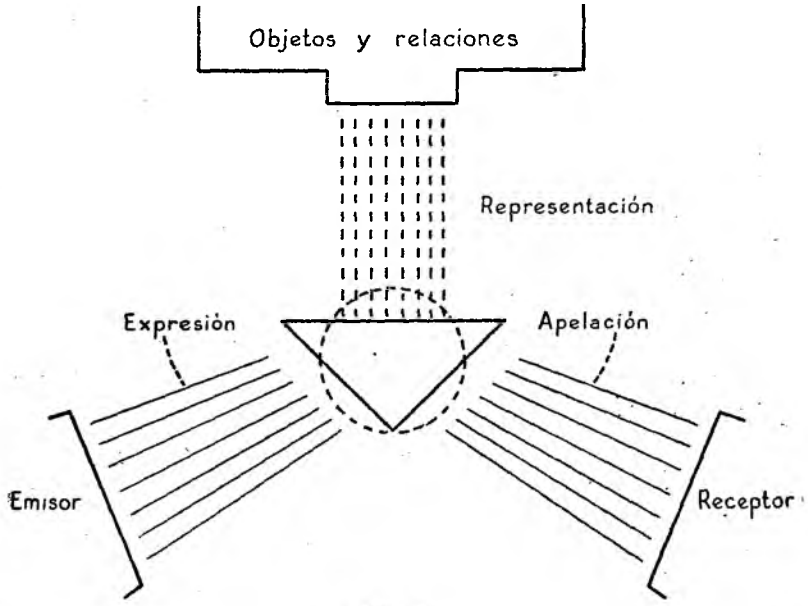


Fig. 3.

variable, con amplia independencia, está completo por primera vez, tal como hay que realizarlo, en mi trabajo sobre la frase (1918), que empieza con estas palabras: "Triple es la función del lenguaje humano, manifestación, repercusión y representación." Hoy prefiero los términos: *expresión, apelación* y *representación,* porque "expresión" adquiere cada vez más en el círculo de los teóricos del lenguaje la significación precisa exigida aquí, y porque la palabra latina "appellare" (inglés

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

appeal, alemán *ansprechen)* es aceptada para lo segundo; hay, como hoy sabe todo el mundo, un *sex appeal,* junto al cual el *speech appeal* me parece un hecho igualmente tangible.

Pero, en todo caso, el que ha llegado al conocimiento de la naturaleza de signo del lenguaje tiene que procurar la homogeneidad de sus conceptos; los tres conceptos fundamentales tienen que ser conceptos *semánticos.* Es instructivo darse cuenta en la fonética de por qué y cómo ha de evitarse un *cock-tail* de conceptos. Después del progreso que ha traído la fonología habrá que considerar siempre en el futuro, respecto al simple término "fonema", por el contexto o mediante un calificativo, si lo mentado ha de ser un signo fonético, una señal fonética, es decir, una unidad determinada del sistema de fonemas de una determinada lengua, o algo perteneciente al contenido de la fonética. Pues ahora sabemos que un fonema, en singular, puede "realizarse" de un modo fonéticamente distinto en *dos lugares de la misma* lengua en que aparece, y una materia fonética, en singular, que aparece *en dos lenguas distintas,* puede "apreciarse" de un modo fonológicamente distinto. Aquello, por tanto (dicho una vez más), en el dominio de la misma lengua, esto en el dominio de lenguas distintas. Una mezcla de conceptos que pertenecen en parte a la consideración causal (física) y en parte a la consideración como signos, tendría que confundir de un modo tan profundo la interpretación simbólica de nuestro esquema de tres fundamentos, que nadie podría entenderse ya bien y surgirían meros pseudoproblemas. La consigna "¡marchar separados!" pertenece al supuesto obvio de la homogeneidad de conceptos que se quiere manejar sinópticamente en un modelo de relación. La consigna complementaria "¡y golpear juntos!" es un asunto que tiene que realizarse de otro modo en el seno de la ciencia. Y, ciertamente, según reglas lógicas perfectamente claras y explicables, acerca de las

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

cuales se pueden lograr las primeras informaciones, de un modo igualmente ejemplar, a propósito de la relación entre la fonética y la fonología.

¿Qué significan, pues, los grupos de líneas del modelo de *órganon?* Platón sólo ha intentado interpretar *uno* de ellos, la relación fonema-cosa, y en el *Cratilo*, si bien se prepara en el diálogo cierto impulso hacia una nueva duda, se ha decidido, sin embargo, de un modo *preponderante*, por el νόμῳ o θέσει de su cuestión disyuntiva. Hay, pues, en aquel lugar del esquema, dicho en términos matemáticos modernos, una *ordenación* de los signos fonéticos a objetos y relaciones. El preámbulo histórico de esta ordenación es desconocido para el que habla hoy. La lingüística puede, en muchos casos, ciertamente, perseguir y señalar la ordenación prodigiosamente lejos en el pasado; pero al fin se rompe el hilo en todas partes. Tanto los hablantes como los lingüistas reconocen esto: si "hoy" consideramos comparativamente el fonema y la cosa, no resulta ninguna "semejanza" entre ambos, ni siquiera sabemos, en la mayoría de los casos, si ha existido alguna vez, y si por esa analogía se ha realizado originariamente la *ordenación.* Esto es todo, y en rigor ya más de lo que de momento necesitamos. Pues las ordenaciones "existen", si se atiende a la última agudeza conceptual, sea cualquiera su motivación, sólo *en virtud* de una convención (unificación en el sentido puramente lógico de la palabra) y *para* los contratantes (2). En una

(2) El nombre cuco puede ser más o menos "parecido" al conocido grito que oímos en el bosque, pero esa semejanza misma no es más que el *motivo* de la ordenación fonema-cosa, sólo la cual hace nombre al nombre; nombre no del grito, sino del pájaro (al que, por cierto, los menos de los contratantes podrían haber percibido vivo en el bosque y simultáneamente con el grito). Falta mucho, lógicamente falta todo para la ecuación semejanza = ordenación. Sólo es cierto que cada miembro de una comunidad lingüística podría, y de hecho puede, participar en la creación de nuevos nombres de un modo distinto y más sencillo donde siempre se ha *convenido;* que la semejanza, en general, cual-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

palabra, en la solución del *Cratilo* puede quedar en pie esto: los fonemas de una lengua están ordenados a las cosas, y el léxico de una lengua interpretada científicamente resuelve la primera cuestión que se desprende de la respuesta del *Cratilo*, exponer los *nombres* (como allí se dice) de la lengua, sistemáticamente, con sus relaciones de ordenación a las "cosas". El hecho de que en un sistema de dos clases de los medios de representación del tipo del lenguaje haya convenciones sintácticas que pertenezcan también a las ordenaciones léxicas, no hace sino ampliar el campo de las relaciones de ordenación que encontramos en él. Para responder a ello, en el lugar del esquema en que ponía "las cosas", escribimos ahora la doble denominación: "objetos y relaciones".

3. *Expresión y apelación como variables independientes junto a la representación.—Los tres libros sobre el lenguaje.*

Lo que sigue ahora es adecuado y está destinado a delimitar la *dominancia*, no discutida por nosotros, de la función representativa del lenguaje. *No* es verdad que todo aquello *para lo cual* el fonema es un fenómeno medio, un mediador entre el hablante y el oyente, queda comprendido en el concepto "las cosas" o en la pareja de conceptos, más adecuada, "objetos y relaciones". Sino que es verdad esto otro: que en la estructura de la situación verbal, tanto el emisor como autor del hecho del hablar, el emisor como sujeto de la acción verbal, como el receptor en cuanto interpelado, el receptor en cuanto *dirección* de la acción verbal, ocupan posiciones propias. No son simplemente una parte de aquello *acerca* de lo cual se produce la co-

---

quier semejanza, debe ser el motivo de ordenación. Pero la ordenación y el motivo de ordenación tienen que distinguirse lógicamente en todo caso.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

municación, sino que son las partes de ese intercambio, y por eso es posible en último término que el producto intermedio del fonema descubra una peculiar relación de signo respecto a uno y a otro.

Interpretamos, pues, la relación *específica* del fonema perceptible con el hablante en el mismo sentido que nos es familiar en otros fenómenos de expresión. ¿Qué ocurre con la tercera relación? Sólo es la tercera en nuestra enumeración; pues *in natura rerum*, es decir, en el intercambio de signos de los hombres y de los animales, el analizador encuentra la apelación primero, y del modo más exacto, a saber, en la *conducta* del receptor. Si en lugar de hombres se consideran abejas, hormigas, termes, y se estudian sus medios de comunicación, la atención del investigador se dirigirá primero y predominantemente a las reacciones del receptor. Hablo de *señales* como cultivador de la psicología animal y comprendo su valencia comunicativa en la conducta de los que las reciben y elaboran psicofísicamente. Tampoco descuidaremos este aspecto de la cuestión como teóricos del lenguaje humano. El análisis de los signos mostrativos, por ejemplo, nos descubrirá que hombres como Wegener y Brugmam estaban en el camino recto cuando describieron la función de los demostrativos y utilizaron de hecho para ello, si no la palabra, sí el concepto general "señales". Pues ocurre que los demostrativos en el caso límite (los demostrativos puros), según aparecen como partículas indeclinables, no sólo en el indoeuropeo primitivo, sino hasta el día de hoy en nuestra lengua, y del modo más claro en su empleo *simpráctico*, funcionan exactamente igual que cualquiera otras señales de trato entre los hombres o los animales. El teórico del lenguaje debe partir de los ejemplos más puros para definir el concepto de señales fonéticas lingüísticas. Con el concepto así definido investigará luego todo el lenguaje y encontrará que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

así se ve desde un nuevo punto de vista, no algún detalle, sino también la totalidad.

Lo mismo vale, para decirlo pronto, para cada uno de los tres modos de consideración. Habría que sacar de la vida fenómenos verbales concretos en los que resulta visible por vez primera que casi todo puede trazarse y prepararse sobre la sola función representativa de los signos lingüísticos; esto es seguramente válido del modo más manifiesto para el lenguaje científico y llega a un máximo en el sistema representativo de la logística moderna. ¿Qué le importan al lógico puro las valencias expresivas de los signos que traza con tiza sobre el encerado? No debe preocuparse de ello en absoluto; y, sin embargo, acaso un grafólogo experimentado se complacería en este y aquel rasgo o en el trazado de las líneas enteras, y no esforzaría en vano su arte de interpretación. Pues un resto de expresión se oculta aun en los rasgos de tiza que un lógico o un matemático traza en el encerado. No es menester, por tanto, llegar al lírico para descubrir la función expresiva como tal; solamente el rendimiento será, por supuesto, más rico en el lírico. Y si en un lírico, completamente arbitrario, con frecuencia escribe en su puerta que el lógico debe quedarse fuera, esto es, a su vez, una de esas exageraciones que no hay que tomar en serio. Para lo *tercero*, para una función exacta de apelación, está preparado todo, por ejemplo, en el lenguaje de mando; para la apelación y la expresión en equilibrio, en las palabras de caricia o insulto. Tan verdad es esto, que esas palabras *designan* con frecuencia algo precioso y feo; así, como es notorio, que las palabras de caricia más íntimas echan mano, al menos muchas veces, del otro cacharro; y el llamar a alguien "¡caballero!" puede ser una injuria. Un estudiante de Bonn, según cuenta la fama, hizo callar y llorar una vez en una porfía a la verdulera más insultante, sólo con los nombres de los alfabetos griego y he-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

breo: ("¡So alfa!", "¡so beta!"...). Una historia psicológicamente creíble, porque en el insulto, como en la música, casi todo depende del "tono".

Sin embargo, para subrayarlo una vez más, esto no son más que fenómenos de dominancia, en los que, alternativamente, ocupa el primer plano una de las tres referencias fundamentales de los fonemas. La comprobación científica decisiva de nuestra fórmula de constitución, del modelo de *órganon* del lenguaje, se consigue cuando se pone de manifiesto que cada una de las tres relaciones, cada una de las tres funciones de sentido de los signos lingüísticos inaugura y tematiza un campo propio de fenómenos y hechos lingüísticos. Y así es. Pues "la expresión lingüística" y "la apelación lingüística" son objetos parciales de la lingüística en su conjunto, que, comparados con la representación lingüística, muestran estructuras propias. La lírica, dicho en pocas palabras, y la retórica, tienen cada una en sí algo propio, que las distingue entre sí, y —para no salirnos de la esfera— de la épica y el drama; y sus leyes estructurales son más notoriamente distintas, naturalmente, de la ley de estructura de la exposición científica. Este es, resumido en los términos más sencillos, el contenido de la tesis de las tres funciones del lenguaje. Quedará comprobada en su totalidad cuando se escriban los tres libros sobre el lenguaje que el modelo de *órganon* requiere.

(Traducción de Julián Marías.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

EL PODER DE LAS PALABRAS

POR

I. A. RICHARDS

"Le mot, qu'on le sache, est un être vivant... le mot est le verbe, et le verbe est Dieu."—VÍCTOR HUGO.

"¡Atenienses! Observo que en todos los aspectos sois profundamente reverentes hacia los dioses."—PABLO DE TARSO.

"El que considere estas materias debidamente, encontrará que hay una cierta brujería o fascinación en las palabras, que las hace operar con una fuerza por encima de la que naturalmente podemos percibir."—SOUTH.

LOS símbolos que han usado los hombres desde los primeros tiempos para ayudar al proceso del pensamiento y para relatar sus hazañas, han sido una fuente constante de asombro y ensueño. La raza humana ha estado siempre tan impresionada por las propiedades de las palabras como instrumentos de dominio sobre los objetos, que en todas las edades les ha atribuído poderes ocultos. A primera vista, no pa-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

rece haber gran diferencia entre la actitud de los primitivos egipcios y la del poeta moderno. "Todas las palabras son espirituales", dice Walt Whitman, "nada hay más espiritual que las palabras. ¿Desde dónde vienen? ¿A lo largo de cuántos miles y miles de años han llegado hasta nuestros labios?" Mientras no nos demos perfecta cuenta de la profunda influencia de las supersticiones que conciernen a las palabras no comprenderemos la permanencia de ciertos hábitos lingüísticos ampliamente difundidos que corrompen todavía hasta el más cuidado de los pensamientos.

En la mayor parte de los casos, y en los asuntos más corrientemente debatidos, la influencia de este legado penetra profundamente en el lenguaje no menos que en otras esferas. "Si pudiéramos abrir las cabezas y leer los pensamientos de dos hombres de una misma generación y un mismo país, pero pertenecientes a extremos opuestos de la escala intelectual, probablemente encontraríamos que los dos eran tan diferentes como si pertenecieran a especies distintas... Las supersticiones perviven porque, a la vez que chocan con los puntos de vista de los miembros más instruídos de la comunidad, siguen estando en armonía con los pensamientos y sentimientos de los otros, y éstos son todavía bárbaros o salvajes de corazón, aunque los más calificados los hayan ejercitado en una apariencia de civilización" (1).

Las personas más educadas ignoran las proporciones con que estos vestigios perviven a sus puertas, y son aún menos conscientes de cómo su propio comportamiento está moldeado por la mano invisible del pasado. "Sólo aquellos a quienes sus estudios han llevado a investigar esta materia —añade el Dr. Frazer— se dan cuenta de lo profundamente que está horadado por fuerzas invisibles el terreno que pisamos."

---

(1) J. G. Frazer, *Psiche's Task*, pág. 169.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

La superficie de la sociedad, como la del mar, puede estar en continuo movimiento —admite el antropólogo—, pero sus profundidades, como las profundidades del océano. permanecen casi inmóviles. Sólo podremos entrar en contacto con nuestros hermanos los hombres si nos sumergimos diariamente en esas profundidades, y en el caso particular del lenguaje, sólo podremos compartir la vida de la comunidad si renunciamos a las ventajas de un determinado sistema de símbolos científicos y bebemos en la común corriente impurificada. Si las nubes de la tradición verbal acumulada descargan sobre nosotros —al esforzarnos por comunicarnos, al intentar su interpretación— pocos son, hasta ahora, los que han podido levantar un rudimento de defensa.

El poder de las palabras es la fuerza más conservadora de nuestras vidas. No hace tanto tiempo aun desde que los estudiosos de antropología empezaron a admitir la existencia de esos lazos verbales ineludibles que aprisionan una parte tan grande de nuestro pensamiento. "El esquema de concepción común heredado, que nos rodea por todas partes, que nos llega de un modo tan natural e indiscutible como el aire de nuestros campos, no es lo que menos se nos impone, y limita nuestros movimientos intelectuales por caminos incontables; y tanto más seguramente, tanto más irresistiblemente cuanto que le es inherente al lenguaje que hemos de usar para expresar lo más sencillo, y se adopta y asimila antes de que podamos empezar a pensar por nuestra propia cuenta" (2). Y apenas si podemos pensar en escapar de la estructura de nuestro lenguaje. Han pasado muchos miles de años desde que los hombres nos desprendimos de nuestros rabos, pero todavía nos estamos comunicando con un instrumento adecuado a las necesidades del hombre que se subía a los árboles. Y así como los sonidos y los signos del len-

(2) F. M. Cornford, *From Religion to Philosophy*, pág. 45.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

guaje llevan el testimonio de sus orígenes remotos, del mismo modo, las asociaciones de esos sonidos y esos signos, y los hábitos del pensamiento que se han ido fortaleciendo con su uso y con las hechuras que les impusieron nuestros primeros padres, guardan el testimonio de una continuidad igualmente significativa.

Podemos sonreírnos ante los errores lingüísticos del hombre primitivo; pero ¿podemos olvidar que la maquinaria verbal sobre la que descansamos tan a gusto, y con la que los metafísicos aseguran todavía que pueden probar la Naturaleza de la Existencia fué ordenada por ese hombre primitivo y puede ser responsable de otros errores no menos groseros y no más fáciles de extirpar? Sería suficiente recordar a este respecto, la preponderancia de vocabularios sagrados o secretos, y de palabras prohibidas de todas clases. Casi todos los países europeos pueden proporcionarnos todavía ejemplos de una leyenda en la que hay que descubrir un nombre (Tom-Tit-Tat, Vargaluska, Rumpelstiltskin, Finnur, Zi) antes de que un príncipe pueda casarse o logre vencer al ogro. Y en lo que toca al conjunto de referencias contextuales, que son el resultado del moderno desarrollo del asociacionismo, con su gran esfuerzo para poner en claro la parte que juega el lenguaje en la memoria y la imaginación, salta a la vista que, en los días anteriores a la posibilidad de un análisis psicológico, la evidencia de un mundo especial de palabras mágicas o de poder —*nómina* como númina— ha tenido que resultar arrolladora.

En el antiguo Egipto se tomaban precauciones para preservar de su extinción al *Octavo*, o Nombre-fuerza, y conseguir su continuidad en los nombres de los dioses (3). En los textos de las Pirámides nos encontramos con que se menciona a un dios llamado Khern, es decir: *Palabra*. La palabra en posesión de una personalidad semejante a la de un ser humano. La Crea-

(3) Budge, *The Book of the Dead*, págs. LXXXVI-XC.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947,.#55.

ción del mundo fué debida a la interpretación en palabras, por Thoth, de la voluntad de la deidad. La mayor parte de la humanidad tiene que haber creído, alguna vez, que el nombre es esa parte intrínseca del hombre identificable con el alma, o que es una parte tan importante de él que puede muy bien sustituir al todo, como cuando se habla de "mano" de obra. En el *Apocalipsis* leemos: "En el temblor de tierra perecieron siete mil nombres de hombres." Y también leemos en la carta a la Iglesia de Sardes: "Tienes unos cuantos nombres de Sardes que no profanaron sus vestiduras." El monstruo que sale del mar tiene sobre su cabeza "nombres de blasfemia". La blasfemia, en sí misma, ya nos sirve de ejemplo, porque se supone que el dios se ofende personalmente por la profanación de su nombre, y hasta en el reinado de Enrique VIII se condenó a muerte en la hoguera a un niño por unas palabras irreverentes que había oído por casualidad acerca del Santísimo Sacramento, palabras que él, en su ignorancia, repetía (4).

"¿Por qué preguntas por mi nombre, viendo que es secreto?" (o "inefable", según el profesor G. F. Moore), dice el Angel del Señor a Manoah en el *Libro de los Jueces.* Casi todas las gentes primitivas muestran gran desagrado si se menciona su nombre. Cuando un jefe neozelandés fué llamado Wai, que significa agua, hubo que darle otro nombre al agua, y en el *Golden Bough* de Frazer hay una colección de nombres *tabú* que demuestra la universalidad de esta actitud. No solamente los jefes, sino también los dioses, y, todavía más, el sacerdote, en el que se supone habitan los dioses —creencia que indujo a los Cantoneses a aplicar la denominación de *Recipientes-buenos* a esos favorecidos personajes— se cuentan entre las víctimas de esta logofobia. Sabremos cómo Herodoto (II, 132, 171) se niega a mencionar el nombre de Osiris. El

(4) Pike, *History of Crime in England,* vol. II, pág. 56.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

verdadero y gran nombre de Alá es un nombre secreto (5), lo mismo que los de los dioses del brahamanismo (6) y el verdadero nombre de Confucio (7). Los judíos ortodoxos parece que también evitan el nombre de Yaveh (8). Podemos comparar con estos ejemplos nuestros "*Thank Goodness*", "*Morbleu*", y la mayor parte de los eufemismos. Entre los hindúes, si algún niño ha muerto, es costumbre llamar al siguiente por algún nombre injurioso. A un muchacho se le llama, p. ej., *kuriya*, es decir, Estercolero —el espírito conoce, sin duda, a las personas por su nombre y no se fijará en el ser despreciable—. Del mismo modo, Dios conoce a cada hombre por su nombre, y el Señor dijo a Moisés: "Tú has hallado gracia ante mis ojos y yo te conozco por tu nombre." Todos los antiguos egipcios tenían dos nombres, uno para el mundo y otro por el que era conocido de los Poderes Sobrenaturales. El segundo nombre que se da a los cristianos abisinios en el Bautismo no puede ser nunca divulgado. La deidad guardiana de Roma tenía un nombre secreto, y en algunos lugares de la antigua Grecia, para liberar de una posible profanación los sagrados nombres de los dioses, se grababan en tablillas de plomo y se arrojaban al mar.

Los niños tienen, a menudo, este mismo afán de ocultar sus nombres; y así como preguntan siempre cuál es el nombre de un objeto —nunca preguntan si tiene nombre— y miran ese nombre como una adquisición de valor, así sabemos nosotros que tienen nombre todas las estrellas. "Él cuenta el número de las estrellas y las llama a todas por su nombre." Aquí debemos recordar el delicioso proverbio que debería figurar al

---

(5) Sell, *The Faith of Islam*, pág. 185.
(6) Hopkins, *Religions of India*, pág. 184.
(7) Friend, *Folk-lore Record*, pág. 76.
(8) Herzog-Plitt, *Real-Encyclopädie*, VI, pág. 501. De aquí el nombre de Adonais, que se lee en lugar del nombre inefable, y del que, por sustitución de vocales, tenemos el de Jehová.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

frente de todos los libros que tratan de Simbolismo: *Dios tiene el nombre que le corresponde.*

En cierto modo, el siglo XX sufre en mayores proporciones que ninguna otra época las consecuencias de esas supersticiones verbales. A causa de los adelantos en los medios de comunicación y de la creación de muchos sistemas simbólicos especiales, la forma de dicho malestar se ha alterado considerablemente, y, aparte de la peculiar supervivencia de la apologética religiosa, adopta ahora perfiles más insidiosos que antaño. Las influencias que más ayudan a su amplia difusión son: la complejidad desconcertante de los aparatos simbólicos de que ahora disponemos; la posesión, por parte de periodistas y hombres de letras, de un inmenso vocabulario semitécnico, y su falta de oportunidad, o su desgana, para emplearlo debidamente; el éxito de los pensadores analíticos en terrenos colindantes con las matemáticas, donde se halla más pronunciado el divorcio entre el símbolo y la realidad, y donde la tendencia a la fundamentación es más tentadora; la extensión de conocimientos de las más toscas formas de la convención simbólica (las reglas elementales), unida a un crecimiento del abismo que separa al público del pensamiento científico de nuestra época; y, por fin, la explotación, para fines políticos y comerciales, de la prensa por medio de la divulgación y repetición de *clichés.*

La persistencia de un aspecto lingüístico primitivo, no sólo en todo lo que concierne al mundo religioso, sino también al trabajo de los pensadores más profundos, es uno de los rasgos más curiosos del pensamiento moderno. La filosofía del siglo XIX estaba dominada por la tradición idealista, en la que se sustituyó la elaboración de una monstruosa maquinaria simbólica —la Dialéctica hegeliana (9) es un ejemplo claro— por la

---

(9) Jowett, al comparar la dialéctica de Hegel con la de Platón, hace notar: "Quizá no haya en el sistema de Hegel mayor defecto que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

investigación directa, que ocupó el centro de la atención. El siglo XX se inició con un sutil análisis de los misterios de las matemáticas, sobre la base de un "platonismo" aun más acusado que el de ciertos *Realistas críticos* de 1921. Leemos, por ejemplo: "Llamo término *(term)* a todo objeto de pensamiento o que puede ocurrir en cualquier proposición verdadera o falsa, pudiendo ser considerado como *uno*... Un hombre, un momento, un número, una clase, una relación, una quimera, o cualquier otra cosa susceptible de mención, es, sin duda, un término; y negar que alguna de estas cosas sea un término será siempre falso... Un término posee todas las propiedades comúnmente asignadas a sustancias o substantivos... Todo término es inmutable e indestructible. Lo que un término es, eso es, y en él no puede concebirse ningún cambio que pudiera destruir su identidad y hacer de él otro término... Se pueden distinguir dos clases de términos, que llamaré, respectivamente, *cosas* y *conceptos*" (10).

Con ayuda de este extraño estoque verbal se han asestado muchos golpes importantes. De esta manera, parece ser errónea la teoría "de los adjetivos o atributos o cosas ideales menos sustanciales, menos subsistentes por sí mismos; menos idénticos en sí mismos que los verdaderos sustantivos" (11). Se excluyeron sistemas filosóficos enteros por el hecho de que "la admisión de muchos términos —implicada en la *mención* de un hombre y una quimera— destruye el monismo". Y fué reconstruído un nuevo platonismo que rehabilitaba el mundo de algunas de las cosas mencionadas por medio de términos, el mundo de los universales. Aquí la razón se construye su morada, "o

---

la necesidad de una perfecta teoría del lenguaje." *The Dialogues of Plato,* vol. IV, pág. 120.

(10) B. Russell, *The Principles of Mathematics* (1903), vol, I, páginas 43-44.

(11) Idem, pág. 46.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

más bien encuentra una morada permanente donde nuestros ideales quedan satisfechos por completo y nuestras mejores esperanzas no se ven frustradas. Sólo cuando comprendamos por completo que nuestra total independencia en nosotros mismos pertenece a este mundo hallado por la razón, podremos darnos cuenta de toda la importancia de su belleza" (12). Porque en él todo es "invariable, rígido, exacto, grato al matemático, al lógico, al constructor de sistemas metafísicos y a todos aquellos que aman la perfección más que la vida". Este mundo le ha sido encomendado al hombre laborioso, en contraste con el mundo de la existencia, que es "volandero, vago, sin contornos precisos, sin ningún plan claro de ordenación", a pesar de que "contiene todos los pensamientos y sentimientos". Los dos mundos están igualmente ante nosotros y son igualmente dignos de contemplación y "de acuerdo con nuestro temperamento preferiremos la contemplación del uno o del otro" (13).

Es de lamentar que los platonizantes modernos sigan tan pocas veces a Platón en su intento de un estudio científico del simbolismo, pero es interesante hacer notar que reconocen el parentesco de su teoría con la especulación griega, ya que ambas tienen su origen en los mismos hábitos lingüísticos. La ingenuidad del lógico moderno tiende a ocultar los cimientos verbales de su estructura, mientras en la filosofía griega estos cimientos se nos muestran con toda claridad. Los más tempranos escritores están cargados de reliquias de la primigenia palabra-mágica. Clasificar cosas es nombrarlas, y para la magia, el nombre de una cosa o grupo de cosas es su alma. Conocer

---

(12) *Myticism and Logic* (1918), pág. 69.

(13) B. Russell, *The Problems of Philosophy*. Home University Library, pág. 156. Esas dos partes de este mundo, que seguramente míster Russell reconocería hoy día que no poseen más que una base lingüística, siguen adheridas al cosmos vislumbrado en su *Analysis of Mind*, 1921, donde se sugieren, en la pág. 54 *infra*, y explicarían las inconsistencias que sus críticos le reprochan.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sus nombres es tener poder sobre sus almas. Nada de lo que hay humano o sobrehumano está más allá del poder de las palabras. El mismo lenguaje es un duplicado, o "doble", de la hechura entera de la realidad. De aquí la doctrina del *Logos*, concebido, de diferentes maneras, como esta suprema realidad, esta divina sustancia del alma, como la "significación" o razón de todas las cosas, y como el "significado" o esencia de un nombre (14).

Los griegos estaban claramente asistidos, en su aceptación de un más allá de lo que es, por el legado de ingredientes religiosos que los primitivos filósofos incorporaron a sus respectivos sistemas. La naturaleza de las cosas, su *physis*, era considerada por Thales como algo supersensible, hecho de esa materia tenue que se ha atribuído siempre a las almas y a los fantasmas, difiriendo de la del cuerpo sólo en ser intangible e invisible. Por consiguiente, el mundo del Ser, en el que residen entidades fingidas, tuvo, en un principio, ese mínimo de materialidad sin el cual nada podría ser concebido. Pero, al desarrollarse la lógica y atraer mayor atención el poder de las palabras, esta materialidad se esfumó gradualmente, hasta que en el *Banquete*, 211, y en el *Fedón*, 80, Platón desenvuelve una región de pura idealidad, descrita también como *physis*, en la que los Nombres-almas *(name-souls)* habitan puros, divinos, inmortales, inteligibles, uniformes, indisolubles e invariables.

Se ha dicho que este desenvolvimiento era debido, en gran parte, a la influencia del pitagoricismo, y los estadios de esta corriente son de peculiar interés para la historia de los símbolos. Fué Heráclito el primero que pretendió que las palabras incorporaban la naturaleza de las cosas, y su influencia sobre Platón es manifiesta en el *Cratylo*. Haráclito vió en el len-

---

(14) Cornford, *op. cit.*, págs. 141, 186, 248.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

guaje la realidad más constante en un mundo de cambios incesantes, una expresión de esa sabiduría común que hay en todo hombre; y, para él, la estructura del alma humana refleja la estructura del mundo. El lenguaje es una incorporación de dicha estructura. "El *Logos* está contenido en él como un significado puede estar contenido en muchos símbolos externamente diferentes" (15).

Los pitagóricos, por otra parte, estaban altamente interesados por los símbolos numéricos. "Como todas las demás cosas les parecían estar modeladas, en su integridad, por números —dice Aristóteles (16)— y los números parecen ser las últimas realidades de todo el universo, llegaron a la conclusión de que los principios de los números eran los elementos de todas las cosas." De hecho, en sus etapas finales, el pitagoricismo pasó de una doctrina del mundo como procesión de números fuera del Uno, a la construcción del Todo con Números-almas *(Number-souls)*, reclamando cada uno para sí una existencia inmortal y separada.

Parménides, que vino después, se ocupó de las funciones de los símbolos negativos. Si "frío" no significa otra cosa que "no caliente", y "oscuro" es lo mismo que "no luminoso", ¿cómo podemos hablar del no ser de las cosas? "Dos cuerpos existen —dice— a los que los mortales han decidido dar nombre, uno de los cuales no debieran haber nombrado, y en esto es en lo que han cometido injusticia." Han dado nombre a cosas que sencillamente no son, a no-cosas. Pero, además del problema de las Realidades negativas, que envolvió a Platón en el primer examen serio de las relaciones entre pensamiento y lenguaje —*Sofista*-261—, Parménides traspasó a Platón sus propios enigmas órficos acerca del Uno y los Muchos, que también tienen sus raíces en el lenguaje. De este modo, y además

(15) Cornford, *op. cit.*, pág. 192.
(16) *Metaphysis*, A. 5.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

de las dificultades procedentes de su mundo de las Ideas, donde moran los nombres-almas, y de sus relaciones con el de las cosas materiales —a cuyas entidades, basándose en razones estéticas, les negaba el que poseyeran "ideas", como algunos teólogos discutían sobre la existencia del alma en los negros—, Platón tenía toda suerte de razones para ocuparse de la teoría lingüística.

Es una lástima que su diálogo *Cratylo*, en el que desarrolla sus puntos de vista sobre el lenguaje, haya sido tan olvidado en los tiempos modernos. La teoría de Platón de las Ideas o Nombres-almas fué tomada de los pitagóricos; pero, como científico, estuvo constantemente ocupándose del problema de los nombres y su significado como una de las más difíciles investigaciones que se podían emprender. Sus análisis, en una edad en que la filología comparada, la gramática y la psicología eran desconocidas, son de una aproximación extraordinaria, pero no establece la distinción necesaria entre los símbolos en sí mismos y el pensamiento simbolizado.

La tradición más importante de la especulación griega permaneció fiel al contacto con el lenguaje. "Hay dos maneras —escribió el Dr. Whewell— de comprender la Naturaleza: una de ellas, examinando las palabras solas y los conceptos a que se refieren; la otra, teniendo en cuenta los hechos y cosas que dan origen a estas nociones... Los griegos siguieron la primera, la corriente verbal o nocional, y se equivocaron." Y, añade: "La propensión a buscar principios en los usos más comunes del lenguaje, puede ser descubierta en un período muy temprano... En Aristóteles tenemos la consumación de este modo de especulación" (17). Ha sido generalmente aceptado desde los días de Trendelenburg (18), que las Categorías y

(17) Whewell, *Historia de las Ciencias Inductivas*, I.

(18) *Kathegorienlehre*, pág. 209; donde se dice que las consideraciones lingüísticas "guían, pero no "deciden" la clasificación. Ya en el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

distinciones similares que ocupan una parte importante en el sistema de Aristóteles, no pueden ser estudiadas aparte de las peculiaridades del lenguaje griego. "Aristóteles —dice Gomperz— se deja llevar a menudo por las formas del lenguaje, y no siempre por incapacidad para librarse de estos lazos, sino más bien porque muchas veces las exigencias de la dialéctica no le permiten abandonar la plaza... De esta forma, se traza una distinción entre el conocimiento, en general, y las ciencias particulares, basada solamente sobre el hecho de que los objetos de estas últimas están incluídos en sus nombres... Su clasificación de las Categorías ha sido dirigida con frecuencia, por conveniencias de facilidad lingüística, circunstancia que, hay que concederlo, deberá haberle alejado de aplicarlas a fines ontológicos" (19).

La práctica de la discusión dialéctica en tiempos de Aristóteles se fundaba en la noción de un significado simple y definido para cada término, como vemos desde los *Scholios* de Ammonio al tratado *De Interpretatione*. El que hacía la pregunta, interrogaba: "¿Es estimable la Retórica?", y a modo de un juego, en cualquier caso, se esperaba que el que contestaba había de hacerlo con un sencillo "Sí", o "No". Se consideraban como "equívocas" algunas palabras, principalmente como resultado de estudiar sus contrarias en el vocabulario corriente. Aristóteles enumera varias reglas para evitar las equivocaciones, y en sus *Tópicos* llegó a concebir otros planes con objeto de conseguir un punto de apoyo dentro de alguna forma de inconsistencia verbal.

---

siglo I d. J. C. varios peripatéticos eclécticos mantenían que las categorías concernían principalmente a las palabras, aunque, como el Dr. Rotta sugiere (*La Filosofía del Linguaggio nella Patristica e nella Scholastica*, pág. 56), esta actitud se halla anticipadamente dentro del ángulo de la controversia nominalismo-realismo.

(19) T. Gompez, *Los Pensadores griegos*, IV, págs. 40-41.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Mauthner, después de una muy detallada argumentación para demostrar que la doctrina aristotélica de lo Negativo y de las Categorías "hizo de las formas existentes en el habla corriente objetos de un culto supersticioso, como si hubieran sido verdaderos dioses", añade que "Aristóteles nos es tan ajeno porque profesaba, quizá más que ningún otro escritor notable de toda la historia de la Filosofía, un culto supersticioso de las palabras. Hasta en su *Lógica* depende, en absoluto, de los accidentes del lenguaje, de los accidentes de su lengua materna" (20). Y añade: "Durante dos mil años ha estado el pensamiento humano bajo la influencia de la fama de este hombre, influencia altamente perniciosa en sus resultados. No hay ningún ejemplo paralelo de tan larga perduración de un sistema de palabras" (21).

Es curioso que, en el tratado *De interpretatione*, Aristóteles propugna puntos de vista difíciles de conciliar con una semejante sujeción a las palabras. Insiste, en dicho texto, en que las palabras son, primeramente, signos de las afecciones mentales, y, sólo de un modo secundario, de las cosas, de las que son semejanzas (22). Y elabora una teoría de la proposición que, aunque incompleta y origen de numerosas confusiones, indica, sin embargo, una actitud frente al lenguaje mucho más crítica de lo que todo su aparato lógico haría suponer. Porque

---

(20) Mauthner, *Aristotle*, traducción inglesa, págs. 103-4. Cf. *Kritik del Sprache*, del mismo autor, vol. III, pág. 4. "Si Aristóteles hubiera hablado chino o dacotano habría tenido que adoptar una lógica completamente diferente, o una teoría de las categorías enteramente distinta."

(21) Ibid, pág. 19.

(22) *Le Interpretatione*, 16, a 3. Es digno de notar que Andrónico de Rodas, que publicó la primera edición de las obras de Aristóteles, cuando la librería de Teofrasto fué trasladada de Atenas a Roma, formando parte del botín de Sila, señaló este pasaje como apócrifo. Los argumentos de Maier a su favor han convencido, sin embargo, a los eruditos, y lo aceptan como aristotélico.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

aquí Aristóteles no encuentra dificultad en dejar bien asentada la cuestión principal suscitada por Platón en el *Cratylo*. Todo lenguaje significativo, dice, lo es sólo por convención, y no por naturaleza o como instrumento natural. (Sin hacer caso, por tanto, de las ingeniosas observaciones de Platón sobre el papel representado por la onomatopeya en los orígenes verbales.) En el tratado *De Interpretatione* se excluyen deliberadamente varias ramas del lenguaje expresivo, y se nos invita a considerar sólo aquella variedad conocida como *enunciativa*, que, en su declaración de verdad o falsedad, es todo lo que pertenece a la lógica. Otras formas de lenguaje: las imprecativas, imperativas, interrogativas, etc., son consideradas más bien como parte de la *Retórica*, o de la *Poética* (23).

El que la superstición verbal juegue un papel tan importante dentro de la filosofía griega podría haberse esperado del testimonio de la literatura griega como un todo. Farrar cree necesario suponer que Esquilo y Sófocles, por ejemplo, no tenían más remedio que creer en la Onomancia, la cual, como veremos, siempre se halla ligada a la primitiva magia de las palabras. Hasta los prácticos romanos, como sigue demostrándo-

---

(23) En la *Poetica* (1456 h. Margoliouth, pág. 198) Aristóteles alude, otra vez, a "las operaciones de las cuales el lenguaje es el agente, de las que las divisiones son demostración y refutación, producción de emociones, como la piedad, el miedo, el enojo, etc..., exageración y depreciación". Al comentar el uso enunciativo o *apophántico* del lenguaje (D. I., 17 a 2) Amonio se refiere a un pasaje en una de las obras perdidas de Teofrasto, donde el lenguaje "apophántico", referente a las cosas, es distinguido de otras variedades de lenguaje que conciernen al efecto sobre el que escucha y varía con los individuos interpelados. Estas distintas formas de proposiciones, en número de cinco, de acuerdo con los últimos peripatéticos, fueron elaboradas más extensamente por los estoicos. Cf. Prantl *(Geschischte der Logik*, vol. I, página 441). Steinthal *(Gaschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, vol. I, pág. 317). H. Maier *(Psychologie des Emotionalem Denkens*, págs. 9-10).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

nos, eran víctimas de estas creencias, y todos habrían hecho eco al dicho de Ammonio:

Nam divinare est nomen componere, quod sit Fortunae, morum, vel necis indicium. (Pues adivinar es componer una palabra, que sea indicio de un caso de fortuna, de algo usual, o de una muerte.)

Cicerón nos informa de que en sus levas procuraban alistar primero nombres tales como *Víctor* y *Félix*, y *Fausto*, y *Segundo*, y su mayor anhelo era encabezar la nómina de un Censo con unas palabras de tan feliz augurio como *Salvius Valerius*. César dió mando en España a un oscuro Escipión, solamente por el agüero que encerraba su nombre. Escipión echó en cara a sus soldados amotinados el haber seguido a un *Atrius Umber* (Sombra negra), a un "dux abominandi nominis", que era, como De Quincey le llama, un "pleonasmo de oscuridad". El Emperador Severo se consolaba de las inmoralidades de su esposa Julia por el hecho de que llevara el mismo nombre que la libertina hija de Augusto (24). Del mismo modo, Adriano VI, cuando fué elegido Papa, fué importunado por sus Cardenales para que no conservara su nombre, basándose en que todos los Papas que se habían llamado así habían muerto en el primer año de su pontificado (25).

Si hacemos la luz en las ideas que debieron concentrar la atención de los pensadores greco-latinos sobre problemas lingüísticos, resulta sorprendente, a primera vista, que muchos de aquellos cuyas construcciones eran tan decididamente verbales, eran también, en muchos aspectos, conscientes del engañoso carácter de su instrumento. La apelación de los heraclitanos al lenguaje como testimonio de la doctrina del Cambio, fué, como sabemos por el *Cratylo*, vigorosamente rechazada por

---

(24) F. W. Farrar, *Language and Languages*, págs. 235-36.
(25) Mervoyer, *Etude sur l'assotiation d'idées*, pág. 376.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

los lógicos parmenideanos, igual que por los creyentes en las Ideas. Y Plotino manifestó el mismo afán por establecer que las presuposiciones del lenguaje tenían que ser combatidas. El lenguaje, según el punto de vista de los neo-platónicos, "sólo puede hacerse para expresar la naturaleza del alma, constriñéndole a propósitos para los que la mayoría de los hombres ni siquiera piensan en emplearlo". Y, además, "el alma no puede ser descrita en absoluto, excepto por medio de locuciones que carecerían de sentido si se aplicasen al cuerpo o sus cualidades, o a determinaciones de cuerpos particulares" (26).

La exclusión de las formas engañosas del lenguaje se llevó todavía más lejos por los escritores budistas en su tratado del "alma". No importaba que se llamara "satta" (ser), attā (uno mismo), jiva (principio viviente), o puggăla (persona): "por ser, éstos, meros nombres, expresiones, giros del lenguaje, designaciones de uso corriente en el mundo. Aquel que ha conquistado la unidad, los usa efectivamente, pero no le descarrían" (27).

Los budistas, cuya actitud frente al lenguaje era excepcional (28), estaban siempre dispuestos a utilizar las locuciones corrientes para una exposición popular, pero habían desarrollado, con fines más técnicos, una forma especial de simbolismo llamada *Abidhamma*.

Pero, aunque todas las escuelas post-aristotélicas, y particularmente las estoicas —cuyos puntos de vista sobre el lenguaje habían ejercido enorme influencia sobre los juristas romanos (29)—, dedicaron alguna atención a la teoría lingüística, en

---

(26) Whittaker, *The Neo-Platonists*, pág. 42.

(27) Digha. N. I, 263; cf. C. A. F. Rhys Davids, *Budist Psichology*, pág. 32.

(28) Para un estudio elaborado de las escuelas orientales, su pensamiento y su comportamiento con las palabras, ver *Word Magic*, por C. K. Ogden.

(29) Lersch, *Die Spruchphilosophie der Alten*, vol. III, págs. 184-6.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ninguna otra parte, en los tiempos antiguos, encontramos pruebas de asentimientos que conduzcan a un estudio de los símbolos, semejante a aquel al que Platón y Aristóteles, algunas veces, parecen haberse acercado. Como ya hemos visto, esto se debe a no haber intentado tratar los signos como tales, ni comprender las funciones de las palabras en relación con las más generales situaciones significativas, de las cuales depende todo pensamiento. Pero, inmediatamente antes de que el espíritu crítico fuera, por fin, marcado por el Cristianismo, en el mundo greco-romano habían tenido lugar notables discusiones, y el problema central era examinado con una agudeza que podía haber producido verdaderos progresos científicos. Los dirigentes religiosos cristianos se dieron cuenta del peligro, y hay, incluso, un pasaje en San Gregorio Nacianceno donde se queja de las perturbaciones desde que "Sexto y los Pirronianos, y el espíritu de contradicción han sido introducidos perniciosamente en nuestras iglesias como una plaga diabólica y maligna" (30). De hecho, toda la teoría de las significaciones había sido examinada, a la vez por Aenesidemus, el restaurador del pirronismo en Alejandría, y por un médico griego llamado Sexto, entre el año 100 y el 250 d. J. C. El análisis que ofrecen es más fundamental que ninguna otra labor aparecida hasta el siglo XIX (31).

Aelius Gallus es citado para la definición de *flumen*, como "aquam ipsam, quae fluit", y, de acuerdo con Gellius, Anstistius Labeo, estuvo profundamente interesado por la Gramática y la Dialéctica "Latinarumque vocum origines rationesque percalluerat, eaque praecipues scientia ad enodandos plerosque iuris laqueos utebatur".

(30) G. N. Maccoll, *The Greek Sceptics* (pág. 108), donde se hace notar que, trece siglos después, cuando la autoridad fué de nuevo desafiada, los fragmentos de estos pensadores atrajeron enseguida la atención. Foucher escribió una historia de la Nueva Academia, y Sorbière tradujo las *Hipótesis* de Sexto.

(31) Ver R. D. Hicks, *Stoic and Epicurean*, pág. 390 y sigs. Sobre Aenesidemus cf. *infra*, Apéndice C.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Este breve repaso de la explicación greco-romana del lenguaje será suficiente para aceptar una especulación precientífica sobre el tema. Por otra parte, ha tenido una más grande influencia sobre el pensamiento europeo que la misma expansión arrolladora de las teorías orientales. La atmósfera de verbalismo en que se desarrolla la mayor parte de la filosofía india parece haber sido incluso más densa que la de los escolásticos o la de los dialécticos griegos. A este respecto, la controversia Mīmāmsā-Nyāya, la filosofía del *Yoga*, las categorías Vijñānāvada, la Prābhākara Mimānsakas (32), no son menos notables que la doctrina de la sagrada palabra AUM y los éxtasis verbales de los místicos "sufies" (33), una parte de cuya técnica fué restaurada por el Dr. Coué.

La historia de los hechizos, de la magia verbal, de la medicina verbal, bien fuera practicada por el mago de las islas Trobriand, por el sacerdote egipcio de que hablan los textos de las Pirámides o por el metafísico moderno, constituye un tema por sí mismo, y está en relación con la *Magia de la Palabra*, que queda diseñada en el desarrollo del presente capítulo.

El grado en que las actitudes primitivas hacia las palabras son explotadas todavía por los astutos, es revelado plenamente por las actuaciones de algunos cínicos retóricos ante los tribunales, o cuando un absurdo particularmente evidente es disfrazado por los medios más pacientes de sugestión, favorecidos por el periodismo redundante. Pero estas mismas actitudes son universales en la infancia, y se encuentran tan reforzadas por el verbalismo reinante, que incluso la más científica educación no

---

(32) Keith, *Indian Logic*, chapter V; Dasgupta, *History of Indian Philosophy*, vol. I, págs. 148-9, 345-54; Rama Piasod, *Self-culture or the Yoga of Patanjali*, págs. 88, 148, 152, 156, 215; Vedānta Sūtras, *Sacred Books of the East*, vol. XLVIII, pág. 148.

(33) *The Science of the Sachred Word*. (Traducción de Bhagavan Das); R. A. Nicholson, *Studies in Islamic Misticism*, págs. 6-9.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ha conseguido a menudo gran cosa para hacer al adulto menos servil a este instrumento. En efecto, como hemos visto, los lógicos más sagaces son precisamente aquellos que se ven lanzados a desarrollar los más fantásticos sistemas con ayuda de su técnica verbal. El lógico moderno podrá ser considerado en el futuro como un verdadero místico cuando sea científicamente examinada la base racional del mundo en el cual él cree.

Tornando a los aspectos más emocionales del pensamiento moderno, no nos sorprenderemos al encontrar una verdadera orgía de *verbomanía.* El proceso por el cual los sistemas puramente verbales, tan característicos de la especulación consiguiente a toda fe religiosa *(pistis)*, han alcanzado tan formidables dimensiones, ha sido recientemente examinado por Rignano (34). Los atributos que la experiencia encuentra contradictorios son gradualmente desmaterializados, y en su lugar se ponen "envolturas verbales", vacías de todo contenido inteligible, para eliminar las recíprocas contradicción e inhibición, a las cuales conducirían inevitablemente dichos atributos si se les permitiera proporcionarle materia a la imaginación en el menor grado que fuera; y, paralelamente a esta desmaterialización, se construye un formidable edificio dialéctico, como el del Escolasticismo, con objeto de convencer a la razón humana de la ausencia de inconsistencia lógica dentro del mayor de los absurdos (35).

Por este camino, la idea de la Trinidad, por ejemplo, ha sido lentamente reducida a "un conglomerado de atributos puramente o casi puramente verbales". Hasta que, finalmente, como William James dice: "el conjunto de los atributos metafísicos imaginados por el teólogo (Dios, como *Primera Causa* po-

---

(34) *The Psychology of Reasoning,* chap. XI.
(35) Cf. Guignebert, "Le dogme de la Trinité". *Scientia,* núms. 32, 33, 37 (1913-14).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

see una existencia por sí mismo *(a se)*; es *necesario* y *absoluto, absolutamente ilimitado, infinitamente perfecto; es Uno,* y *Unico, espiritual, metafísicamente simple, inmutable, eterno, omnipotente, omnisciente, omnipresente,* etc...), no son más que una mezcla pedante de adjetivos. Se tiene la sensación de que, en manos de los teólogos, estos atributos sólo son una serie de títulos obtenidos por medio de una manipulación mecánica de sinónimos. El verbalismo ocupa el lugar de la visión, y el profesionalismo el de la vida" (36).

De un modo similar, en el razonamiento comúnmente llamado "metafísico", el lenguaje tiene ante todo la misión de proporcionar "un soporte verbal estable, de forma que los conceptos inexactos, nebulosos y fluctuantes puedan ser traídos a la mente cada vez que se les requiera, sin ninguna merma para su elasticidad". Respondiendo a esa idea, la fraseología adoptada es "todo lo más vaporosa y misteriosa posible". De ahí los llamados conceptos "escritos en profundidad" a que Ribot se refiere, y tan gratos a todos los metafísicos, precisamente porque sirven de un modo admirable para contener todo lo que se desea que esté contenido en ellos, a la vez que para evitar las contradicciones y absurdos de las doctrinas basadas en dichos conceptos... La función del símbolo verbal es, por tanto, el conservar unidos a la fuerza los atributos inconsistentes, aunque todos ellos no puedan estar presentes, al par, en la mente, porque se excluyen unos a otros. Y es importante que el metafísico los tenga a su disposición para que pueda deducir de los conceptos aislados o de su conglomerado, unas veces una serie de conclusiones y otras veces otra, de acuerdo con el modo de presentarse la realidad que se desee".

Por último, la palabra usurpa completamente el lugar del pensamiento,

---

(36) W. James, *The Varieties of Religions Experience*, págs. 439-46.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

porque, allí donde faltan ideas,
se cuela una palabra en el momento oportuno,

como dice Mefistófeles, y Rignano compara acertadamente el proceso con un crustáceo que se desprende de su caparazón. "Sin este caparazón verbal, la desaparición de todo contenido verbal llevaría consigo la desaparición de toda traza de la pasada existencia de dicho contenido. Pero el caparazón preserva algo que, precisamente porque prueba la pasada existencia de un concepto que anteriormente tenía una vida real, puede perfectamente ser considerado como todavía existente. De forma que este algo, aunque desprovisto de todo contenido intelectual, constituye siempre un punto valioso de enlace y soporte para la emoción correspondiente, que es tan intensa que no se da cuenta de que las semejanzas apreciadas no revisten ya al objeto querido" (37).

Pero el caparazón, la cáscara verbal no es solamente un punto de apoyo final, tiene, también, una cierta "resonancia afectiva" que le permite al manipulador de símbolos asegurarse a sí mismo que sus trabajos no son del todo vanos. "Una vez que el lenguaje ha llegado a ser familiar, dice Berkeley, al oír los sonidos o ver los caracteres se suele atender inmediatamente con aquellas afecciones que al principio solían producirse por medio de ideas, que ahora se omiten por completo" (38). De esta forma, pasamos del uso simbólico de las palabras al uso emotivo, y con respecto a las palabras así usadas, como ocurre en poesía, Ribot ha hecho notar oportunamente que "ya no actúan como signos, sino como sonidos; son notaciones musicales al servicio de una psicología emocional" (39). Así que, aunque llegado a este límite extremo, "el razonamiento metafísico

(37) Rignano, *op. cit.*, chap. XI.
(38) *Tretative.* Introducción, § 20.
(39) *La Logique des Sentiments*, pág. 187.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

puede ser del todo incomprensible intelectualmente, aunque puede realmente llegar a *vocem proferre et nihil concipere;* adquiere, por una especie de compensación, como dice Rignano, una significación emotiva que le es peculiar, es decir, que queda transformado en una especie de lenguaje musical, estimulante de las emociones y sentimientos". Su éxito se debe por completo a las series armoniosas de ecos emocionales con los cuales responde la mente ingenua —*et reboat regio cita barbara bombum.*

En los asuntos prácticos, estas influencias no son menos patentes, y son bastante más desastrosas. Sólo vamos a citar el debate del Dr. Crookshank, con abundante base de detalles evidentes, de que "bajo la influencia de ciertas escuelas de pensamiento y de ciertos hábitos de expresión, nos hemos acostumbrado a hablar y a escribir como si una enfermedad física fuera un objeto natural". Pero hay que resistirse a estos desastrosos hábitos verbales porque "no habrá un avance notable en el dominio de la medicina hasta que se abandone la creencia en la existencia real de las enfermedades". Y hay que enfrentarse sin demora con el problema lingüístico, porque "no se llegará a un acuerdo práctico hasta que estemos primero de acuerdo en lo concerniente a los principios de método y pensamiento" (40). Semejante confirmación de los puntos de vista que hemos venido exponiendo, en labios de quien tiene treinta años de experiencia médica, no puede ser rechazada a la ligera; y en otra página, el Dr. Crookshank mismo, da razones más amplias para considerar que el rechazarla sería "sólo consecuencia de una incapacidad para apreciar los hechos" (41).

Hasta tiempos bastante recientes sólo se han hecho tentativas aisladas para penetrar el misterio por medio de un ataque

---

(40) *Influenza,* 1922, págs. 12, 61, 512.
(41) *Infia.* Supplement II, págs. 344-5.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

directo al problema esencial. En el siglo XIV tenemos el análisis nominalista de Guillermo de Occam, y en el siglo XVII la obra de Bacon y Hobbes. El debate llega a su punto culminante con el tercer libro del *Ensayo* de Locke, y con el interés de Leibnitz por un lenguaje filosófico, una *Characteristica Universalis.* Berkeley y Condillac mantuvieron vivo el principio, y con Horne Tooke y sus seguidores alcanzamos el movimiento del siglo XIX, del que las obras de Bentham, Taine y Mauthner fueron especialmente representativas (42).

No nos ocuparemos aquí de los trabajos decepcionantes de la Filología comparada, en los que se centró, durante tanto tiempo, el interés público, a través de los esfuerzos de Steinthal, Max Müller y otros. Las aproximaciones *filológicas* y *sociológicas* dejan todavía al investigador sin orientación eficaz. En el *Apéndice* A nos referimos al caos de los *gramáticos;* en el B, como adición al trabajo de C. S. Pierce, se encontrarán ejemplos de lo que ha sido investigado por los que han considerado la *Lógica* como una solución, así como por aquellos que parecen haber confiado, principalmente, en la *Terminología.* En el capítulo siguiente nos ocuparemos de los escritores contemporáneos que han hecho uso de los dos caminos restantes —de los siete métodos principales de aproximación—: los *Metafísicos* y los *Psicólogos.* Por lo demás, se ha hecho un esfuerzo para dar crédito a lo que es digno de crédito —desde el *De Grammatico,* de San Anselmo, pasando por Delgarno (1661), Wolkins (1668), Freke (1693), hasta Silberer (1917) y la *Filosofía de las formas simbólicas,* de Cassirer (1923)— en el

(42) Para una discusión detallada sobre los trabajos lingüísticos de Bacon, Hobbes y Berkeley, ver *Psyche,* 1934, págs. 9-87. La contribución fundamental, pero descuidada, de Jeremy Bentham, que de un modo tan notable anticipa los desarrollos contemporáneos, ha sido tratada en el libro de C. K. Ogden, *Bentham's Theory of Fictions.* (Librería Internacional de Psicología, 1932.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ensayo sobre los progresos del hombre hacia una independencia verbal, publicado en un volumen separado, *Word Magic* (Magia de la palabra), al que ya hemos hecho referencia.

Como resultado de todos estos esfuerzos ha llegado a ser posible una Ciencia del Simbolismo, pero se hace necesario tener constantemente presente las formas especiales en las que el Poder de las Palabras puede hacerse sentir en los tiempos modernos.

> "*¿Quién no ha apresado, en conmovido marco,*
> *el poder de la gracia, la encantación de un nombre?*" (43).

preguntaba el sencillo poeta de hace un siglo. Y hoy día: "Todos los sonidos, dice Yeats, evocan emociones indefinidas y, sin embargo, precisas... o, como prefiero pensar, hacen descender entre nosotros ciertos poderes incorpóreos a cuyos pasos sobre nuestros corazones llamamos emociones."

Las creencias antiguas pueden estar ya muertas, pero el instinto, o la esperanza, es fuerte:

> "*Yo creo,*
> *aunque no las he hallado, que haber puede*
> *palabras que son cosas*" (44).

Lo que llamamos rosa, nos decimos adulándonos, "con ningún otro nombre olería tan dulce". Pero los seguidores del difunto M. Coué dudarían en regalarse con una rosa llamada "La zorrilla despanchurrada". "Cuando participo de un plato, que se supone exquisito, dice Bergson, el nombre tan sugestivo que lleva, respondiendo a la aprobación que se le da, se interpone entre mi sensación y mi conciencia; llego a creer que su sabor

---

(43) Campbell, *The Pleassures of Hope.*
(44) Byron, *Childe Harold.*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

me agrada, aun cuando un pequeño esfuerzo de atención probase lo contrario" (45).

Y las palabras pueden llegar a estar entre nosotros y nuestros objetos de muchas maneras sutiles si no nos damos cuenta de la naturaleza de su poder. En la *Lógica*, como ya hemos visto, llevan a la creación de entidades falsas, los universales, las propiedades, etc..., de las que aún nos queda algo por decir. Al que concentra la atención en ellas, las palabras le animan al fútil estudio de las formas que tanto ha hecho para el descrédito de la Gramática; por la excitación que provocan a través de su fuerza emotiva, la controversia ha llegado a ser estéril en su mayor parte; a través de los varios tipos de verbomanía y grafomanía, se logra la satisfacción de nombrar y se acrecienta, artificialmente, el sentido de poder personal.

No debe sorprendernos el que una consideración de las formas con arreglo a las cuales el lenguaje ha sido creado en servicio de la Humanidad, haya llevado, frecuentemente, en otros tiempos, a una reacción escéptica. Como hace notar un hábil, pero poco conocido escritor:

"Suponed que uno asegura: *The gostak distims the doshes* (46). No sabéis qué significa eso; ni yo tampoco. Pero si convenimos en que es inglés, sabemos de las *dashes* que son *distimed (distimadas)* por el *gostak*. Sabemos, también, que un *gostak* es un *distimador* de *doshes*. Si, por otra parte, las *doshes* son "trencillas", sabemos que *algunas trencillas* son *distimadas* por el *gostak*. Y así podemos continuar; y así, de hecho, continuamos muchas veces."

¿Para qué sirven la palabras que usamos en la vida corriente? "No tenemos, a menudo, ocasión de hablar, como de un todo indivisible, del grupo de fenómenos envueltos o en

---

(45) *Time and Free-Will*, pág. 131.
(46) Frase formada con palabras "camelos", en inglés. (N. del T.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

conexión con el tránsito de un negro a lo largo de una tapia, con un melón bajo el brazo, mientras la luna pasa detrás de una nube. Pero si esta concatenación de fenómenos fuera cosa frecuente, y si tuviéramos ocasión de hablar a menudo de ello, y si un tal suceso fuera capaz de afectar a la Bolsa, tendríamos algún nombre, algo así como "wousin" (47), para designarlo. Y llegaría un tiempo en que la gente discutiría si la existencia de un "wousin" incluía, necesariamente, una tapia, y si la palabra podría emplearse cuando un blanco se hallara igualmente relacionado con una pared baja de piedra" (48).

El que sea "todo cuestión de palabras", o el que "no tenga arreglo posible" ("tú lo entiendes de una manera, y yo de otra, y ¿cómo podremos nunca saber que estamos hablando de lo mismo?"), son conclusiones a las que el estudio de las dificultades verbales llevan a menudo a aquellos que se enfrentan con ellas por vez primera. Pero una comprensión profunda de la forma en que se desarrollan estas dificultades —los dos casos que acabamos de citar son buenos ejemplos— no daría motivo a un nihilismo lingüístico.

Los mejores medios para escapar de este escepticismo, así como de las influencias hipnóticas que hemos estado considerando, consisten en una clara discriminación del camino que han seguido los símbolos para ejercer ese poder, y de los va-

---

(47) Palabra inventada, en inglés. (N. del T.)

(48) A. Ingraham, *Swain School Lectures* (1903), págs. 121-182. Sobre *Los nueve usos del lenguaje*. Estos nueve usos son los siguientes:

1) Para darle salida a la fuerza nerviosa, superflua y obstructora.
2) Para la dirección emocional de otros hombres y animales.
3) Para la comunicación de ideas.
4) Como un medio de expresión.
5) Con miras al registro de la memoria.
6) Para dar movimiento a cosas materiales (magia).
7) Como instrumento del pensamiento.
8) Para producir placer solamente como sonido.
9) Para proporcionar una ocupación a los filólogos.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

rios sentidos en que se dice que tienen "significación". Como preliminar esencial nos enfrentaremos con la necesidad de la más sencilla clase de *sign-situation* (situaciones significativas), que nos permitirá comprender cómo llegamos a "pensar" o a "saber".

La teoría contextual de las significaciones, que abordaremos en primer lugar, arrojará luz sobre la primitiva idea de que Palabras y Cosas están unidas por algún lazo mágico; porque, a través de su acontecer al lado de las cosas, de su enlazamiento con ellas en un contexto, los símbolos vienen a representar en nuestra vida ese papel tan importante que les ha hecho, no sólo un objeto de legítimo asombro, sino también la fuente de todo nuestro poder sobre el mundo exterior.

El anterior trabajo es el capítulo II del libro *The Meaning of Meaning* *(El sentido de la significación)*.

(Traducción de M. L. G.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

LA PALABRA Y SU AMBIENTE

POR

WALTER VON WARTBURG (*)

EN nuestros esquemas ha quedado patente la importancia de la cuestión de cómo estén situadas las palabras unas respecto a otras. Su suerte, su florecimiento, su propagación, su paulatina agonía y su muerte se hallan condicionados en gran parte por la manera de estar situadas con respecto a su vecindad. A esta vecindad pertenecen sobre todo los vocablos satélites, los conceptos secundarios dependientes y los conceptos vecinos.

Debe, pues, tomarse cada palabra como una parte de su grupo semántico. Estos grupos son de naturaleza muy diversa. Hay algunos de contornos bastante precisos y que permanecen constantes. Estos grupos dados por la naturaleza son, por ejemplo, las partes del cuerpo, las relaciones de parentesco, los fenómenos atmosféricos, las actividades cotidianas de la

(*) El presente estudio es un capítulo del libro, en prensa, *Métodos y problemas de la lingüística*, traducido por Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo. Lo publica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Las notas que van entre corchetes son de Dámaso Alonso.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

vida humana (comer, beber, dormir). Junto a éstos hallamos grupos que cambian totalmente de aspecto en el transcurso del tiempo, tales como la indumentaria, las instituciones estatales, los sistemas de tráfico, en fin, todo lo que crea el hombre. Esta oposición es, naturalmente, sólo relativa y presenta múltiples matices. Existen también cambios de designación dentro de los grupos primeramente citados, y viceversa, hallamos entre los mencionados en segundo lugar alteraciones del objeto mismo que no originan cambio alguno en la terminología. Así, por ejemplo, el latín poseía denominaciones distintas para el tío y la tía, según fueran éstos de la rama materna o de la paterna (1); el francés (y todas las demás lenguas románicas) ha abandonado esta distinción:

En realidad, aquí no ha variado la cosa en sí, pero sí la posición del hombre con respecto a ella. Entre los romanos los parientes de ambas ramas tenían una situación jurídica enteramente diferente; de ahí la precisión de sus denominaciones. Pero posteriormente perdió importancia esta distinción y las dos ramas se igualaron cada vez más; por ello se descuidó también la diferenciación lingüística, de la que finalmente se prescindió en absoluto. El caso inverso ocurrió, por ejemplo, cuando la pluma de ave fué sustituída por la de acero y ésta por la estilográfica sin que quedara afectada por ello

(1) [Rama paterna: 'tío' = *patruus;* 'tía' = *amita.* Rama materna: 'tío' = *avunculus;* 'tía' = *matertera.* Todavía el francés ha tomado una palabra de la rama materna *(avunculus* > *oncle)* y otra de la paterna *(amita* > *(t)ante,* fr. ant. *ante).* En el español y en gran parte de la Romania fué una palabra griega θειος *tío)* la que llevó la victoria.]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

la palabra *pluma*. Aquí ha pesado tanto el factor funcional de la escritura, asociado al objeto, que resultó inapreciable, comparado con él, el cambio de la cosa.

En el primero de estos dos casos la variación de la actitud humana respecto a una cosa ha originado un cambio, a pesar de haber permanecido invariable la cosa misma; en el segundo, a pesar de haber variado ésta, la persistencia de la actitud humana y de la aplicación técnica de los objetos ha salvado la expresión antigua. Este ejemplo muestra que la cosa no es factor decisivo en el desarrollo y formación del léxico, sino más bien su manera de estar situada en la conciencia humana.

Tales alteraciones pueden producirse totalmente dentro del hombre, en su entendimiento y en su vida sensible. A menudo pueden modificar la imagen espiritual de una época y con ello transformar el contenido del lenguaje. Jost Trier ha estudiado en su libro *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, Heidelberg, 1931 (= El léxico alemán en la esfera del entendimiento), las expresiones de una determinada época para todo este sector de la más alta actividad del espíritu humano. En dicho estudio logra dar, partiendo de lo idiomático, una impresionante imagen de la posición y actitud humanas en relación con su destino terreno-ultraterreno (2).

"El sistema viene determinado en cuanto a contenido por la coexistencia de *wîsheit* (al. mod. *Weisheit* 'sabiduría'), *kunst* (al. mod. *Kunst* 'arte') y *list* (al. mod. *List* 'astucia'). Todo lo que puede apreciarse en el hombre viene dado por la naturaleza peculiar de esta coexistencia, por la relación interna entre estas tres palabras... Lo que hoy llamamos *Wissenschaft*

(2) Este resumen y el siguiente los transcribimos de Jost Trier, *Das sprachliche Feld; eine Auseinandersetzung*, publicado en *Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung*, 1934, págs. 428-449.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

'ciencia', *Gelehrsamkeit* 'erudición' y *Bildung* 'instrucción, cultura', estaba agrupado inseparablemente en *kunst*, de tal manera, sin embargo, que en virtud de principios distributivos no usuales para la generación actual, unas partes de este dominio estaban asignadas a la palabra *list*, otras a *wîsheit*. En realidad *kunst* dominaba las esferas superiores del saber y del poder hacer, y *list* las inferiores. Pero lo que aquí designamos como esferas superiores o inferiores se determinaba según puntos de vista cortesanos, es decir, según criterios sociales, éticos y estéticos. Los distintos campos se clasifican de acuerdo con su proximidad o lejanía respecto al núcleo de la cultura cortesana. Aquellos conocimientos, aquel porte, aquellas prácticas y cualidades que corresponden al cortesano por razón de su posición social, que lo conforman dentro de su estado y que por tanto cooperan de manera decisiva a la formación de la vida cortesana, son *künste*. *Liste* son dominios muy dignos de estimación, pero a los que falta el distintivo de moldear al hombre dentro del ámbito social de la corte. No pueden ser *künste* a causa de su limitación especializada, de la peculiaridad de no pertenecer a la sociedad. Son muy útiles y sumamente necesarios, admiten incluso la comparación con las *künste* por lo que se refiere al ideal supremo; sin embargo, quedan por debajo de las *künste* porque les falta el poder de formar en su totalidad al cortesano.

En el centro del campo semántico de *kunst* se halla la idea del dominio activo y consciente de la moral y las costumbres caballerescas; *kunst* es, pues, cultura del espíritu y conducta disciplinada en lo corporal al mismo tiempo, pensamiento y acción, espíritu y cuerpo a la vez. Así como se entiende *Form* 'forma' en este mundo, en el *lîbe* 'cuerpo' (al. mod. *Leib)* y su conducta se retrata todo el hombre; aquí no hay nada que pueda llamarse "sólo externo"; *kunst* es la perfección espiritual y corporal del hombre, una armonía de cuerpo y es-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

píritu, purificada por la cultura y la buena crianza. La *kunst* determina cómo hay que conducirse con los caballos y con las damas, cómo se lucha en los torneos, cómo se trata al adversario, cómo hay que estar de pie y hay que caminar, cuándo se debe callar y cuándo hacer preguntas.

Pero *kunst* es también el arte *(Kunst)* del poeta y su saber (inseparado e inseparable de su arte), en especial del poeta cortesano, y por esto y por la identidad de la palabra, la *kunst* está unida de manera inequívoca a los objetivos del hombre cortesano, *künste* son algunas de las *septem artes*, Retórica y Música, Pintura y (de manera vacilante) Arquitectura, es decir, elementos aislados que forman al hombre cortesano y además aquellas *künste* que moldean y adornan el ámbito existencial de éste. De otra parte, *liste* son la Astronomía y la Botánica, Mineralogía y Medicina, el arte de los herreros y todo género de artesanía, la Orfebrería, etc. También es *list* la experiencia y maestría de las armas, en lo no caballeresco. Lo son las habilidades, conocimientos y prácticas, las aptitudes que, por muy útiles que sean para el caballero, no le pertenecen en cuanto cortesano. Pero, además, *list* entra en el terreno de lo mágico y lo doloso, y necesariamente tiene que arrojar desde aquí una sombra sobre las *liste* no mágicas y no maliciosas.

Hemos prescindido hasta ahora de *wîsheit*, aunque vive constantemente tanto en los dominios de *kunst* como de *list*, y por esta convivencia, así como por el hecho de rebasar al mismo tiempo dichos dominios, da realidad a la verdadera posición del campo semántico *kunst-list* en la representación humana. En casi todas las numerosas especializaciones semánticas de *kunst* y *list*, es *wisheit* una competidora de las dos palabras. Pero aparte de competidora en terrenos aislados

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

también es *wîsheit* (o su sinónimo *wîstuom)* (3) suma y compendio de las *künste* y *liste.* Todas las distintas *künste* y *liste* entran en bloque en la *wîsheit.* Con cierto fundamento podría decirse que esta *wîsheit,* que abarca a las *künste* y *liste* se halla en la misma relación con cada una de ellas que la que existe actualmente entre *la* Ciencia y *las* ciencias. No obstante, empleo sólo esta comparación para exponer inmediatamente cuán radicalmente distintas son las posiciones que ocupan en el conjunto de lo humano. Porque mientras el moderno singular colectivo *la Ciencia* acaba su misión al recoger las ciencias en forma ordenada y ligarlas en una unidad organizadora e ideológica, ocurre en la época cortesana que aquella *wîsheit* que agrupa a *künste* y *liste* no agota en modo alguno sus posibilidades en este agrupar y concentrar, sino que más bien, al reunir en sí los diferentes elementos componentes, "artes et scientias", comportamientos, contenidos y disciplinas, los incorpora al mismo tiempo a la *sapientia* personal, a la sabiduría *(Weisheit)* personal, como ligando o entrelazando todos estos elementos en ella. Las *künste* y *liste* están al servicio de la *wîsheit,* de la *sapientia* personal. Este es el significado de todo el sistema. Ahora es preciso saber qué era esta *wîsheit,* que su objetivo inmediato era el hombre en su integridad, que fundía lo intelectual con lo ético, lo social y lo estético, pero sobre todo con lo religioso; que designaba la madurez del hombre elevado por su espíritu y su posición social, el cual, vuelto al Eterno y responsable ante Dios y su estado, sabe conducire a sí mismo y a los demás; que, finalmente, la *wîsheit* sube hasta la Divinidad, hasta la *sapientia Dei,* hasta la segunda persona de la Trinidad y que, por tanto, las *künste* y *liste* en último término (y debe advertirse que en este "último término" ya no existe la rigurosa subor-

(3) [Comp. en inglés *wisdom.*]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

dinación que antes señalábamos) van enderezadas a la *sapientia Dei* y hay en todas ellas como un reflejo de allá arriba. Así como *kunst* y *list* están condicionados en su sentido por el hecho de que, dentro del complejo, terminan enlazados a la *sapientia* personal y divina, así también habría que hacer visible este entrelazamiento desde el punto de partida de la *wîsheit* y para la *wîsheit* misma. Se vería entonces que también la *wîsheit* y aun la divina *wîsheit* no dejan de estar afectadas por ese nexo, que esta palabra *wîsheit* no se avergüenza de competir con *kunst* y *list* aun en sus más peculiares y especiales terrenos, que en la *wîsheit* personal y en la religiosidad del cortesano se oculta mucho *Wissen*, mucho 'saber', y que aun la *sapientia Dei* aparece teñida de un tono cortesano."

Esta bella exposición la reanuda y continúa una discípula de Trier, Sor Humilitas Schneider, que ha estudiado el vocabulario correspondiente del Maestro Eckehart (4):

"Los accesos del campo a estudiar nos los abren *wîsheit*, *kunst* y *wizzen* (al. mod. *das Wissen* 'el saber'). En primer lugar observamos, en el aspecto puramente externo, que, partiendo del punto de vista cortesano, falta *list*, pero que aparece ahora el infinitivo sustantivado *wizzen*. Podría parecer como si en un juego semántico de las cuatro esquinas este sustantivo hubiera pasado a ocupar la del término cortesano *list*. Pero no es así. La relación que hallamos en Eckehart entre *kunst* y *wizzen* es distinta de la que existe entre *kunst* y *list* en el lenguaje cortesano. Y no sólo esto. Allí donde exteriormente parecen seguir las cosas como antes, en *wîsheit* y

---

(4) Sr. H. Schneider: *Der intellektuelle Wortschatz Meister Eckeharts. Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Sprachinhalts* (= El léxico intelectual del maestro Eckehart. Contribución a la historia del contenido idiomático alemán). Tesis de la Facultad de Filosofía y Ciencias Naturales de Munster, 1934.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

kunst, son ahora diferentes las relaciones. La relación que establece Eckehart entre *wîsheit* por una parte, y *kunst* y *wizzen*, por otra, no es la misma que la que guardaba la *wîsheit* cortesana con *kunst* y *list*. Aquí cada elemento no es sucesor del elemento correspondiente, sino que todo un sistema ha sucedido a otro. E incluso esto precisa una limitación y una determinación más exacta. Porque el campo parcial de que nos ocupamos se desprende en Eckehart de las esferas superiores de la Ciencia del Hombre muy de otro modo a como lo hacía en la época cortesana; es por tanto algo distinto. Esto se pone particularmente de manifiesto si observamos cómo aquel entrelazarse de *künste* y *liste* dentro de la *wîsheit*, tan peculiar en la época cortesana y tan importante en el terreno de lo espiritual, deja paso en el Maestro Eckehart a un sensible relajamiento e incluso disolución de la antigua trabazón interna, de tal suerte que frente al complejo cortesano *wîsheit-kunst-list* hallamos más bien un simple *kunst-wizzen* que no un trío místico *wîsheit-kunst-wizzen*. Pues *wîsheit* ya no compite en los sectores parciales del saber con la *kunst* eckehartiana, ni en la Pintura ni en las Letras, ni en Teología ni en Filosofía. Estas ya no pertenecen a la categoría de *wîsheiten*. *Wîsheit* se retira de esta ramificación, de este derroche de luces dentro de los diversos campos de las artes y las ciencias terrenas. Este es el primer paso para separar el campo del saber del de la *sapientia* personal. Pero todavía se ha avanzado un paso más en este proceso disolutivo. También ha quedado gravemente quebrantada *wîsheit* en su posición de compendio de las artes, si no aniquilada ya por completo. En la mayoría de los pasajes en que aparece *wîsheit* en cuanto *habitus supientiae acquisitus* en forma que podría ser tomada a lo sumo como compendio de las *künste*, el contexto es siempre de tal manera que se rechaza *expressis verbis* la posibilidad de emplear aquí *wîsheit* en todo su sentido. Se

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

opone todas las veces la insuficiente *wîsheit* humana a la *wîsheit* de Dios; se niega expresamente la idea de una consustancialidad. Esta disgregación de *wîsheit* respecto al terreno del saber y del poder hacer, el desligarse este terreno de la *sapientia* personal, debe tener su correspondencia en otros lugares del sistema. ¿Qué palabras son las que se emplean ahora para significar el sistema? En parte *kunst*, en parte *wizzen*. Dichas palabras, pues, han tomado la función agrupadora de *wîsheit*, pero en contraste con esta palabra, al ejercer esa función no se rebasan simultáneamente a sí mismas, es decir, los terrenos del saber y del poder hacer. Con esto queda sellado el proceso de reducción de este terreno a sus propios límites, su inclinación a bastarse a sí mismo y empezado el camino que *puede* conducir a una autonomía del dominio del saber donde el hombre ya no queda vinculado.

El hombre como tal es una expresión que significa esencialmente en el pensamiento cortesano el hombre en su estado social, en la comunidad que le sostiene y le forma, que es verdaderamente la que le hace hombre. *Wîsheit, kunst* y *list* no existen si las privamos de elementos y vínculos sociales. Basta con recordar los elementos sociales de *wîsheit*. Con mayor claridad, si cabe, se muestra este carácter social en la peculiar convivencia cortesana de *kunst* y *list*. Precisamente el criterio que daba realidad a la separación entre ambas era social. Lo que forma al hombre como miembro de su clase social, esto es *kunst;* todo lo demás, lo que puede practicarse o saberse, es *list*. El complejo *kunst-list* tiene sus fuentes en una idea social. Y ahora se pone de manifiesto lo que significa que en el mundo de la Mística, *list* ya no comparta con *kunst* los dominios del saber y del poder hacer. Y es que no basta con decir que el secular proceso de la expulsión de *list* por *kunst (wizzen)* ha llegado finalmente aquí a una cierta conclusión, sino que debe entenderse sobre todo que la des-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

aparición de *list* y por tanto, la de la singular dualidad *kunst-list* significa en primera línea, en lo espiritual, el abandono de una valoración social del terreno del saber y del poder hacer. Y verdaderamente lo decisivo en esto es que el sistema cortesano *wîsheit-kunst-list* es de tal naturaleza, que la valoración social *tiene* que expresarse ya sea de una manera ya de otra, simplemente por la adjudicación, o bien a *kunst*, o bien a *list*, y que ahora el sistema místico ya no obliga al lenguaje a tal valoración social. La diferencia entre este complejo y el cortesano está en que ahora existe la posibilidad de hablar de un hombre que sabe y puede hacer algo, sin que esto tenga que ser valorado necesariamente de tal o cual manera en la palabra misma desde un punto de vista ético-social. Las palabras usadas en el sistema cortesano son expresión de un pensamiento ligado y referido a la comunidad. El lenguaje de Eckehart es el de una manera de ver subjetivista, aunque ligada a Dios."

En el campo románico contamos con el trabajo de Hans Sckommodau, *Der französische psychologische Wortschatz der 2. Hälfte des 18. Jahrhunderts* (= El léxico psicológico francés de la segunda mitad del siglo XVIII). En este libro se muestra, entre otras cosas, cómo la relajación de todos los conceptos éticos hace descender un grado en su sentido a todas la expresiones de la vida afectiva: la sensibilidad del alma pasa a ser receptividad física, el éxtasis religioso se convierte en desbordamiento sentimental, etc. Todo el mundo sensible del hombre se transforma y con él su expresión idiomática.

Las ideas aquí expuestas nos permiten dirigir una mirada a lo hondo de la estructura interna del hombre y a las transformaciones de la misma. Trier parte nuevamente de la idea sustentada por Humboldt de que el contenido de la vida espiritual humana y su forma idiomática se condicionan mutua-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mente y no pueden ser estudiados por separado. El lenguaje es la expresión de la forma en que el individuo ve el mundo.

De esta manera llega Trier, partiendo de puntos totalmente distintos, a una conclusión semejante a la obtenida por mí como resultado de mi labor en el Diccionario Etimológico Francés. A su vez, y por distintos caminos, Ipsen (5), Jolles (6) y Porsig (7) han llegado a modos de ver esencialmente semejantes. Todos ellos hablan de campos *(Felder)*: campos semánticos, campos lingüísticos, etc. Como es natural, tratándose de una posición a la que se ha llegado desde diferentes procedencias, esas expresiones representan valores distintos en cada uno de los que las emplean. En el artículo citado antes ("Das sprachliche Feld" = "El campo idiomático"), Trier ha determinado claramente estas diferencias.

Trier pretende elevar a norma las consecuencias obtenidas por él al investigar el léxico de la esfera intelectual. Y en ellas se basa para juzgar los puntos de vista a que han llegado otros. Jolles había mostrado en los ejemplos *padre-hijo, derecha-izquierda,* cómo en los campos semánticos naturales la asociación es invariable, aunque puedan cambiar los términos. Para Trier, las observaciones de esta naturaleza sirven, a lo sumo, como primeros pasos propedéuticos en el estudio de los "campos", pero no como objetivo que merezca seguirse. Y exclama en tono de censura: "¡El juego de las cuatro esquinas, convertido en objetivo de la historia de los "campos"!. Este pensamiento lo expresa de manera inequívoca en su ar-

---

(5) *Der neue Sprachbegriff; Zeitschrift für Deutschkunde,* XLVI, págs. 1-18.

(6) *Antike Bedeutungsfelder; Paul und Braunes Beiträge,* LVIII (1933), págs. 97-109.

(7) *Der Begriff der inneren Sprachform; Indogermanische Forschungen,* XLI, págs. 150-169.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tículo *Deutsche Bedeutungsforschung* (8) (= "Estudios de Semántica alemana"), donde dice (pág. 186): "Las variaciones del contenido idiomático —y esto equivale a decir: los procesos verdaderamente históricos de la historia del lenguaje— deben ser entendidas en último término como manifestaciones de la voluntad de aproximarse a la verdad, en una comunidad idiomática, como manifestaciones de una lucha por el orden dentro del lenguaje." Si hemos de tomar a Trier al pie de la letra sólo serían realmente historia del lenguaje cambios lingüísticos tales como los examinados por él. Habría entonces que inventar cualquier otro nombre más modesto para designar todo lo que hemos estudiado hasta ahora.

No hay duda alguna de que aquí Trier, deslumbrado por la luz de sus propias conclusiones, elaboradas en el campo semántico del entendimiento, ha ido más allá del objetivo y de todo lo sustentable. De ese modo Trier toma solamente como historia real los acontecimientos ocurridos en el orden espiritual.

Pero el ser humano, como ha visto y expuesto Nicolai Hartmann (9), basándose en razonamientos puramente empírico-filosóficos, consta de cuatro capas superpuestas del ser: la físico-material, la orgánica, la anímica y la espiritual.

Ahora bien, el lenguaje no está sólo en lo espiritual; participa, como consecuencia de su compleja naturaleza, de las cuatro capas del ser del hombre. Viene también determinado por todo aquello que sucede en la vida de un pueblo y no

---

(8) *Germanische Philologie. Festschrift für Otto Behaghel.* Heidelberg, 1934. S. 172-200.

(9) *Das Problem des geistigen Seins* (El problema del Ser espiritual). Berlín y Leipzig, 1933 (véase particularmente la Introducción Filosófico-histórica). De estas manifestaciones sólo me parece problemática la afirmación de que no exista una dependencia "desde arriba", porque no tiene en cuenta la posibilidad de que una capa superior del ser influya en otra inferior y la modifique en cierta medida.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

hay ni que decir el importante papel que en ella desempeñan las capas inferiores del ser. Así, por ejemplo, existen cambios fonéticos muy alejados de la actividad espiritual, pero que pueden, sin embargo, influir de manera importante en ésta. Tales son, por ejemplo, las transformaciones fonéticas que ocasionaron la desmembración del francés de las demás lenguas románicas y que le han impreso su sello tan característico, provocadas por la invasión de los germanos y la consiguiente colisión de dos sistemas de articulación totalmente distintos; dichas transformaciones tienen, por tanto, su origen en lo orgánico, en lo fisiológico. Esta revolución fonética ha traído por consecuencia que la distancia entre la lengua culta, el latín, y la popular, se haya hecho extraordinariamente grande, incomparablemente mayor que en el italiano, y mucho mayor también que en el español. Cuando hacia finales de la Edad Media el renacimiento de la vida espiritual puso al lenguaje en el trance de asimilar el terreno de las ciencias y de todas las demás actividades del espíritu, entonces pudo el italiano echar mano del latín sin perturbar la unidad interior de su vocabulario. El francés, en cambio, no pudo fundir estos nuevos términos latinos con el viejo léxico popular. Este rasgo característico del francés pertenece a la capa espiritual del ser; sin embargo, su origen hay que buscarlo en aquellos procesos, condicionados fisiológicamente, que ocurrieron en la época merovingia. Acciones recíprocas de esta clase podrán comprobarse en todas las lenguas tan pronto como se empiece a prestarles atención. Muestran cuán imposible sería querer limitar la historia del lenguaje a un "suceder" meramente espiritual.

Trier corre también, en otro aspecto, el riesgo de exagerar los conceptos creados por él, tan valiosos y fecundos. Enuncia el postulado de que toda la imagen del mundo, tal como la llevan en sí el individuo o la comunidad, se puede ordenar

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

orgánicamente y sin solución de continuidad, desde arriba, desde el todo, en campos cada vez más pequeños, dentro de los cuales se ajustarían igualmente entre sí los campos semánticos de las distintas palabras. Semejante imagen es posible que se dé en las alturas del espíritu sobre las que versan sus propias investigaciones, es decir, en el campo del entendimiento. Pero es que existen zonas muy amplias de la vida, y, por tanto, del lenguaje, con fronteras confusas o sin frontera de ninguna clase, excepto para el investigador, que se las pone a sí mismo. Lo sensible se halla a menudo en un plano tan inmediato que una división tan precisa como la pretendida por Trier desaparece en un segundo término. El concepto de campo no debe tomarse de una manera tan absoluta como evidentemente piensa Trier. Con frecuencia surge la idea de campo por el hecho de que dentro del espacio semántico sean mayores o menores los intervalos. La distribución del léxico en un mismo idioma es muy distinta tratándose de dos individuos diferentes; ello depende de la desigualdad de las experiencias vitales de cada uno.

Que existen campos conceptuales o distritos semánticos cerrados en sí mismos, es cosa fácil de comprobar por nuestra propia experiencia idiomática. Tomemos, por ejemplo, las labores del agricultor. Aquí posee cada objeto, cada planta, cada actividad su sitio fijo, enteramente determinado, dentro de la órbita total de la vida. Cada uno de estos conceptos se halla fusionado sólidamente con una expresión. Además, todo el ámbito vital se encuentra claramente estructurado hacia abajo: los diversos trabajos del establo, granero, prados, la recolección, la siembra, etc., se hallan unos junto a otros íntimamente ligados a su significación (10). La razón es fácilmente percep-

(10) No queremos decir que no existan también desplazamientos, pues en ninguna época se ha detenido la técnica humana ante este sector de la vida. Como ha demostrado G. Ipsen, la invención del arado

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tible; estriba en el hecho de que la vida rural viene dada por la naturaleza, así como en el carácter de constante reiteración de la misma. Exactamente la misma fijeza se halla en la terminología correspondiente. Ambas cosas, el mundo visible y la terminología, coinciden entre sí; se hallan situadas en límites estrechos y bien definidos, y determinadas aun en los pormenores. Esta cohesión interna contrasta con el vocabulario y dominio conceptual de la población urbana, más extenso, pero de contornos más confusos. Tómense, si no, campos semánticos desligados de todo factor local, tales como las relaciones de parentesco. Todo este espacio semántico se encuentra dividido con perfecta nitidez. Sin embargo, tampoco en un terreno natural tan inmutable como éste, es siempre igual dicha división, ni, por tanto, el desarrollo de los conceptos idiomáticos. Nosotros sabemos perfectamente que el tío Luis es hermano de nuestro padre y que tío Pedro lo es de nuestra madre, pero la relación de parentesco en ambos casos nos parece ser la misma. De ahí que tengamos una sola palabra para un solo concepto. Pero los antiguos germanos distinguían rigurosamente entre los dos tíos; de ahí *Vetter-Oheim* por un lado y *Base-Muhme* (de *Mutter* = madre), por otro. Y lo mismo ocurría con los latinos. Es decir, que mientras el objeto dado por la naturaleza no ha podido variar, se ha transformado el concepto en estrecha conexión con la actitud que el hombre ha adoptado frente a estas relaciones de parentesco. Diferencias semejantes pueden observarse a menudo entre lenguas diversas; son distinciones que parecen ser esenciales a los hablantes de un idioma, de tal suerte que las subrayan en su léxico, mientras que en otro país no tienen expresión. Así, para un alemán 'flor' y 'flor' (o 'floración') de

---

influyó hondamente en la terminología agrícola. Pero ya las circunstancias naturales cuidan de que las partes afectadas del lenguaje se vuelvan a curar rápidamente.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

los árboles (*Blume* y *Blüte*) son dos conceptos deslindados de manera inequívoca, aunque los objetos respectivos desempeñan idéntica función en el ámbito de la naturaleza y les corresponda en español y francés una sola palabra: *flor, fleur.* Algo semejante puede decirse de *Haut* (= piel, = latín, *cutis)* y *Fell* (piel, pellejo, lat. *pellis)* reunidos en español y francés en el concepto idiomático *piel* (11), *peau.* En este caso han perdido dichos idiomas un matiz idiomático que todavía poseía el latín *(cutis, pellis).* Y a la inversa, frente a la distinción *poil* y *cheveu* posee el alemán una sola palabra: *Haar* (12). ¿Cuál es la causa de estas contradicciones? Hasta que no se crean los conceptos idiomáticos no le es posible al hombre medio la reunión de las numerosas impresiones sensoriales, su ordenación y percepción conjunta. Gracias a la creación de los mismos puede ordenar el caos de las cosas que se agolpan en su mente. Naturalmente, esta reunión, esta agrupación de cosas bajo una misma palabra puede ir más o menos lejos. Cuanto más se avanza en este sentido, tanto mayor es el número de objetos que la comunidad lingüística agrupa bajo una misma expre-

---

(11) [En realidad, el esp. *cutis* no equivale al latín *cutis,* aunque así lo digan los diccionarios. Para cualquier hablante con sentido idiomático, *cutis* es la piel de la cara, y encierra preferentemente un sentido valorativo o de apreciación sensible: *mal cutis, cutis delicado,* etc.]

(12) [El español tiene *pelo* y *cabello,* pero las posibilidades de empleo de la última palabra son pocas en la conversación, porque se ha sentido como afectada. Es vulgar, precisamente por pretencioso, decir "me he cortado el cabello", aunque pueda usarse *cabello* con valoración de belleza, etc. *(¡Tiene un cabello precioso!)* Es el uso medio en ambientes educados madrileños. Pero la gran extensión geográfica del castellano da lugar a muchas variaciones locales. Para la complicada situación en la Argentina, véase Frida Weber, *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires,* en *Rev. de Filología Hispánica,* III, 1941, págs. 115-116. Nótese, pues, cómo la pérdida o la tendencia a la pérdida de una voz con matiz diferencial puede darse casi ante nuestros ojos: *cabello* se ha ido sintiendo como palabra literaria, noble; inadecuada, por tanto, para el uso diario, salvo con matices especiales.]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sión, y tanto más abstracto resulta el vocabulario, al menos en ese punto del lenguaje especialmente afectado. Pero que existen diferencias entre las cosas representadas por una sola palabra a nadie se le oculta, ni a los miembros de una comunidad idiomática ni a los de las demás. Resulta también evidente, lo mismo para los unos que para los otros, en qué consisten objetivamente esas diferencias. Y ocurre que en una de esas comunidades se percibe tan intensamente esta diferencia que impide la representación conjunta de los objetos diferentes, mientras que en otra comunidad hablante no hay dificultad en ello. En esta última, cuando la situación lo requiere o por lo menos lo hace deseable al hablante, añade éste una palabra complementaria; el alemán habla entonces de *Kolpfhaar* (= pelo de la cabeza, es decir 'cabello'), o de *Haar am Leib* (= pelo del cuerpo), etc. La diferente interpretación de ambas lenguas (francés y alemán en el caso de 'pelo' y 'cabello') reside, pues, en el alcance de la capacidad para representación conjunta de objetos diversos. La creación idiomática de conceptos estriba precisamente en una abstracción que aumenta paulatinamente. Esta abstracción se detiene en un punto determinado, en el punto que representa el máximo de la claridad, en el momento preciso en que queda aún bastante concreción, bastante precisión para hacer el concepto inteligible y manejable por el hombre corriente, y en que, sin embargo, se le haya dado ya a dicho concepto un contenido suficiente, amplio (13). Aquí, como en las imágenes

---

(13) [Tómese otra vez el ejemplo del 'pelo'. La tendencia ordenadora del mundo, reflejada en el lenguaje, se inclina a dar a la palabra *pelo* un contenido conceptual cada vez más amplio, es decir, a reunir en este género *(pelo)* numerosísimas especies. Pero esta ampliación no puede llegar hasta tal punto que el lenguaje pierda toda concreción: llegaría a no ser utilizable. Veinte especies reune bajo *pelo* el *Dicc. de la R. Acad.*, y seguramente se podrían encontrar más. Ya la primera acepción ('Filamento... que crece entre los poros de casi todos los ma-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

en Física, tiene vigor la ley en virtud de la cual al amplificar el contenido de un concepto disminuye su campo. El punto en que ambos se mantienen en equilibrio pudiera compararse con el foco de una lente. Es el punto de cristalización de los conceptos idiomáticos. Este punto no es igual en todas las lenguas ni en todas las épocas. Estamos demasiado inclinados y acostumbrados a tomar como algo absoluto aquellos conceptos que el lenguaje nos ha ofrecido ya formados. Así, Jaberg comienza su artículo sobre *escalier* (14) con las siguientes palabras: "El latín ha transmitido al románico para los conceptos *Leiter* (escalera de mano) y *Treppe* (escalera) sólo una palabra: *scala*", y todo el artículo trata luego del conflicto entre ambos significados. En realidad, el problema se halla planteado de otra forma: En un principio el acceso a los pisos superiores se realizaba por medio de simples escaleras de mano, tales como las que se ven todavía hoy en casas de varios pisos de los antiguos estados españoles de Norteamérica (Arizona, etc.) (15). Hasta más tarde no se construyen en Roma

---

míferos y de algunos otros animales') representa una enorme agrupación de cosas que tienen siempre semejanza, pero también una diferencia: de un lado todo *pelo* humano ('cabello', 'vello', '*pelo* de barba', 'de bigote', etc.) y de otro todas las infinitas variedades de pelo animal. Pero en seguida vienen las acepciones translaticias: aquí ya sólo una semejanza exterior, formal, ha bastado para nuevas ampliaciones de contenido de la voz *pelo:* 'el pelo o vello de las frutas', 'el pelo de los tejidos', etc. A veces el intervalo es enorme, y un verdadero salto creativo ha sido necesario para establecer la vinculación: *pelo,* 'raya o grieta por donde con facilidad saltan las piedras, el vidrio y los metales', etc. La masa de realidad que va a cobijarse bajo una sola voz es, pues, enorme. Naturalmente es necesario expresar una última diferencia: la última diferencia la ofrece siempre (de varias maneras) el contexto, la situación idiomática. Que esta última diferencia se pueda dar con rapidez y claridad es condición indispensable. He ahí el límite de la elasticidad agrupadora de que habla Wartburg.]

(14) *Revue de Linguistique Romane,* 6, págs. 91-124.

(15) [Debe querer decir en las casas indias, tal como aun se ven en esos Estados.]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

escaleras de escalones, de las cuales puede decir Blumner (16) que, en su mayoría, no eran mejores que las de los gallineros y donde los peldaños habían sido reemplazados por tablas estrechas. Esta paulatina transformación no dió lugar a que el concepto se desdoblara en dos. No existe, por tanto, *doble significación;* lo que ha ocurrido es que el punto de cristalización conceptual ha permanecido en su lugar primitivo y no ha avanzado a pesar de la creciente diferenciación. Según esto a lat. *scala* correspondería una palabra alemana **steige*, que significara 'dispositivo para subir'. Cuando se desea o se requiere una mayor precisión recurre el hablante a determinantes secundarios, como italiano *scala a piuoli*, esp. *escalera de mano*, port. *escada de mão*, etc. De las lenguas románicas, únicamente el francés (17) ha subdividido el

(16) *Die römischen Privataltertümer* (München, 1911), pág. 56.

(17) [En español el diccionario registra *escala* 'escalera de mano, de madera, de cuerda, o de ambas cosas' (mientras que de *escalera de mano* se nos dice que "por lo común" es "de madera"). Pero aunque *escala* figure en los tesoros del léxico, el español corriente no culto desconoce hoy esa palabra (como he comprobado repetidas veces), y no emplea sino *escalera (de mano);* para el español culto *escala* va ligada a recuerdos literarios (del tipo de los que luego citaré) o, si no, vale sólo 'escala de cuerda'. Pero *escala* era en español clásico la palabra usual para 'escalera de mano', sin que podamos deslindar con absoluta limpidez si era 'de cuerdas', 'de madera' o, indistintamente, de una y otra materia. "Moços, poné el escala", dice Calisto. La palabra sale muchas veces en la versión amplificada de *La Celestina*, siempre como *escala*, salvo, si no me engaño, una sola vez como *escalera*. Sólo una vez *escalera* y las demás *escala* se nombra la que tanto papel juega en la jornada segunda de *La devoción de la Cruz*. Y *escala* o *escalas* es lo único que se oye en la primera jornada de *El esclavo del demonio*. *Escala* estaba fuertemente vinculado al verbo *escalar* en robos materiales o de honor. Pero Covarrubias, que cita el objeto en este sentido, lo llama precisamente *escalera de manos* ("Escalera de manos, la que se haze de cuerdas, de que usan los ladrones y otros que suelen ir a hurtar cosas de más valor que la hazienda"). Quizá en el siglo XVII reinaban en este punto el cambio y la confusión. Las vacilaciones de Covarrubias parecen indicarlo: "*Escala:* lo que comúnmente llamamos escalera, salvo que la escala algunas veces es la arrimadiza que se pone

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

concepto *Steige* en el mismo sentido que el alemán (18) *(échelle = Leiter* 'escalera de mano'; *escalier = Treppe* 'escalera'). Vista desde este ángulo, la historia de la denominación *Treppe-Leiter* adquiere un aspecto esencialmente distinto.

Semejantes gradaciones de la cristalización lingüística las hallamos en todos los terrenos. En una gran parte del ámbito lingüístico sudalemán se expresan los complementos de lugar con un grado más de precisión y diferenciación que en la lengua literaria. Así, en mi dialecto natal se dice: *uf d'Rüttene ufe* (en alemán literario, *nach Rüttenen* "*hinauf*" = hacia arriba, hacia Rüttenen, porque esta aldea está situada a más altitud); *(uf d'r Rüttene abe* (al. *droben,* "*in Rüttenen*" = arriba, en Rüttenen); *uf Attiswil abe (abe* = al. lit. *hinab* = hacia abajo; Attiswil está situada en la misma ladera, pero río abajo); *z' Attiswil nide* (= abajo, en Attiswil); *uf Däredingen*

---

y se quita..." (también conoce la acepción 'escala de cuerdas'). Y en el mismo: "*Escalera:* De ordinario se toma por la que es fixa y algunas veces por la que se arrima y es de dos listones gruessos de madera con los passos encaxados en ellos." No cabe duda que en lo antiguo existió en español la oposición *escala* 'escalera de mano' frente a *escalera;* mientras que la oposición moderna es *escalera de mano* frente a *escalera.* Dos conceptos bien diferenciados por medio de dos imágenes fonéticas diferentes han ido extrañamente a confundirse en un solo vocablo *(escalera).* La tendencia agrupadora del lenguaje ha podido más que la diferenciadora. Sería interesante perseguir las causas materiales que han podido aquí colaborar. Una mejor policía ha hecho muy raras las *escaladas* a base de *escalas,* por ejemplo: ¿Y por qué *escala,* en su escaso uso, queda vinculada a 'escala de cuerdas'? De todos modos, es curiosa la marcha del español que suprime aquí uno de los dos elementos expresivos, perdurando la dualidad de objetos.]

(18) Tal vez haya intervenido en esto la proximidad de las lenguas germánicas, que siempre han diferenciado los dos conceptos. Cfr. con esta creación diferenciativa de conceptos el hecho de que el chino tenga el punto de cristalización en sitio distinto que nosotros, incluso en un concepto como 'hermano', que a nosotros nos parece tan homogéneo y determinado por la naturaleza; así, mientras que dicho idioma no posee ninguna palabra para 'hermano', tiene, en cambio, un término especial para 'hermano mayor' y otro para 'hermano menor'.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

übere (= hacia el otro lado, hacia Derendingen; este pueblo se halla en la otra orilla del Aare) *z' Däredinge äne* (en el otro lado del río en Derendingen); *uf Lausanne ïne* (= "hacia dentro de Lausana); *z'Lausanne ĭnne* (= dentro, en Lausana); *is Dütsche use, uf Züri use* (= hacia fuera, hacia Zurich) (19): *z'Züri usse* (— fuera, en Zurich). La lengua literaria se limita a una determinación local muy general con *nach* (hacia, a), *zu* (en), *in* (en). Havers (20) considera esta exactitud en la expresión de datos locales como una característica del "habla primitiva". Sin embargo, esta interpretación fundada en tan pocos ejemplos, resulta sumamente dudosa. Indudablemente tal exactitud es un testimonio de la gran fuerza física del lenguaje, lo cual, sin embargo, no debe identificarse con el concepto de primitivo.

Ciertos ensayos llevados a cabo por el psicólogo Gelb muestran hasta qué punto se halla ligada la formación de conceptos con nuestros recursos idiomáticos (21). Gelb ha realizado sus experimentos con un herido de guerra, el cual, como resultas de una herida en la cabeza, ya curada, sufría una

---

(19) Mientras que *ūfe, ābe, übere* están claramente determinados por las condiciones topográficas, *īne* y *ūse* exigen una explicación que yo, sin embargo, no puedo dar. Todo lo situado hacia el Oeste es *īne* (o *ĭnne*, según los casos); todo lo situado al Este o al Norte es *ūse* (o *ŭsse*). Esto se aplica también a lugares fuera de Suiza. *Hinaus* y *draussen (ūse* y *ŭsse)* se refieren también a Alemania *(is Dütsche ūse); hinein y drinnen (īne, ĭnne)* se aplican también a Francia *(ŭf Lyon īne)*. Los suizos de América han llevado consigo estas denominaciones: *draussen* indica allí también el Este: *wann bist du das letzte Mal draussen gewesen?* significa entre ellos: '¿Cuándo estuviste por última vez en Suiza'?

(20) *Handbuch der erklärenden Syntax.* Heidelberg, 1931, página 109.

(21) Gelb, A. y Goldstein, K., *Über Farbennamenamnesie,* en *Psychologische Forschungen,* VI, págs. 127-186. Comp. además Weisgerber, Leo., *Das Problem der inneren Sprachform und seine Bedeutung für die deutsche Sprache;* Germanisch-Romanische Monatshefte XIV, págs. 241-256.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

amnesia parcial, es decir, que parcialmente se le habían borrado de la memoria las relaciones idiomáticas. Esta amnesia había afectado, entre otras cosas, a las denominaciones de colores; en estas circunstancias, empero, poseía el convaleciente una facultad de diferenciación muy desarrollada para las impresiones cromáticas. Distinguía inmediatamente los más leves matices. Pero las palabras *rojo*, *amarillo*, etc., se habían extinguido totalmente de su memoria. A los colores los denominaba según los objetos en que se presentaban de una manera particular "como de cereza", "como de violeta", etc. Pero las palabras *rojo*, *amarillo*, se le habían borrado completamente. Puesto en el trance de escoger entre un gran número de diferentes hebras de lana, de las que estaban coloreadas las pertenecientes a la misma categoría cromática, el resultado fué completamente negativo. "¡Pero si estos colores son todos distintos!", manifestó. Vemos así que al mismo tiempo que las palabras había perdido también el principio ordenador. Para el hombre sano, las denominaciones *rojo*, *azul* reunen en sí las numerosas sensaciones de sus variantes; gracias a ellas agrupa él bajo un adjetivo un gran número de matices diversos. El enfermo, en cambio, se halla entregado sin amparo a la sensación concreta, individual, de cada variante cromática. Para él constituye la totalidad de las sensaciones cromáticas un caos inextricable, imposible de ordenar. Si el individuo sano tiene que agrupar con una muestra verde otras más, puede dejarla aparte y buscar todas aquellas que presenten los distintos matices del verde. La ayuda que le presta el lenguaje, la palabra *verde*, le basta entonces para orientarse. El enfermo, por el contrario, ha de tener siempre ante sí la muestra; sólo la vista de ésta le permite percibir la semejanza, si es que se lo permite. Así, pues, con la palabra se extingue también la facultad de asociación. Posesión del nombre y posesión del concepto son dos cosas íntimamente ligadas entre

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sí; ambas condicionan la facultad de abstracción. Poseer el vocabulario de un lenguaje significa al mismo tiempo poseer los conceptos y los nombres que para dichos conceptos se emplean. Aprender un idioma equivale a apropiarse los conceptos que se emplean al hablarlo. El establecimiento de límites dentro de un complejo de fenómenos depende de la denominación de éstos. Las palabras son para el hombre puntos de confluencia que le permiten adoptar una actitud frente a la multitud de fenómenos. En su totalidad, en su estructura interna y en sus relaciones mutuas las palabras son, según frase de Humboldt, "un verdadero mundo que el espíritu tiene que situar entre sí mismo y los objetos mediante la actividad interior de su fuerza". En realidad sería equivocado pensar que concepto y palabra pudieran existir separados uno de otro. Una palabra consiste en el fondo en dos partes unidas entre sí de manera inseparable: el concepto y la imagen acústica (preferimos este término al de sucesión fónica, porque sucesión fónica expresa algo que se extingue, mientras que imagen acústica evoca la imagen que queda depositada en la conciencia humana, de donde puede ser despertada en cualquier momento).

Sin embargo, algunos de los lingüistas que se inclinan a la idea de una unidad de imagen acústica y concepto van demasiado allá. Imagen acústica y concepto son dos cosas que no se cubren igualmente en todas las palabras. Lo mismo que en la Ciencia, en la vida habitual del lenguaje existen conceptos de contornos precisos y otros confusos, que se desvanecen. Hay palabras que aluden levemente a un objeto y se aplican fácilmente a conceptos próximos.

Aquí debe mencionarse en primer lugar todo el mundo de los sentimientos y de los valores, en el cual la posición del individuo, su actitud ante la vida y el medio ambiente, la diversidad, siempre cambiante, de las experiencias personales

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

y de las asociaciones que de ella resultan, engendran innumerables matices de interpretación. ¡Y qué variedad también del lado del objeto mismo! ¿Quién podría determinar en qué grado de la "tranquilidad" y de la "comodidad" comienza la verdadera "pereza"? Así, existen en francés docenas de expresiones para "perezoso", de las caules unas presentan al que teme al trabajo como cobarde *(lâche)*, como hombre débil, falto de energía *(mou, mollase)*, o bien indulgentemente, como alguien que cultiva la ociosidad *(laisant)*; otras veces se piensa en el hermoso tiempo perdido *(musard)* o se interpreta la actitud como sosiego, como fuerza que le preserva a uno de perder jamás el equilibrio *(flemmard)*. Particularmente numerosos son los términos que contienen realmente un insulto *(pourri, vachard, truand,* etc.) (22). Cada uno de estos vocablos procede de una zona conceptual diferente e ilumina la cualidad en cuestión desde un ángulo algo distinto. Ni poseen contornos precisos, ni sus ámbitos semánticos pueden coincidir entre sí. De aquí que tampoco puedan excluirse mutuamente y que el número de palabras casi sinónimas sea muy grande. Todo aquel que quiera aplicar con todo rigor el criterio fraccionador a estos vastos dominios, violentará el lenguaje y se impedirá a sí mismo la comprensión de sus fenómenos.

Hay también vocablos que nos son familiares, pero cuyo significado no es absolutamente claro. Este es especialmente el caso en que chocan entre sí los dominios geográficos de diversas palabras aplicadas al mismo concepto. Tales fenó-

---

(22) [La sinonimia humorística de *perezoso* es también enorme en castellano. (Unos ochenta sinónimos en el *Dicc. Ideológico*, de Casares, pág. 420.) Y aunque bastantes de ellos no viven hoy, y otros, por lo menos, no en la lengua general, aun con los que quedan sobra para cubrir todos los puntos de vista señalados por Wartburg en el francés: *cobarde* (para el trabajo); *flojo, blando, remolón; holgón, holgazán; calmoso; mandria, maula, zanguango, zorro, follón,* etc.]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

menos han sido señalados por Jaberg (23) y otros. En el Alto Aargau se llama *gigetschi* al corazón de la manzana, una vez comida la carne de ésta; en la ciudad de Berna recibe el nombre de *gräubschi.* En Bugdorf (24) chocan los dominios de ambas palabras; como aquí se oyen las dos, forman parte del dialecto local. Pero la gente trata de diferenciarlas. Para muchos (no para todos) un *gigetschi* es especialmente feo, manchado por la oxidación, sucio. Lo valorativo del vocablo se manifiesta claramente en frases como la siguiente: a un niño que coge en la calle una manzana medio comida, se le dice: "*nimm das nit, es söttigs gigetschi*" (25) (no cojas (eso), semejante *gigetschi).* Es decir, que frente a *gräubschi,* que es la palabra normal, *gigetschi* tiene un significado despectivo (26). Sería descabellado afirmar que haya surgido aquí un nuevo concepto idiomático. No sería otra la estimación del objeto donde sólo existe una designación para él, es decir, lo mismo en el Alto Aargau que en Berna. Donde tal ocurre, si hace falta, se expresará añadiendo un adjetivo a aquello que el habitante de Burgdof, situado entre ambas zonas, expresa sin necesidad de adjetivo, ya con *gräubschi,* ya con *gigetschi.* Esta diferenciación no viene dada, pues, de una manera primaria, sino que surge sólo cuando se produce el encuentro entre las dos zonas. Debe interpretarse de manera semejante a como se explicó la distinción entre fr. *taupe* y val. *fouïon* en las Ardenas, con la única salvedad que en el caso de *taupe-fouïon* se establece una diferencia que no existe en la naturaleza.

Vemos, pues, cómo se interpone entre el Yo y el mundo

---

(23) *Sprachwissenschaftliche Forschungen und Erlebnisse.* Zurich, 1937, pág. 156 y sigs.

(24) [Burgdorf al NE. de Berna.]

(25) [En alemán: *Nimm das nicht, ein solches* "gigetschi"...]

(26) Esta valoración de ambas expresiones tal vez se deba al hecho de que *gräubschi* es el término usado en la capital, y *gigetschi* el de las aldeas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

exterior la imagen del universo viva en la lengua de cada comunidad y que todos los miembros de ésta reciben al aprender a hablar. Realmente, cada generación completa en cierto modo esta herencia, transformándola en mayor o menor grado. El conjunto de impresiones dado por las palabras queda modificado en consonancia con la vida de la nueva generación. El lenguaje posee, naturalmente, y en mayor medida que la mayoría de los bienes culturales que recibe la humanidad por tradición, una solidez peculiar y descansa sobre sus cimientos con mayor seguridad que cualquier constitución estatal o sistema de comunicaciones. Pero cada modificación que la imagen del mundo sufre en la mente popular, lleva consigo una transformación del lenguaje, si bien tan modesta como aquélla.

La íntima ligazón de ambas nos permite comprender también por qué, para los entendimientos sencillos, concepto e imagen acústica son cosas idénticas. Piaget, en *La représentation du monde chez l'enfant* (París, 1926), pone en boca de un niño, a quien se pregunta por qué la luna se llama así, la siguiente contestación: "C'est parce qu'on voyait la lune qu'on savait qu'elle s'appelait la lune". También Singer, en encantador estilo, nos cuenta la historia de una joven campesina bernesa que, trasladada al casarse a otro valle, despierta aversión y desconfianza en su nueva residencia, porque al 'montón de heno' le llama *Birlig* en vez de *Schochen*. Ella, por su parte, se siente profundamente desgraciada al ver que las gentes que la rodean ya no dan al 'montón de heno' el que para ella es su nombre legal, el nombre que le corresponde. Pero, finalmente, con el tiempo, se acostumbra. Mas la tragedia se reproduce cuando, al cabo de mucho tiempo, hace una visita a su país natal. Ahora, cuando llama *Schochen* a un *Birlig* se enfurece su padre y se ofende su madre al ver que la hija se ha acostumbrado a usar un nombre tan absurdo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

La creencia de que la persona o cosa están ligadas inexorablemente al nombre, más aún, de que son cosas idénticas, está muy difundida entre los pueblos primitivos. En tiempos prehistóricos, en que los pueblos se sentían estrechamente unidos con sus dioses, era general esta creencia en la fuerza viva de la palabra. Esta idea puede manifestarse de dos maneras: O bien se piensa que el conocimiento del nombre proporciona poder sobre los hombres y las cosas y por ello se trata de ocultar el nombre verdadero tras otro prestado. O bien, y más naturalmente, se teme encolerizar al portador de un nombre usando éste; por ello se evita pronunciarlo y se emplea otro en su lugar. En primer término, resultan afectados por este temor los nombres de los seres sobrenaturales, por ejemplo, el del diablo. Eufemismos como *enemigo malo, ennemi, adversaire, der Leibhaftige* (27) se explican de este modo. Igual puede decirse de judeoesp. *taván* (en vez de Dios), (del turco *tavan* 'techo'). (28). Pero también se evita pronunciar los nombres de otros seres, especialmente de animales. De difusión general es el temor supersticioso a la comadreja, que tantos daños ocasiona en los gallineros y a la que se considera como la encarnación de un nigromante. Se procura tenerla propicia dándole nombres agradables y cariñosos, como si se ignorara el suyo. Así, en Baviera se llama *Schöntierlein* y *Schöndinglein* (animalito guapo, cosita guapa), en danés *kjönne* (del mismo significado). También fué tabú su verdadero nombre *(mustela)* en los países románicos. De ahí las formas it. *donnola*, Lucca *bellola*, fr. *belette* (de *bellus*). *Mustela* (29)

(27) [En vez de la expresión completa *Der leibhaftige Teufel*, es decir, 'el diablo en persona, el mismísimo diablo'.]

(28) [Es decir, "el techo" en el sentido de 'el cielo', M. L. Wagner, *Caracteres generales del judeo-español de Oriente*, RFE, Anejo XII, Madrid, 1930, pág. 51.]

(29) [Para los muchos nombres cariñosos de la comadreja en nuestra Península, véase Pidal, *Orígenes*, § 84. El animal es considerado

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

terminó por ser olvidado (30). En las montañas situadas al Este de Lyon se ha hecho objeto de este temor a la hormiga, que recibe aquí también el nombre de *belette*. En el Oeste de Suiza se procura alejar el gavilán del cuerpo (o, mejor dicho, del corral) por medio de adulaciones semejantes. Se le llama *bon oiseau*. También se ha sentido ante el oso un pavor de causas parecidas; se ve en él a un hechicero y se evita temerosamente su nombre. Así, en judeoespañol se llama *lonso*, pero se abstienen corrientemente de usar este nombre empleando el de *lámed* (nombre hebreo de la letra *l;* se le designa, por tanto, con la inicial de su nombre) (31). Por la misma razón ha desaparecido la voz indoeuropea para designar al oso (lat. *ursus*, gr. ἄρκτος) en las lenguas de Norte y Este de Europa, donde dicho animal desempeñaba un importante papel. El lituano *lokỹs* 'lamedor', eslavo *medved* 'melívoro', al. *Bär* 'el pardo' (32), son meros o simples eufemismos. También pueden sufrir transformaciones, debido a los mismos temores, los nombres de los fenómenos meteorológicos. Fr. *bonasse*

---

como bello en el vasco *anderer* 'dama hermosa' y en el gallego (occidente Orense y sur Pontevedra) *garridiña*, o como bueno en santand. *bonuca, monuca galana*, etc., ast. occid. *bunietsa;* en gallego y portugués los más frecuentes son los derivados de *dominicella* 'señorita', como *donicela, denicela* y, con cambio de sufijo, *donociña, denosiña, adoluciña*, etc., o de *domina* con otros diminutivos, como *doniña* (port. *doninha)*. También existen en castellano *donecilla, donosilla, dolonsilla*, santanderino *donocilla*. Aun al lado del esp. general *comadreja* ha de considerarse port. trasm. *norinha* (de *nora*, 'nuera'). Véase también García de Diego, *Contribución*, pág. 196.]

(30) [Quedan, sin embargo, abundantes restos de *mustela* desde Suiza hasta Alicante, y luego por el occid. de la Península, en el vasco de Vizcaya *musterle*, etc., en gall. *mustela*, en leonés *mostolilla*, en asturiano *mostadiella, mostaliecha, mostaliecha*. M. Pidal, *Orígenes*, § 84.]

(31) M. L. Wagner, *Caract. gen. del judeo-español de Oriente*, página 50.

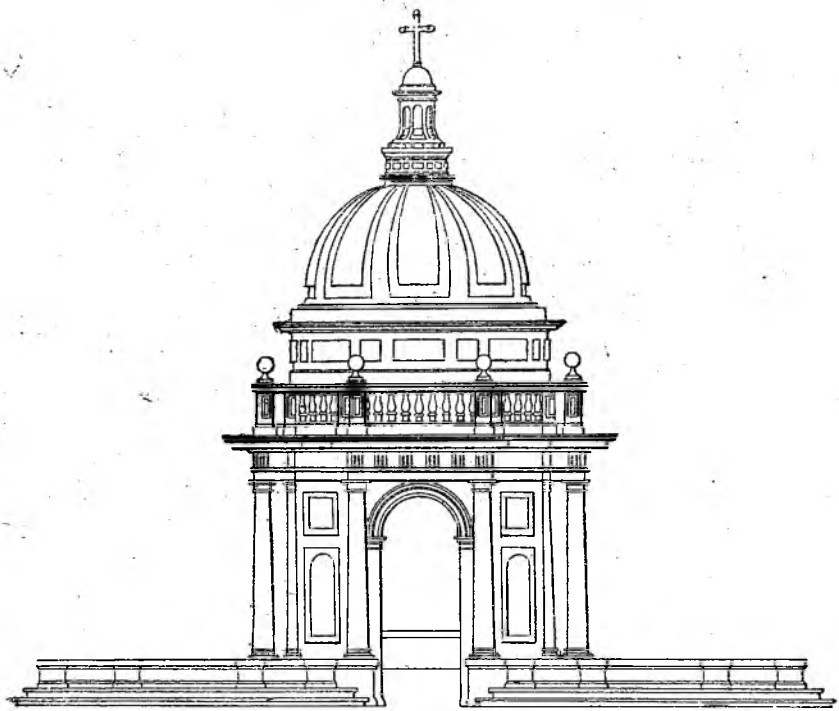
(32) [Al mismo temor responde, exactamente, el nombre *pardiño* dado al lobo en alguna región de Galicia, *Dicc. Gall.-Cast.*, de Valladares.]

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

(< it. *bonaccia*) significa la calma de vientos tan temida por los navegantes, atribuída a los genios meteorológicos. Esta denominación se explica así: gr. μαλαπία = 'blandura' 'suavidad' tomó el sentido figurado de 'bonanza, calma del viento'. Al pasar dicha palabra al latín en la forma de *malacia* se vió en ella una derivación de *malus*. Pero los marinos temieron gustar a los genios con esta palabra reprobatoria y sustituyeron *mal-* por *bon-*.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.



Poesia

Los caminos, por Luis Felipe Vivanco;
Algunas consideraciones sobre el lenguaje,
por Luis Rosales.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

LOS CAMINOS

POR

LUIS FELIPE VIVANCO

EL SUEÑO

1

¡QUÉ ausencia de paisajes mirarte cuando duermes!

Todo lo que veíamos con nuestros ojos hechos
de realidad humilde, sin merma de ilusiones
ni añoranzas rebeldes al curso de los astros,
aquí, donde es más ancha la tarde y más hermosa,
y el azul reiterado de la pleamar se acerca
hasta el pausado y húmedo crecer de los maizales,
y el mar puebla su exceso de vacación sonora
con olas que relumbran sobre su piel oscura,
y hay nubes que entronizan grandes vuelos atlánticos,
y cumbres delicadas de sol sobre la piedra,
y el rumor de los bosques se inicia entre las ramas
del castaño que ocupa su puesto junto al hórreo,
y orillas del camino vive una niña ciega
con sus claras pupilas absortas en la diáfana
ignorancia de tanta belleza suficiente;

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

todo este huir visible de sempiternas horas
en letanía aparte de un tiempo menos íntegro.
se va quedando fuera de esa luz enrejada
que aun apoya su fino pincel sobre tus párpados
reforzando su fresca levedad de violetas
hasta que se abandonan a un color sin memoria,
como torpes crisálidas que sospechan sus alas
o esos dos barquichuelos, tan pequeños, tan solos,
que mecen apagadas brisas en el crepúsculo.

2

Las naves por el mar, tú por tu sueño.
GERARDO DIEGO.

En tus manos, sin viento ya, reposan
nubes de atardecer que te humedecen
la piel, la tibia piel, recién regada
cuando duermes.

Porque tu piel relumbra como un charco
donde la tarde del domingo pierde
su luz, bajo la fiesta de la aldea,
cuando duermes.

Agua limpia de lluvia, un poco triste,
cuyo rescoldo gris, cuyo inocente
cristal puebla la brisa de leyendas
cuando duermes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Tu rostro vaga huído hacia las dunas,
y tu perfil se aniña y se somete
al resbalar del alba por la arena,
cuando duermes.

Junto a tu sueño, tu infantil sonrisa
con delantal de colegiala vuelve
a descalzarse, para andar a gusto
cuando duermes.

Preguntando por ti, tu voz viajera,
donde tendrás tanta nostalgia siempre,
te llevará muy lejos, si te acuna
cuando duermes.

Siempre dormido y musical, tu pelo
en su penumbra de enramada tiende
con furtivos acordes redes de oro,
cuando duermes.

Pájaros invisibles que cantaban
se dejan ver, trigueños, en las redes
con que te guarda, ociosa, y no te oprime
cuando duermes.

Bajo el azul follaje de tus párpados
sestean tus miradas, que parecen
un rebaño a la sombra de una encina,
cuando duermes.

Sestean tus miradas como arroyos
que sonarán con agua más alegre
después de contemplarte, remansados,
cuando duermes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Los mirtos de tus cejas no han querido
seguirte hacia lo oscuro, y permanecen
como arriates que esperan tu regreso
cuando duermes.

Tus mellizas mejillas agilitan
su levedad de ala y se disuelven
en campanadas claras sobre el cielo,
cuando duermes.

Y entre tus labios, que han enmudecido
copo a copo sonámbulo de nieve,
cálidas huellas frescas aun te buscan,
cuando duermes.

Con atrevida quilla, tu barbilla
le rompe su cintura al mar ausente
que te salpica de salada espuma
cuando duermes.

Más graciosa si cabe, y más aislada,
tu nariz es la sola flor silvestre
que preside la paz de tu naufragio,
cuando duermes.

Tapizando su gruta, cada oreja
recuerda tu calor, ligeramente
cernido entre el vaivén de la resaca,
cuando duermes.

Tu cuello, de guitarra bien tañida,
es un raudal sonoro que suspende
sobre el hondo barranco estrellas lánguidas,
cuando duermes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Desnudos van tus hombros por la niebla
y son los más vencidos, los más tenues
de crepúsculo y humo entre las ramas,
cuando duermes.

Y abandonados por las lentas naves
de cada gesto fiel, sus largos muelles
solitarios tus brazos desenlosan,
cuando duermes.

Como un remoto prado submarino
de yerba desanclada y sordos peces,
entre algas sin color tu cuerpo flota,
cuando duermes.

Y aunque es húmeda leña que no arde,
sigue siendo el amor que te mantiene
tibia y mortal en su anegada orilla,
cuando duermes.

Tu cuerpo es la morada que entreabre
sus puertas soñolientas para el huésped
que se acerca, cantando, por las viñas,
cuando duermes.

Para su copla ingenua en que madruga
la alacridad de cada surco, desde
su mínimo verdor, bien arraigado
cuando duermes.

Un primerizo sol, pequeño y dulce,
le deslumbra los ojos balbucientes
de yerba acostumbrada a tus laderas
cuando duermes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Amanecidos tesos se sonrosan,
mientras el aire aun roza las paredes
nocturnas de tu mudo asentimiento,
cuando duermes.

Y el dueño de esa voz, que era un galope
tan lento, descabalga y transparece
en el umbral gastado por su llanto,
cuando duermes.

La iluminada sangre sucesiva
soñando estaba en su niñez de fuente
que era verdad el sueño que soñaba
cuando duermes.

Que era verdad tan frágil luz de luna
sobre el grano en la era, y su celeste
revelación bajando hasta tus pechos,
cuando duermes.

Y el corazón, que amaba sus latidos
por la ondulada soledad agreste
de esa vereda, angosta entre retamas
cuando duermes,

oye una activa vecindad de huerto
bien regado, si escucha el eco débil
de otro pulso en que está su misma sangre
dándole vida al sueño, mientras duermes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

3

Después de tu dormir, libre de ensueños
voy haciendo en la tarde mi camino,
tan cerca de tus pasos que adivino
la espuma de otros pasos más pequeños,

más tenues, por su brisa, y ribereños
de este suspenso anochecer marino
donde la luz se azula en cada pino
con transparencia de humos hogareños,

más nuestros, por su cielo, y más distantes,
descalzos sobre el mar que, ola tras ola,
vuelve humilde a rezar con los instantes

del tiempo en que deshojan su corola
diminuta de estrellas caminantes
por la espesura de tu carne sola.

LA INVITACION AL OTOÑO

Tu imperativo andar, tu infatigable
modulación de mar bajo la lluvia
que refresca con agua aún no mecida
el retoñar inquieto de sus olas;
tu ingenuo, y arrogante, y despeinado
velero musical siempre alejándose
de la paciente orilla resignada
a un rumor de pisadas veraniegas;

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tu corazón en marcha y sus amuras
salobres donde posan las gaviotas,
me obligan a mi altiva permanencia
y riguroso páramo de estío.
Pero tu voz de arroyo en la penumbra
que inciensan temblorosas arboledas,
tu empañado mirar sobre mis años,
tu cintura de espuma que se ensancha
con bendición de hogaza recién hecha
y bienestar de establo navideño,
la canción de tus labios vagamente
infantil, y esa niebla entre frutales
que te los va durmiendo como un rezo
acostumbrado, cada vez más tuyo,
me invitan al otoño.
Con racimos
de antes de mi embriaguez y mi experiencia,
junto al viejo brocal voy aprendiendo
dulcemente de ti las campesinas
labores que te habitan, los dorados
confines de regreso en tu bodega
de agrietadas paredes, los azarbes
por donde se entra el campo holgadamente
sonoro y luminoso hasta tu júbilo
dormido de campanas, y el nocturno
venero del cantor que te bosqueja
la ternura en la sombra, y voy surcando
con obstinados brazos remadores
mi vocación en ti, mi antigua historia
como añosa corteza de palabras
repetidas, sonando hacia la muerte,
y, en vez de un mustio error de hojas caídas,
mi lagar bien pisado, y la ignorancia

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

con que los ojos vuelven a sentirse
mellizos de aire y luz, desperezándose
en la yema anterior a su bautismo,
como si Dios, perdido entre sus astros,
descubriera las huellas temerosas
de un niño en el sendero, y libremente
se olvidara, otra vez, de su estatura
mayor, dándole albergue entre sus ramas
de árbol que permanece como aurora
al único sollozo necesario.

Porque más sosegado que el vacante
perfil de cada luna en la ventana,
nuestro quehacer arraiga como el seto
de laureles oscuros que conducen
el hondo caminar hasta las muelles
marismas cenicientas, ya en el borde
de un aire anochecido.
Y ya ha pasado
nuestro soñar de entonces. Maternales,
se han hundido las horas como surcos
de la tierra que vuelve a su fatiga,
y en la mansión que el viento restablece
con fragancia de esbeltos troncos muertos
nadie olvida a la carne, está encendido
su hogar, la victoriosa llama que arde
con chasquidos del bosque que ocupaba
la espaciosa llanura, hoy congregando
ruedos de sembradura y leguas yermas
de sed alrededor de cada pueblo,
donde, siempre más cerca de otro gozo
posible, insinuado entre las cosas,
con dolor no excesivo, estamos juntos

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tu realidad y yo, y están pasando
perezosas las nubes y plomizas
sobre los aúreos flancos vegetales
de tu consentimiento, están volviendo
con polvorientos pies envejecidos
y arrugas en la piel y sol mohoso,
como si hubieran (hace muchos años)
pasado ya otra vez (y de esta misma
manera) cuando el mozo que agiganta
su rojo amor de hoguera en el solsticio
de junio, abriendo en coplas, por las eras,
su corazón de trigo derramado,
no era más que un rubor embelleciéndote,
y una rubia semilla, apenas rota,
presidiendo las tardes otoñales
desde su oscura cueva abastecida
de ajeno porvenir y tiempo nuestro.

LOS DIAS

Vosotros, tan gastados cuando llega el crepúsculo,
sois las dulces viviendas que habita el tiempo abstracto,
sois las palabras buenas de un mar arrepentido
cuya voz planetaria se torna acento humano.

Frente a la vasta huída del soñar insaciable,
levantáis, transparentes de sol, vuestros andamios,
para que la mirada de Dios y la del hombre
labren, juntas, los muros de su hogar voluntario.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Vosotros sois las blancas estrellas del recuerdo
que en la memoria, siempre nocturna, están brillando,
y en trémulas cañadas apañáis los rediles
donde caben las reses del sideral rebaño.

Como alegres puntadas bordando unos pañales
conducís vuestras horas, y decís con el Salmo:
"Si el Señor no defiende la ciudad torreada
los brazos de los hombres se cansarán en vano."

Ayer, con el pespunte matinal de la lluvia,
el gotear paciente de un cielo negro y bajo,
de pronto, nos pusimos a olvidar nuestros trajes,
y a jugar, como niños, en el jardín de al lado.

Oíamos, lejanas de tiempo, nuestras voces,
nuestros gritos mojados de miedo, nuestro llanto,
sonando en una mágica y abierta perspectiva
de luces venideras, en vez de en el pasado.

Hoy, blancas nubes bogan por la pleamar celeste,
todo el destino es blanca deriva, sin naufragio,
de naves que se alejan sin rumbo hacia las islas
para, al cabo de tanta geografía, encontraros

más quietos y más lentos a la entrada del pueblo,
más yunta repitiendo su labor y más pájaro
saltando entre los surcos, más vulgares acacias,
más tapias defendiéndonos de la muerte, más cántaros...

Mañana, con el cielo sereno y uniforme
iremos comprendiendo mejor nuestro legado
de acequias regadoras y envejecidas tejas,
mientras sigue creciendo la cosecha en el campo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Y a través de la pálida transparencia del aire,
con ojos prometidos iremos contemplando
los vivos movimientos infantiles, las gracias
diferentes del rubio gatito y del gazapo.

Así, libres en cada revelación concreta,
(ese nombre que sólo pronuncian vuestros labios),
bendiciendo mis límites, dilatáis la esperanza
del corazón que agota su porvenir diario,

y en vez de un río unánime, cansado de su cauce,
sois arroyos recientes, de sonido más claro.
¡Dejadme, mientras llegan otros días eternos,
en vuestras ondas diáfanas amar y ser amado!

CORONA DE ADVIENTO

Viene despacio, caminando a ciegas
por senderos de sangre,
por senderos de amor que no interrumpen
barbechos ni trigales,

que alargan, bajo el viento, sus aromas
silvestres, sus instantes
recoletos de sol junto a las tapias,
su blancura en pañales,

y acuden, sin querer, casi en un vuelo
legua tras legua, casi
dejándose ignorar desde el nocturno
latido que los hace

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tan hondos y tan leves, tan hilillos
de luz de luna errante,
tan infancia de luna en cada piedra,
tan raicillas de árboles.

Viene a través de un sueño y otro sueño,
a través de una tarde
y otra tarde, tranquilas, con el brillo
del lucero en el aire,

con el girar pausado de la noria
repitiendo su frase
de agua empapada en sombra hacia los labios
que la huerta entreabre,

con el durar cobalto de los montes
apagados y unánimes
más allá de los visos donde el ángelus
labriego se deshace.

Viene apenas rezado y melodioso,
como un manso oleaje
rompiendo hacia la playa que aun no alumbra
su espuma trashumante,

como ingrávida nube cuyos bordes
empiezan a endulzarse
cuando, cerca del alba y sin sonido,
su lluvia lenta cae

sobre el quieto regazo de una yerba
dormida, en que se abren
las húmedas violetas primerizas
de un corazón de madre.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

(Al encender la primera vela:

No eres tú ningún halo de tristeza
para el martirio antiguo de mi frente,
ninguna aguda espina o terco diente
taladrando de ensueños mi corteza.

No eres el tiempo igual y la pereza
del cansado vivir que se arrepiente,
ni, disuelta en mi sangre, el nombre ausente
de un vago malestar que nunca empieza.

No eres el valle hundido y la paloma
que vuela en su penumbra silenciando
sus alas compasadas por el cielo,

ni ese pueblo arrugado que se asoma
a su perfil menesteroso, cuando
la tierra, al caminar, no es más que suelo.)

Al borde del sendero, los dos juntos,
sentados, esperándole,
oyéndole venir sobre la muerte
de nuestra propia carne.

Sobre el tardo mirar de nuestros ojos
sintiendo, como enjambre
de abejas que se abrevan en la ciénaga
florida del estanque,

la pisada sonámbula y descalza
que acierta, aunque no sabe
cuánta impaciencia de alas libres mueve
su trémulo follaje.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Mucho hemos caminado, cada uno
desdeñoso y aparte,
en soledad purísima y doliente
de Dios junto al paisaje,

en memoria de Dios frente a las horas
del porvenir vacante
donde no queda más que un gran cansancio
de órbitas siderales;

tú entre nieblas alpinas y zozobras
de bosque aleteante,
y a lo largo de un río que te lleva
por su luz navegable,

yo por áridas cuerdas castellanas
y afueras de ciudades
donde el furtivo corazón del campo
comienza a desnudarse;

mucho hemos caminado, los dos juntos
también, con los fugaces
festejos del arroyo que desciende
desde la cumbre al valle,

que dice, cada vez bajo otro puente
más viejo, su romance
más quedamente humano en más fecunda
sementera de imágenes,

y ahora estamos sentados, a la orilla
de nuestro propio cauce
por donde corre y suena casi un niño
que llora, casi un ángel.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

(Al encender la segunda vela:

Con un temblor de gasa en la ventana,
tú eres algo que suena y que está dentro,
y que anda por el campo, y que no encuentro
ni en ladera ni en huerto.

Agua que mana
junto a la encina sola, tan cercana
su voz de cada estrella, y ya en el centro
de la hora más callada y más adentro
de la sed que se aniña, cotidiana.

Con un rumor solícito y creciente
de abejar en el labio, mientras siente
su rubor matizado la mejilla,

ebria de cal radiante sobre el muro
tú eres alguien que canta por lo oscuro
cubriendo, como el mar, tu propia orilla.)

Aun no un cuerpo, ni un torso, y ya una forma
caliente, con raigambre
de azules humaredas y rescoldo
de hogueras celestiales.

Aun no labios en ronda revoltosa
de palabras agraces,
ni pupilas rielando como un tránsito
de ingenuas navidades.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Aun no manos rompiendo sus juguetes,
sí alas tenues que invaden
una espesa ascendencia de arraigados
minutos vegetales,

un borrador de enjutos horizontes
detenidos al margen
de la viva pleamar donde resbalan
venideras las naves.

Aun no un bulto, ni un rostro, y ya una dócil
materia, retirándose
de sus brazos ociosos hacia un gesto
diáfanamente orante,

una indefensa claridad de nieve
detrás de los cristales
que nuestro aliento empaña, concretando
su desmayo impalpable

en ese nombre activo y esa inédita
sonrisa bajo el lápiz
que ha dibujado ya sus marismeños
contornos vacilantes.

Sin figura, eres ya fresco airecillo
de madrugada, dándole
al campo su color, a la distancia
sus grises olivares.

Sin tronco y ya eres tú, ya nos vigilas
de cerca, nos escandes
el caminar, sin ramas y sin hojas
y ya le das alcance

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

a nuestra voz futura, rezagada
junto al plátano grande
que pregunta por ti desde su copa
de otoño, deshojándose.

(Al encender la tercera vela:

Ayer quise cantarte para hacerte
más pétalo de rosa entre mis manos,
para aprender mi orgullo en tus lejanos
alcores de sol tierno, y merecerte.

Quise inventar tu azul, quise tenerte
como una aurora envuelta en sus tempranos
gorgeos, sin perder mis veteranos
silencios de árbol sólo hasta la muerte.

Quise apiñarme, y ser, de un solo acierto,
de un solo golpe, o dicha, o desventura,
mi fronda de hoy, de ayer y de mañana,

donde te va dejando al descubierto
esa canción del alma en noche oscura
que eleva a ruiseñor su voz humana.)

Otra vez el milagro más sencillo,
su transparencia frágil
de niebla que se esconde entre los álamos
para que el cielo cante,

para que el puro cielo envejeciendo
luzca su piel brillante,
vestida de un temblor de potro fino
que estrena sus ijares.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Otra vez un milagro y su apariencia
venial, sus rayos suaves
de sol entre rebaño sedentario
que los adiles pace,

su testimonio asiduo, su hilvanada
costumbre, su lenguaje
recordando las cosas con tibieza
de hogar donde instalarse

junto a la innata muerte merecida,
como el diario semblante
de un dolor que no es pájaro ni música
de alas fogosas, aunque

sus pinceladas sueltas ya esbozaron
tantos incendios, antes
de ceñirse al rubor de un primer beso
fronterizo, y ser alguien;

antes de que aceptáramos su ajena
continuidad, llevándole
de la mano a través de nuestra charla
novicia, por las calles;

dejándonos llevar por su murmullo
menor, por sus fluviales
confidencias de espuma que aún sostiene
entre los dedos ágiles,

como cuerdas de un arpa, el andariego
y humilde aprendizaje
de la mañana azul de nuestra boda
en que la brisa tañe

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

nuestro jardín viviente, entrelazando
raíces y ramajes
hacia el feliz acorde que lo inunda
de campo, al acercarse.

(Al encender la cuarta y última vela:

Y hoy canto desde ti, desde la pálida
predilección de luna que te alfombra
de algas mudas la piel, mientras te nombra
dentro del agua su palabra inválida.

Canto desde tu nana ya en crisálida,
sonando como el mar que desescombra
con sus labios en flor la playa en sombra
de tu cintura desbordada y cálida.

Hoy canto desde el surco que has vivido
con voluntad de espiga, a un tiempo presa
y aposentada en su prisión.

Hoy canto
desde la sal disuelta en tu gemido
de estero que recobra, sin sorpresa,
su agreste manantial deshecho en llanto.)

PRIMEROS VERSOS A MI HIJA

La flor del membrillo tiene cinco pétalos
color rosa pálido, con rizados bordes
y venitas rojas muy bien dibujadas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

En el centro, alegre tropel ennoviado,
se alza el mocerío de estambres pajizos,
y bajo la holgada corola se enroscan,
lacias lengüecillas verdes, algo sucias
de pelusa blanca, los velludos sépalos.
La flor del membrillo se abre y se ahueca,
y una abeja gorda que, obrera encorvada,
cumple bien su oficio, sin ningún remilgo
mujeril, le chupa su dulzura breve.
Y otra abeja niña, de color más vivo,
va con torpe vuelo rubio inaugurando
la delicia intacta de su piel sedeña.

Ayer, el chubasco dejó el negro suelo
cubierto de azules, celestiales charcos
bajo las doradas hojas goteantes,
y hoy, con sol risueño de abril, van abriéndose
capullitos prietos por todas las ramas,
y las manecitas tiernas de la higuera
crecen con más loca prisa que las tuyas.
Sabe tú, mi hija, cuando ya estos párvulos
deditos aprendan a enhebrar la aguja,
o, pacientemente pisen la heredada
nieve del teclado, que los ojos míos,
demasiado turbios de visiones hondas
y palabras huérfanas sin su amor pequeño,
han visto, en su efímera prisión suficient
de esta primavera, la flor del membrillo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

PRESENTACION A LOS PAJAROS

Con mi niñita nueva bajo el brazo
salgo a la primavera,
nuestra niña de invierno, aun empañada
de calor tuyo y vaho de tu cueva.

Salgo al volar travieso de los pájaros
con mi niñita nueva,
nuestra cachorra acariciada por la
nocturna vecindad de tus riberas.

Bajo el brazo la traigo y no me olvido,
al contemplaros, de ella;
¡oh juventud del cielo! ¡oh campo verde
y recuestos en flor como una fiesta!

La traigo, blanca y rubia, y no la cambio
por la menuda yerba,
ni por la más silvestre florecilla
que un delantal, en vez de un traje, estrena.

¡Cuántas veces los dos hemos salido
prolongando la espera
tan frecuentada ya por sus pisadas
y andada, con su ritmo, hacia la sierra!

Su ritmo entre los surcos, con el denso
crecer de la cosecha,
y en el pujar suave de los árboles,
y en la dulce estrechez de las veredas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Su ritmo en tu cintura, y en tus húmedas
mejillas con ojeras
de tarde que se apaga, su caricia
de fresco viento matinal que empieza.

Gorgeos matinales nos descubren
otra vez, pero aquélla
éramos, los dos solos, nuestro abrazo,
y ahora somos, también, su mies pequeña,

su pelusilla rubia, su puñado
de sol, de agua despierta,
¡cortejadla, mis pájaros, y amadla!
¡mi ruiseñor, y mirlo, y oropéndola!

¡Mi urraca que a saltitos desmenuzas
tu fama de usurera!
¡Mis golondrinas de hace un año, dentro
del viejo portalón con sus macetas!

¡Mis huéspedes celestes, tan asiduos
cantores, tan de cerca,
tan de huerto cerrado y pobres tapias,
tan de lluvia y celindas, tan de veras!

Piad como esta vez, como sois siempre
de alados, como cuelgan
vuestras voces y juegos bulliciosos
en el aire que huele a lila y menta.

Tú, ruiseñor, el trino entreverado
de magnolia y estrella.
Y tú, mirlo, tus silbos casi azules.
Tú, urraca, tu cascada voz de tierra.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Vosotras, golondrinas, vuestra albórbola
cotidiana y obrera.
Tú, oropéndola, el eco espejeante
de un interior sonoro de colmena.

Con mi niñita nueva bajo el brazo
llego a la primavera,
¡mirad que os la presento, aún con escarcha,
recién hecha de amor, y nuestra, y vuestra!

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL LENGUAJE

POR

LUIS ROSALES

EL SIMBOLISMO Y LA EXPRESION

1

El nacimiento de la expresión.

ENTONCES la palabra aun era luz: luz viva, que hizo distinto lo mezclado y separó las aguas de la tierra. Su pura claridad la hizo obradora. Viendo volver la vida, sintiendo sobre el párpado el peso temporal de la luz, Adán se despertó. Los ojos entornados, ensombrecidos, contemplaron el día, como tejido en un telar que formaban las hojas, las ramas, las pestañas. Aun no había sido el silencio, y las cosas reales se encontraban diciéndose, entretejidas con la luz. Mientras Adán, mirándolas, las escuchaba, fué recordando que había tenido un sueño... Pero ahora no era un sueño. Allí, junto a su lado, sintió un ruido. Acompasado, monótono, carnal; tal aire que aventura su paso entre hojas húmedas, enmudecidas, no entre hojas secas, vibradoras. Era un ruido como de agua que le fuera llenando el corazón. Giró

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

los ojos, descubridores hacia el ruido. Allí, casi en el hueco de su cintura, Eva dormía. Por vez primera, con los ojos extrañados, ajenos, adoloridos, la contemplaba Adán. Por vez primera comprendió que el silencio callaba. Suave, lentamente, cayó una hoja del nogal, que, revolando, vino a posarse sobre el rostro dormido. Resbaló, sin despertarla, de la mejilla al hombro. Resbaló. Y miró Adán aquella carne, tácita y muda, como a una triste y diferente substancia mineral. Igual que en ella, todo era en la durmiente no sólo extraño, sino exterior. Pues la presencia de la azucena o de la rosa eran igual que una palabra escrita: una palabra donde las flores se decían ante él; mas la presencia de Eva era tan sólo una pregunta muda, una pregunta sin palabra. Allí estaban las flores, incomparables, *dichas* y persuasivas, junto a su cuerpo mudo. Mas la carne durmiente, era una pura extensión taciturna, igual que un pétalo de mármol. Y aun el mármol inducía la palabra de Adán: tan sólo ella callaba. Y, sin embargo, cuando cerraba los ojos seguía viéndola, mientras sentía la sangre con una pulsación acelerada, desoseída. Y la volvió a mirar. Sobre los hombros de Eva se posaron los pájaros, reídores, convencidos. No la extrañaban, no la sentían ajena como él.

Entonces Eva se movió. El movimiento la recreaba, la armonizaba embelleciéndola, y, en cierto modo, la decía, iba diciendo su figura. Ahora la estaba viendo levantarse, incorporándose hacia algo. Todo su cuerpo se movía desde dentro, se movía por sí mismo, como si hubiese en su interior un alear que despertara. Y vió Adán que aquel cuerpo, erguido sobre el pie, era una melodía. Ahora estaba mirándole. La dulzura le hacía los ojos hondos, y allá, en el fondo de ellos, estaba él mismo, pero quieto, pequeño, maniatado. Para sentirse libre movió las manos dominadoras sobre el cuerpo desnudo. Vió que la carne palidecía primero; después se amo-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

rataba, casi amarillamente, bajo su mano, como pulpa de manzana al contacto del aire. Sintió un temor pasmado, y un llanto triste que se le hacía de miel bajo la lengua. Quiso marcharse, quiso huir. No pudo hacerlo. Por vez primera obedecía. Y sólo entonces, entre la espesura de la boca de Eva, vió un movimiento claro. Vió el nacimiento de la sonrisa, y comprendió que algo había en ella derramado hacia él. Y la sonrisa fué primero como un punto de luz sobre los labios, que rosaba su palidez igual que amaneciéndolos. Luego fué un movimiento que recorrió todo su cuerpo como una tibia onda: trémula y tímida en la garganta; rotunda, amplia y concéntrica en la suave convexión del vientre. Era como si la carne se fundiese, se deshelase; la carne de aquel cuerpo que había visto dormir cuando el sueño no era descanso todavía. Y la sonrisa fué como un deshielo, como un latido único, que agolpaba toda la sangre de Eva en cualquier punto de su cuerpo donde Adán la mirase. Sobre el hombro derecho, la sombra de unos pámpanos, alucinantemente, se entremovía. Y allí, precisa y sucesivamente donde Adán la miraba, se abría la carne a sonreír. Dorada, inacabable y soleada, callaba Eva riendo. Ambos vivían la misma risa; y la alegría entrelazó sus almas igual que un nudo fuerte, irredimible y expresivo. Y advirtió Adán que se interiorizaba Eva, en aquel punto de su cuerpo desde el cual sonreía, como si la palabra de la carne perdiera su mudez, transparentando el alma al sonreir. Entonces la abrazó. Sólo después de la sonrisa la pudo conocer.

2

El gesto.

Como la voz y la palabra, no, como la voz y el eco, como la imagen en el espejo, fué aquella risa la primera revelación

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

que tuvo Adán del alma. Tácita, pero expresa; balbuceante, mas casi bosquejada, vió ensimismarse el alma entre los labios de Eva, iluminados, reidores. La expresión los fruncía y ajustaba en una leve curva vegetal, hasta dejar una vibración imperceptible impresa en ellos; y esta impresión se acentuaba más y más, ahondando su repliegue junto al extremo de la boca, como tirando de los labios hacia adentro, hacia un adentro espejeante donde se les verificaba la sonrisa.

Aquella retracción gozosa de los labios era una indicación del enlace expresivo: iba de dentro afuera, modelando de nuevo su contorno, desdibujándoles, igual que la avidez del contacto del agua cambia la forma de la sal. El ánimo expresivo se deshojaba del movimiento de los labios, se desprendía y enajenaba de ellos, y, a flor de alma, se cumplía. Detrás de la sonrisa, y ocasionándola, había una actividad interna sobre la cual se sustentaba su expresión. En lo exterior se hacía evidente lo interior, estableciendo entre ellos una correlación indivisible. Evidenciados, bajo el rescoldo de la sonrisa, se correspondían, fidelísimamente, gesto y alma. Con un rubor activo, la emoción se ensimismaba entre los labios al expresarse. Entonces llamó gesto al ejercicio de aquella muda exterioridad o aspecto corporal que hacía patente al alma. Y a aquella relación flúida que vinculaba al alma con el gesto dió el nombre de expresión. Ambos se reflejaban mutuamente, y mutuamente se condecían. El gesto se interiorizaba en la expresión, y la expresión se hacía patente con el gesto. El gesto estaba dirigido hacia fuera, derramado hacia él, hacia Adán; la expresión estaba convertida hacia dentro, introvertida, iluminando y alumbrando la intimidad de Eva. Era un decir donde ella misma se decía. Y, finalmente, comprendió Adán que el gesto y la sonrisa no se correspondían de manera simbólica, sino natural. El carácter representativo de la expresión, no era meramente intelectual y como aña-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

dido por reflexión a la sonrisa. En su naturaleza estribaba su sentido. La misma actividad anímica que la hacía necesaria la hacía también significativa. La sonrisa se naturalizaba, al mismo tiempo, sobre la carne y sobre el alma. Era expresión y gesto, juntamente.

3

La expresión considerada como el origen del lenguaje.

La vieja tradición popular española suele considerar a la expresión como el lenguaje del alma. Con ello se analogan, aunque sea metafóricamente, el simbolismo y la expresión. Mas, desde el siglo XIX, también la tradición lingüística y cultural, de origen o de influencia evolucionista, viene considerando, tácita o expresamente, a la expresión como el origen del lenguaje. Lo necesario no es extraño; y era propio y necesario al optimismo historicista de aquel siglo, pensar que la palabra fué un invento del hombre, una cosa descubierta o encontrada por él. Gesto expresivo, palabra oral, palabra escrita, y carácter de imprenta serían las distintas fases de un único proceso histórico-perfectivo. Al través de él, la expresión, como núcleo esencial, se habría cambiado, pero tan sólo necesaria y evolutivamente. Sin afirmarla, ni negarla, descompongamos nosotros, críticamente, esta opinión.

La palabra hace patente la actividad anímica, y la expresión también. El gesto es un signo representativo igual que la palabra. La palabra es un signo expresivo igual que el gesto. La expresión, por tanto, establece la referencia representativa entre las realidades y los signos, que es función peculiar del lenguaje. El lenguaje establece la referencia expresiva entre los estados de ánimo y los signos, que es función específica de la expresión. Pero el gesto tiene un carácter más

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

espontáneo, inmediato y natural, que la palabra hablada, y, por tanto, parece que se encuentra con ella en la misma relación histórica que ésta debió tener con la palabra escrita. Dentro del orden del pensamiento evolucionista, es lógico inferir que este carácter *natural* (?) del gesto le hace anterior a la palabra. En el carácter necesario y representativo de la expresión tiene el lenguaje su raíz, pues siendo el gesto una palabra implícita, de modo irreparable y progresivo condujo a ella. Así, pues, el lenguaje debe considerarse como el más alto grado histórico-perfectivo alcanzado por la expresión.

Añadiremos que el paso del gesto, tácito y corporal, a la palabra como expresión sonora, es fácilmente comprensible, puesto que el gesto elemental no es siempre mudo. La interjección es un gesto sonoro, una descarga oral, expresiva, natural y de modo inmediato convincente. Asimismo, el suspiro, que propiamente no significa nada siendo la máxima expresividad. Ellos serían como el puente de tránsito entre la expresión tácita y la oral. No solamente tienen el mismo arranque natural, sino la misma forma de actividad comunicable. Y ésta se apoya de manera directa en la visión. Interjecciones y suspiros *dicen* su contenido, situándonos directamente frente a un estado de alma sumamente complejo. Mas quizá, no lo dicen propiamente, nos sitúan ante él, sin descomponerlo previamente en sus parciales integraciones significativas. Lo totalizan por referencia o sugestión. Radica en esta integridad su extraordinaria fuerza comunicativa. Nos sitúan de una manera enérgica, inmediata, *visual*, frente a un estado de ánimo total; podría decirse que nos oponen a él. Harían falta palabras y palabras para descomponerlo y describirlo significativamente, y aun quizá el esfuerzo no lograría fortuna. Pero la interjección súbita, involuntaria, salta el cercado lógico, salva el rodeo, y lo sitúa directamente, con ciega plenitud, frente a nosotros, subrayando su valor expresivo con el gesto y el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tono, es decir, apoyando su significación y enriqueciéndola de modo sensorial.

> Dijo a la lengua el suspiro:
> échate a buscar palabras
> que digan lo que yo digo.

Sería inútil. Interjecciones y suspiros no son palabras sino tan sólo en un sentido: ser el resumen de una historia. Repetimos que es en este carácter de totalidad donde radica su extraordinaria fuerza comunicativa. Y también en su carácter visual. La interjección no la oimos propiamente al escucharla: casi la estamos viendo. En el lenguaje poético se designa metafóricamente la interjección como algo llameante, es decir, como algo que nos ilumina súbitamente, como algo que nos quema, como algo que se ve, que se materializa, sobre el labio. "Blasfemias de cresta roja", dice García Lorca visualizando la expresión interjectiva. Y, en efecto, nuestra aprehensión de ella no es reflexiva, sino instintiva, completa y como visual, puesto que la visión es un sentido, naturalmente configurador, que percibe directamente el orden, la presencia total, y después discrimina el detalle, en tanto la audición es un sentido temporal, como inarticulado y fragmentario, que va haciendo sucesiva su percepción, hasta configurarla en una arquitectura de sentido total. La interjección es un gesto sonoro, una palabra que se ve. Su propio contenido es el resumen alegórico de una historia. Este gesto sonoro ya es verdaderamente una palabra.

Ahora bien; la palabra era más fácil, más económica de ejecución que el gesto corporal. En el gesto tenía que intervenir de manera compleja todo el cuerpo para hacerse expresivo. Y como la expresión sonora era más fácil, más eficaz y susceptible de desarrollo perfectivo, y también, menos ocasionada a confusión que la expresión corporal, la despla-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

zó, aunque no enteramente. Y así, de la expresión tácita, visible y corporal, nace el tránsito histórico a la expresión auditiva y sonora. Esta expresión es el origen del lenguaje o, mejor dicho, es ya el lenguaje.

Tan sólo advertiremos que es preciso ponerse de acuerdo sobre el contenido de estas palabras: lenguaje y expresión. La opinión anterior sólo es razonable partiendo de una determinada definición de ambos términos. Y, además, no siempre lo razonable es verdadero. La razón va siendo, para el hombre de hoy, la voz de la sirena, cautivadora, pero letal. La vigencia de la expresión como origen del lenguaje no nos parece justificada, pues, sobre no esclarecer demasiado el problema de los orígenes, extravía la recta comprensión de su sentido. En las páginas que siguen intentaremos demostrarlo. El lenguaje le es natural al hombre igual que la expresión. Hablamos del mismo modo que sonreimos o lloramos. Lo que el lenguaje humano es, no puede, en modo alguno, analogarse, ni deducirse de ella. Son dos mundos distintos, inmanentes, totales y cerrados.

4

El proceso original de la palabra.

Supongamos que, efectivamente, la palabra fué decantando su naturaleza actual en un proceso histórico, y analicemos lógicamente el desenvolvimiento natural de este proceso. Debió tener tres fases, en que cada una de ellas, integrando las anteriores, completara la arquitectura de la palabra. En la primera, subrayaría tan sólo nuestra atención a las cosas presentes. Esto es un río, una palmera, un hombre o una flecha. El hablar aun estaría dentro del ámbito del ver. Toda palabra se refería a un objeto pre-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sente, como si le señalara con el dedo. Discernía, demostraba, lo que encontraba ante los ojos. Se refería a un objeto determinado, mas sin representarlo todavía: le indicaba tan sólo, y su discernimiento se concretaba por el gesto de indicación que le servía de apoyo. El gesto era el nexo de unión entre presencias y palabras. Estas aun no tenían una función autónoma; no podían ser comprendidas sin el gesto; no eran independientes de él; y tan sólo servían para subrayar su indicación. Propiamente pertenecían al ámbito de la expresión y no al del simbolismo. En consecuencia, dentro de esta primera fase, la palabra es meramente indicadora, es decir, puro gesto en su función elemental.

En la segunda, es el recuerdo quien brinda su independencia a la palabra, pues la memoria puede atraer hacia sí a aquellas realidades que nos son circundantes y no presentes. No depende, de manera inmediata, de la presencia y la visión. Y la palabra rememoradora —la palabra en esta nueva fase— es igual que una cruz puesta al pie de las cosas, en el sitio donde ellas estuvieron, para fijarlas en la memoria. El recuerdo es ahora el nexo de unión entre presencias y palabras. Estas están ya referidas directamente a la realidad. No son indicaciones, sino persistencias, imágenes. Cuando decimos "casa", representamos en nuestro interior la imagen persistente de aquella realidad que contempláramos. El contenido significativo no se edifica con sensaciones, sino con representaciones. No indica, pues, la realidad: la representa. No se apoya en el gesto, sino en el recuerdo. Esta palabra que llamaremos representativa, tiene una suerte de poder indeleble, que ni aun la acción del tiempo puede borrar. En ella puede descansar la naturaleza su fidelidad consigo misma, pues la memoria establece en la palabra representativa la unidad de sus cambios. No solamente sirve al hombre para salvar la ausencia de las cosas, sino también para fijar su va-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

riabilidad, pues la diversidad de sus transformaciones históricas está también representada en la unidad del nombre. Por medio del lenguaje ha ido el hombre tomando posesión de la naturaleza, salvando no sólo la inestabilidad de su presencia, sino también la de su fluir dentro del tiempo.

En la tercera fase asume la palabra una nueva función. Rememorar es una suerte de invención en la cual recreamos la realidad al encontrarla ausente. El recuerdo no indica meramente a las cosas: las representa; no depende de la realidad, sino para sujetarla a su dominio. La palabra representativa atrae hacia sí las cosas mencionadas, es decir, *puede sustituir la realidad de la presencia de las cosas.* Con ello el paso decisivo hacia la creación del lenguaje puramente simbólico estaba dado, pues la palabra era una *fuerza* que simbolizaba la presencia de aquellas realidades, que no podían evidenciarse por ningún otro medio. Desde indicar la realidad presente pasó el lenguaje a recordar la realidad pasada, y con ello, de la palabra indicadora o demostrativa, a la palabra representativa o rememoradora. Y de la acción de fijar lo transitoriamente fugitivo o ausente, pasó el lenguaje a evidenciar aquellas realidades ideales que sólo pertenecen al ámbito del alma; y con ello de la palabra representativa a la palabra simbólica. Este proceso independiza la palabra del gesto, y completa la arquitectura de la palabra, que, sucesiva y simultáneamente, fué señal, signo y símbolo.

Resumiendo diremos: de la expresión corporal, emotiva y refleja, pasó el hombre a la expresión voluntaria y sonora: desde el gesto expresivo hasta el signo lingüístico. De la mera indicación de las cosas presentes pasó a representarlas y abstraerlas, fijamente, dentro del ámbito de la memoria. Mas tarde, completó la arquitectura de la palabra, merced al tránsito de la representación al simbolismo, de la memoración a

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

la invención, pues la palabra era una fuerza que sirvió para evidenciar y para realizar, ante los demás y ante nosotros mismos, la presencia de aquellas realidades que, ideales y anímicas, por su pertenencia a nuestro mundo interior, carecían de presencia. Con ello la expresión se había adueñado íntegramente del universo. Señalar a las cosas presentes; suscitar los recuerdos; designar las ideas y evidenciar los sentimientos y los mitos fueron sus diferentes finalidades perfectivas. La propia intimidad del hombre —sentimientos, ideas, fantasías— sólo podía ser objetivada por medio de él. El lenguaje encarnaba y dotaba de verdadera corporeidad a la abstracción. El nombre hacía real la actividad del alma.

Añadiremos aún, sin insistir sobre ello, que en la medida justa en la que el hombre acrecentaba su lenguaje iba ensanchando el ámbito de su conciencia. Conciencia y lengua son hechos estrictamente paralelos. Y así, tras la palabra indicadora de lo presente vino súbditamente, subordinadamente, la palabra simbólica realizadora de la abstracción. Desde nombrar, por ejemplo, la mesa, llegó el hombre a fijar la atención, y con ella el lenguaje, sobre su conciencia. ¿Qué hubiera sido de ella, de nuestra pobre alma, sin el proceso lingüístico irreparable, determinativo y anterior, de fijación de la realidad física y concreta? Parece lógico, desde luego, afirmar que la evolución lingüística no debió realizarse por el tránsito de lo complejo hacia lo elemental, de lo sensible a lo insensible, y de lo abstracto a lo concreto, sino al revés, pues de otro modo, el tránsito hubiera sido regresión y no progreso. Pero, ¿hasta qué punto fué necesaria la evolución para formar nuestro lenguaje?, ¿hasta qué punto puede explicarse evolutivamente la facultad de hablar?, ¿hasta qué punto la evolución no contradice su sentido? El lenguaje, ¿no será más bien un hecho natural que un hecho histórico? ¿Pudo crear el hombre, justamente, aquel instrumento que le hizo hombre? Y, final-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mente, ¿qué extraña cualidad posee la energía anímica para ser perfectiva y no degenerativa como todas las fuerzas conocidas?

Sin adentrarnos, por ahora, en esta problemática, indicaremos sólo, que lo importante para la lingüística, hasta hoy, no ha estribado tanto en explicar el lenguaje en sí mismo, cuanto en esclarecer su evolución, y por ello su labor no se ha orientado aún a encontrar el sentido de su origen causal, sino la línea simple y racional de su facilidad evolutiva. La induce a ello este "pudor intelectual" que es la característica de nuestra época, y consiste en un vago sentimiento de inhibición y de sonrojo cuando la inteligencia toca sus propios límites. El problema de los orígenes del lenguaje es un tema tabú. No debe ser tocado. ¡Ay! no es tema científico. Mas, ¿no debieran al menos subrayarse aquellas causas que de *manera lógica* determinaron su creación?

Como todo instrumento, debió constituirse sobre su propia necesidad; debió crearse para llenar una función precisa, un hueco necesario. Hablando antropológicamente, y de tejas abajo, cabe afirmar que fué su propia necesidad la que dió origen al lenguaje. Mas la lingüística se ha planteado, elusivamente, este problema. No ha buscado las causas que le pudieron dar origen. Aceptando, como un hecho, su evolución histórica, descompuso el lenguaje, analizando sus diversos elementos constitutivos, para encontrar el elemento simple, ¿natural?, considerándole, por este carácter natural y sin nueva instancia, como su núcleo histórico originario. Ya vimos cómo el elemento más simple del lenguaje era el estrato indicativo, en el cual la palabra aun no ha logrado autonomía, se apoya en la función elemental del gesto, y como tal, aun está radicada dentro del ámbito genuino de la expresión. Esto es bien cierto. Mas el criterio histórico dedujo de este carácter de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sencillez o simplicidad su carácter primario, y el criterio evolucionista, su carácter natural. Y esto ya no es tan cierto, y además se encuentra en abierta contradicción con el sentido del lenguaje. A esta manera de planteamiento llamamos elusivo. Nosotros le plantearemos bajo la instancia de esta pregunta: ¿Cuál es la humana necesidad que origina el lenguaje? Pues creemos método más adecuado el que deduce los hechos de las causas, que no aquel que induce las causas de los hechos. El arroyo no nace de la anchura o sencillez del cauce, sino de la fluencia del deshielo.

5

Aplicación del concepto de necesidad al proceso original del lenguaje.

La expresión, entendida en su más amplio sentido, hace patente la realidad. La realidad, está constituída, no sólo por la patencia de las cosas, sino también por la instancia que aquéllas ejercitan sobre nosotros. Ambas son como el haz y el envés de una misma unidad. Así, pues, la patencia y la instancia son los elementos que indispensablemente constituyen la realidad. De modo general, llamaremos presencia a la patencia de las cosas, y expresión a su instancia. Cuando falta uno cualquiera de ambos requisitos, no tiene el hombre verdadera percepción de lo real. Presencia y expresión son la viva materia sobre la cual edificamos nuestras percepciones. Las cosas son reales, no sólo por patentes, sino también por expresivas. Por ello hemos afirmado que la expresión plenifica la realidad. Pero también la radicaliza, pues que las cosas son percibidas en tanto que expresadas. La realidad, para

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ser plenamente real, necesita de una expresión y de una forma, es decir, de una instancia y de una patencia, universalmente objetivables.

Ahora bien; existen realidades —torre, pájaro, amarillo— cuya presencia se nos hace evidente de una manera propia e inmediata. Nos dicen con su presencia, su expresión, es decir: su palabra; con su palabra su plena realidad. El lenguaje del hombre para representarlas, debe tan sólo traducir su manera de hablarnos, esta voz de las cosas, esta palabra muda y total que ellas nos dicen, constituída por su presencia y por su instancia. Pero, además, hay otras realidades, ideales y anímicas, cuya existencia debe hacerse patente por algo que no sólo las exprese, sino que también les sirva de presencia; y en gracia de ella, las represente y objetive. Podría decirse que son *realidades defectivas*, pues rigurosamente carecen de presencia. Actúan sobre nosotros desde la instancia única de su expresión. Pertenecen al mundo interior, encontrado, descubierto o creado por el hombre. Rigurosamente se puede afirmar de ellas que su forma genuina de realidad sólo la encuentran en el lenguaje. Adquieren verdadera corporeidad formal merced a él. Realidades defectivas —imaginativas, conceptuales, anímicas—, sólo por mediación de la palabra pueden objetivarse y hacer patente su realidad incompleta, radicada sobre aquel elemento que anteriormente hemos llamado instancia o expresión. Aun a nosotros mismos, que las sentimos como propias, nos es preciso objetivarlas para saber que son reales, para saber que no son sólo un sueño que soñamos nosotros, o un sueño que nos sueña.

Y ¿en dónde puede el hombre confirmar su propia alma y concebirla como real, no como puro sueño? (Insistimos en que la presencia objetiva es una determinación ineludible de lo real en su sentido pleno.) ¿Cómo patentizar aquellas realidades que sólo se definen como una instancia en nuestra in-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

timidad y que, por tanto, carecen de presencia adecuada para poder objetivarse por sí mismas? Indudablemente, la más honda y dramática necesidad que el hombre tuvo *fué hacer patente el alma, y evidenciar ante sus semejantes y ante sí mismo aquellas mudas realidades que la constituían.* Su propia intimidad no era plenamente real sino al sentirse confirmada, y esta confirmación no era posible sin hacerla patente ante los ojos de los demás. El ser mismo del hombre dependía, de manera urgente y necesaria, de la resolución de este problema. No le bastaba sentir su vida interior como una instancia, allá en los dentros de su ser: era forzoso objetivarla, era forzoso dotar la actividad anímica de presencia real. Esta invención de la presencia tácita y anímica, fué la necesidad profunda que motivó la creación del lenguaje. Tuvo el hombre que hablar para ser hombre. La palabra hizo evidente, y realizó ante sus ojos y ante los ojos de los demás, la presencia inasible del alma. Puede afirmarse que tan sólo el lenguaje le hizo hombre. Don milagroso. En virtud de él fué revelando, descubriendo, confirmando y recreando su propia intimidad. Pues el alma del hombre, en cierto modo decisivo, es un don del lenguaje.

* * *

La expresión radicaliza la realidad de las cosas que nombra. Pero es bien claro que el hombre no tuvo verdadera y última necesidad de realizar el esfuerzo que representa la creación del lenguaje para designar a la circunstancia concreta y sensible que le rodeaba. Pues la naturaleza estaba hablando frente a él. Su presencia nos decía su palabra. Para hacerla patente ante los demás hombres, hubiérale bastado señalarla. La mera indicación, con el gesto o el dedo, era expresión capaz y suficiente. El lenguaje

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

animal patentiza las cosas del mismo modo. Y la señal es en este sentido no sólo más natural de ejecución, sino también menos confusa que el simbolismo. No le era necesario, al menos profundamente necesario, darles nombre, es decir, crear un signo que más bien desrealizaba que realizaba su presencia. Parece lógico afirmar que la mera indicación de las cosas presentes, constituye *tan sólo aquel grado de necesidad mínima que originó el lenguaje.* Ahora bien; si la lengua constituye el esfuerzo más alto de la creación del hombre, y como todo instrumento nació de su necesidad, su creación no pudo estar regida por la necesidad de designar lo que estaba presente, lo que ya estaba de modo natural, inmediato e irreparable, como *dicho* ante él. Sustituir a la voz de las cosas por nuestra propia y personal palabra, pudo ser una necesidad, pero no radical. Carecía de sentido. Los nombres de las cosas los eran ellas mismas. Bastaba señalarlas y no simbolizarlas, para distinguirlas. El esfuerzo creador del simbolismo, así entendido, hubiera sido un puro lujo. Mas no fué un lujo ciertamente.

Pues la función esencial y definidora de la palabra no es la función indicativa. Sobre el recuerdo, no sobre convención alguna racional, se organiza la lengua. El contenido de la palabra, su genuinidad o mismidad, no es una idea, sino un recuerdo actualizado. Esta materia viva del recuerdo se descompone posteriormente en fantasías, sentimientos, ideas. Así, pues, el lenguaje nació como un recuerdo que reconstruye la realidad ausente, o bien la realidad caediza que el tiempo deshojó. ¡Ay! ¿dónde están las flores y las nieves de antaño, y el color de los ojos de Eva, cuando desaparecen y se resumen en la corriente temporal? ¡Ay!, ¿dónde están los besos de su boca, y la luz triste de la caída de la tarde que se iba haciendo rosada y silenciosa? Contestando al recuerdo nació el lenguaje. Nació para fijar la caridad de su pregunta.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

"Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?;
¿qué fueron sino verduras
de las eras?"

La voluntad del hombre quiso fijar aquel verdor. Quiso lograr que las cosas volanderas, huidizas, residenciaran su permanencia en el cristal de la memoria. No supo resignarse con su pérdida, y recordando lo que fueron, fué actualizándolas y convirtiendo en presencia indeleble su evocación... Aquel color unísono y dorado de su carne, ¿no era un agua con sol, una imagen, con luz casi verbal, allá en la linde de su memoria? Hablar fué ver volver lo que perdimos. El lenguaje rehizo íntegramente la realidad en una alegre convocación. El dió a la vida, a la fluencia histórica, su forma pura y perdurable. Volvió a vivir y a revivir la vida por la virtud del simbolismo, por la resurrección del simbolismo que al alma de las cosas ausentes le daba cuerpo donde encarnar. En el nacimiento del lenguaje simbólico, como en un Juicio Final, vió el hombre la resurrección temporal de las cosas de una vez para siempre. Todo aquello que había vivido y había tenido alma, podía encontrar una palabra, un signo, que le hiciese indeleble. Allí, contenida en la imagen verbal, radicaba la realidad, pálidamente hermosa, pero fiel. *La función rememorativa fué el grado de necesidad suficiente que originó el lenguaje.*

Pero, además, puesto que el nombre es sólo un símbolo que manifiesta una presencia oculta en él, era ya fácil y casi ineludible comprender que serviría para informar aquellas realidades, mudas y defectivas, que sólo nos decían su instancia o expresión dentro del ámbito del alma. Merced a la

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

palabra podría simbolizar el hombre la realidad anímica de su mundo interior, que no era susceptible de objetivación por ningún otro medio. Y como aquella intimidad era su propio ser, la palabra le serviría para realizarse e inventarse a sí mismo. La palabra sería el espejo donde el hombre pudiera contemplarse. Ver y ser visto juntamente.

"El ojo que ves no es
ojo porque tú le miras:
es ojo porque te ve."

La necesidad urgente y superior del simbolismo no pudo consistir solamente en señalar o recordar la presencia real, sino en evidenciarla o inventarla. Evidenciar y realizar el alma fué el grado de necesidad máxima que originó la creación del lenguaje. Antes que otra cualquiera, debió de hacérsele imperiosa la expresión de la intimidad. Pues que las cosas eran queridas, ¿qué era el amor? Pues que las cosas se le ausentaban de los ojos, se le caían de la mirada, ¿qué era el tiempo? Cuanto más inasible y más profunda la realidad, más acuciosa era la instancia de su expresión. La realidad sensible, perfectiva, ya era palabra dicha ante sus ojos. La realidad anímica, defectiva, era palabra muda y huérfana, a la que sólo el simbolismo podía hacer evidente y objetivable. De recordar, debió pasar el hombre a realizar su propia alma. El recuerdo fué modelando la palabra simbólica. Y ya estaba terminada su hechura desde el instante mismo en el cual se le había hecho al hombre necesaria. Habló, pues, por vez primera, para rememorar, descubrir y evidenciar la realidad oculta, latente y defectiva. Su primera palabra fué simbólica. El simbolismo es el origen y el carácter esencial de la lengua del hombre.

El lenguaje es un instrumento: el instrumento noble y

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ejemplar cuya propia función fué nuestra alma. Igual que todo instrumento, tan sólo pudo originarse de su misma necesidad, y estuvo ya previamente configurada en ella. Lo que el lenguaje es, tuvo que consistir en el despliegue de su necesidad causal. Ya sabemos que el grado *mínimo* de esta necesidad es la función indicativa; el grado suficiente: la función rememorativa y representativa; el grado máximo: la función inventiva y simbólica. Rememorar es ya simbolizar. La verdadera necesidad primaria (máxima o suficiente: en ambos casos motivadora del lenguaje) no es la función indicativa, sino la simbólica, es decir, la función que concede a la palabra su plena autonomía y el despliegue total de su virtualidad. De la simplicidad de la función indicativa no puede deducirse su carácter primario. El simbolismo no es perfectible, sino perfecto. En consecuencia, diremos que *aquel conjunto de realidades o instancias anímicas que de manera irreductible y última constituyeron la humanidad del hombre, fueron, precisamente, las realidades que, organizadas como necesidad, motivaron la creación del lenguaje.*

* * *

La aplicación del concepto de necesidad a la creación del habla implica, ahora, una importante aclaración. Con ella evitaremos probables confusiones. Toda necesidad puede considerarse dividida en dos aspectos distintos: el natural y el histórico-cultural. Es claro que la necesidad de la expresión anímica es natural y es cultural a un mismo tiempo, puesto que el hombre —en tanto hombre— se naturaliza y desciende de su alma. Somos la viva revelación del alma, la voz del alma. Pero esta revelación de ella que somos, fué descubierta de manera histórica. Pues si en ella nos naturalizamos, no es menos cierto que hemos tenido que descubrir tenaz e histórica-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mente —sin acabarlo de conseguir— la fluencia de esta filialidad. La realidad del alma es tanto un don como un esfuerzo histórico. Así, pues, la que llamamos necesidad de la expresión anímica, debe de ser considerada como necesidad natural del lenguaje. Y la expresión de su descubrimiento debe de ser considerada como necesidad histórico-cultural. Instante, pero también latente, y ya perfecta en él, aun tuvo y tendrá el hombre que descubrirla penosamente. Cuando Dios quiso, naturalmente la tradujo el lenguaje; cuando el hombre se hizo problema de ella, culturalmente la descubrió y acrecentó.

6

La acción simbólica como hecho natural.

Por todas partes se va a Roma, cuando se llega a ella. En consecuencia, tomaremos nuevo camino para probar la primacía y *naturalidad* de la función simbólica. El origen del habla, como el de toda verdadera nobleza, es una tradición inmemorial. Mas lo que el hombre es, lo fué por ella. Esto, a veces, se olvida.

La creación del lenguaje, ¿es un hecho natural o cultural? ¿Es un descubrimiento o es un don? ¿Hablaba el hombre, naturalmente, igual que amaba? ¿El idioma aborigen era una suma de hablas individuales, que luego, históricamente, se fueron decantando en una lengua?

Tratemos de no extraviarnos en esta selva virgen. Venimos hablando del lenguaje, entendido en su sentido más amplio, como la facultad de hablar, o el puro vínculo común a todos los idiomas. Este no pudo originarse por convención, pues el lenguaje es un hecho natural: la lengua un fruto de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

cultura. Conciencia y lengua son hechos estrictamente paralelos y, a veces, interfieren sus líneas, extraviando nuestra interpretación. La acuñación de la imagen verbal y, sobre todo, la conexión lingüística, o si se quiere la conexión del pensamiento, dependen con entera certeza de una facultad humana independiente y genuina: la facultad simbólica. No es lógico creer que el resultado de la acción correspondiente a esta facultad pudiera establecerse por convención de actividades diferentes a ella. Por tanto, el resultado de la acción simbólica —el lenguaje— estaba ya preestablecido y ordenado de modo fisiológico y natural. Decir que el hombre fué organizando y descubriendo por pactos sucesivos el simbolismo, equivale a decir que fué constituyendo, por mutuo acuerdo con el prójimo, el pensamiento. El fruto del acuerdo intelectual es la cultura, pero no el pensamiento; el fruto del acuerdo expresivo será la lengua, pero no el lenguaje. La acción simbolizadora estriba en una facultad, igual que el pensamiento estriba en otra. La pura actividad simbólica implicaba el lenguaje, del mismo modo que la función de la memoria determina el recuerdo. No pudo haber evolución lingüística ninguna que fuere anterior al simbolismo; el lenguaje era en su génesis simbólico. No fué la lengua, ni la expresión, que al fin y al cabo es una lengua, la que dió origen al hablar. Expresión y lenguaje son dos mundos contiguos, mas esencial y genéticamente diferentes. El lenguaje no es perfectible, sino perfecto; la primera palabra fué ya todo el lenguaje; la palabra aborigen, por la virtud del simbolismo, era ya la palabra total. Cualquiera de las partes lleva implícito el todo. Cuando el niño descubre la adecuación entre un objeto y una imagen verbal determinada, ya ha descubierto íntegramente la adecuación simbólica, y con ella, virtualmente, la plenitud lingüística. Con sorprendente acierto alude a este hecho la expresión popular española en que decimos que el niño rompe a hablar. No empie-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

za ni aprende: rompe a hablar; irrumpe en él con brusca plenitud la acción simbólica, es decir, tiene el lenguaje totalmente hecho y virtualizado cuando aun su lengua balbucea. La oposición entre el lenguaje como hecho natural y la lengua como hecho histórico y de cultura, queda inequívocamente revelada con ello. Pues es cierto que el niño no descubre una palabra, lo que descubre verdaderamente es el lenguaje. Detrás de su descubrimiento ya están latentes la totalidad de las palabras que constituyen cualquier lengua. Podría inventar su lengua personal, y aun podría acrecentar su lengua madre. Del mismo modo, el desenvolvimiento histórico-lingüístico fué tan sólo el despliegue de la virtud simbólica. El desarrollo del lenguaje *humano* —y a él solamente hemos de referirnos— consiste en un despliegue, no en una evolución. Repetimos que el lenguaje no es perfectible, sino perfecto.

7

El simbolismo.

Queda explicado que el simbolismo es el carácter esencial del lenguaje. Lenguaje humano y lenguaje simbólico son una misma cosa. Ahora debemos aclarar en qué consiste el simbolismo. Como primera puntualización advertiremos que damos este nombre, en un sentido general, al contenido semántico; en un sentido más estricto, al contenido de la palabra rememoradora o inventiva. Tomados en su más amplio sentido, expresión y significación son términos análogos al simbolismo, y así han sido y serán empleados en la parte general de este trabajo. Más tarde encontrarán su delimitación correspondiente. Es indudable que los términos facultad simbólica, acción simbólica y simbolismo son estrictamente correlativos,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

y expresan con suficiencia orgánica y precisa la actividad lingüística. A ello obedece nuestra preferencia, así como a la mayor aptitud filosófica de estos términos. Pero antes de que entremos en el estudio de sus características, es preciso advertir que el simbolismo tan sólo se realiza y adquiere viva concreción en forma de palabras. Así, pues, juzgamos conveniente detenernos en explicar en qué consiste esta primera y esencial radicación del simbolismo, que es la palabra.

8

El jardín.

Amigos, ¿no recordáis un jardín? ¿No recordáis en el jardín el color de las flores? Sí, las flores suspensas, húmedas, reidoras, entreveradas entre los liños, pero distintas; distintas, pero sucesivas; esparcidas, pero simultáneas; continuándose cada una de ellas en la alegría de la otra, como una misma risa que recorriera todo el jardín de labio en labio, de flor en flor, de cuerpo en alma, hasta llegar a ser una corriente vegetal, un agua rota pero unida, un gesto único que se está sorprendiendo a la vez en los dos ojos que nos miran, que se refleja sin repetirse y nadie puede separar. Amigos, ¿no recordáis en el jardín las flores alocadas y estáticas, vivientes, transitivas, que están siempre continuando el mismo gesto, de una en otra, siendo una sola flor y una misma palabra, que están diciendo juntas, espejándose y expresándose todas? Y ¿no habéis visto cómo en el mundo de las flores, en el jardín, el color nos parece tan sólo un accidente de la forma? Cada una de las flores tiene un color distinto, un matiz "convencido", apropiado, insustituíble, que es como la expresión de su figura. ¿No habéis pensado nunca por qué

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

causa y en qué medida depende el color de la forma? Pues sabríamos exactamente de que color serían las flores, aun cuando nuestros ojos lo pudieran borrar en la contemplación. Flores alunaradas —manutisas, mosquetas, claveles— con el color sobre la piel, con el color cascabeleante y esparcido como un lunar secreto; flores cristalinas, desnudas —magnolias, azucenas, camelias— que refractan la luz como un espejo; flores translúcidas, alucinadas —tulipanes, lirios—, cuyo color no es más que intimidad, como un esfuerzo por convertirse en expresión; flores carnales, inmémores —dalias, rosas, peonias—, cuyo color es la sonrisa de su carne, el esfuerzo de su carne por convertirse en luz; flores filiales, repetidas —madreselvas, celindas, violetas—, como enjambre de abejas, cuyo color es una vibración que nos retrae la soledad. Entonces, ¿comprenderéis por qué puede decirse que el color de las flores se encuentra en ellas como en función de su figura, y por qué su matiz es una adecuación, es una suerte de convencimiento o armonización expresiva de su forma? ¿Hacia dónde se colora, se sonroja esta flor? ¿No observasteis cómo el color se manifiesta siempre en ellas, en un proceso gradual de intensificación, que va de dentro afuera? El interior de una corola siempre es más claro, menos nítido que su linde, *porque donde las formas se determinan últimamente y completan su desarrollo, se determina y resuelve el desarrollo del color*. O bien, ¿no recordáis las campanillas, las espuelas?: en su curva de mayor desarrollo se define e intensifica la coloración, como en un cuadro donde el color está siendo decidido por el dibujo; siempre está siendo atraído hacia sí por la línea esencial.

Sí, amigos, son las flores las que hacen el jardín. Sin flores no hay jardín. Concilian su distinción bajo nuestra mirada, como una misma risa vegetal que se comunica alegremente de labio en labio. Asimismo hemos visto que el color de las flores está determinado, en cierto modo, por su forma.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

El color de las flores es un accidente que llamaríamos expresivo si...

Y ahora hablaremos de la palabra. Ella también es un jardín que hacen diversas flores.

9

La palabra.

Es el último elemento donde radica el sentido del lenguaje. No se puede descomponer en sílabas sin romper su estructura semántica. Adelantando el pie con timidez, en el terreno de la definición, insinuaremos que la palabra es la unidad fonética indivisible y con sentido simbólico propio. Ahora bien; como a nosotros no nos interesa sino este último aspecto, la desnudaremos de su misma corporeidad para considerarla únicamente como unidad significativa.

Pero es perecedera toda virtud y gloria humanas, y este sentido propio le fué negado a la palabra. No le valió ser una dulce, y casi milagrosa criatura del Señor, y estar viviendo aún, como diciéndose en sus labios. Al adentrarse críticamente en su intimidad, se descubrió que ella es un cuerpo destituído de unidad funcional, un cuerpo en el cual no radica su alma. Su sentido lo toma de la proposición donde se encuentra inserta. Y, además, su contenido contextual es unívoco, no único, y se desdobla en la dicción en muy distintas aserciones; su significación oscila en un campo de acción extenso y casi virtualmente ilimitado. Cierto que esta polaridad se concreta manifestándose, pero es cierto también que nuestro decir no delimita a la palabra con justeza. En cada perspectiva, en cada situación histórica —también en cada labio— contiene la palabra una distinta signifi-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

cación, igual que la mujer, que cada vez que se desnuda ante alguien, tiene un alma distinta. Generalmente se ha inferido que esta variabilidad semántica de la palabra, depende propiamente de su valor dentro de la oración. Por esta dependencia, su significación no es en verdad orgánica y, en consecuencia, no se la puede considerar como unidad de sentido, por no estar éste en ella estrictamente delimitado. Queda así manifiesto que la palabra no tiene un contenido fijo e independiente, sino funcional. En virtud de ello, la oración pasa a ser la verdadera unidad semántica indivisible, la estrella con luz propia. La palabra fija la oscilación de su sentido dentro de la oración, en cierto modo como el refrán que sólo puede ser comprendido exactamente en virtud del contexto.

Y ello es verdad, pero no toda la verdad. La aplicación de este concepto de unidad semántica, como algo estrictamente delimitado, carece de sentido. Rompe, como veremos más adelante, algunas de las leyes decisivas para la comprensión de la viva realidad, que es el lenguaje. Provisionalmente indicaremos que no es toda la verdad por dos razones. La primera es que el sentido de la oración depende constitutiva y esencialmente de las palabras que la integran. Constitutivamente, puesto que es indudable que sin palabras no hay oración, ni propiamente lenguaje humano, y esencialmente, puesto que es el sentido de la palabra decisiva el que atrae hacia sí la significación de la oración en donde está incluída. La palabra no sólo integra, sino origina el sentido de la proposición, y es como el núcleo vivo alrededor del cual se organiza el sentido. No es el valor de la palabra el que depende de la proposición, es el valor de la proposición el que depende de ella. La palabra esencial —la rima y la palabra poética son casos ejemplares— es una *fuerza* que hace girar al pensamiento alrededor de sí, y al-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

rededor de sí va situando a las demás palabras de la oración en una órbita determinada y fija. Además, casi todas las palabras del estrato del lenguaje que hemos llamado indicativo forman por sí solas oraciones completas e independientes. Si digo "corre", como si digo "fuente" expreso una proposición terminante y autónoma. Así, pues, la palabra no es sólo un elemento integrador del simbolismo, sino también su núcleo radical.

La segunda razón es que tampoco la oración, por sí sola, es orgánicamente significativa. No se cumple en sí misma la plenitud de su sentido. También en ella hay reticencia o, si se quiere, indeterminación semántica. Y esta indeterminación sólo puede fijar su validez dentro de la unidad sintáctica inmediatamente superior: el período. Empleo la palabra superior en el sentido de ser más comprensivo, es decir, porque comprende más. Pero, a su vez, la significación del período depende de su colocación dentro del libro o el capítulo, pues quizá su significación no puede ser fijada íntegramente sin el conocimiento de datos, cuya aparición pudo ser retrasada por alguna necesidad estilística. En su virtud, podemos concluir que tampoco el simbolismo de la oración tiene valor independiente, y, por tanto, que la significación debe ser acordada por su inclusión en una arquitectura total, que sólo porque la comprende la determina.

Es en efecto como una melodía. Igual que en ella están las diversas partes determinándose en el conjunto. Ninguna tiene, en último sentido, valor semántico independiente. La palabra, la oración, el período, siempre rinden su significación en unidades inmediatas y comprensivamente superiores. Todas son igualmente necesarias para la comprensión total del proceso simbólico. Todas, a su vez, están originándose y trascendiéndose en las demás. Pero es en la palabra donde radica primariamente el símbolo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Diligenciada ya la primacía de la palabra, continuaremos intentando su definición. ¿En qué consiste su concepto o significado?

Son numerosas, distintas y aun generalmente contradictorias las contestaciones que la lingüística ha dado a esta pregunta. Su verdad lo es tan sólo en la medida en que aceptemos, como punto de partida, un arranque histórico o científico determinado. La variedad de perspectivas multiplica, ¡ay, dogmáticamente!, explicaciones, razones y verdades. Y estas más bien ocultan nuestro tema, que lo definen o sitúan. Nos limitaremos, pues, a exponer, sumariamente, aquellas directrices que aun conservan la plenitud de su vigencia histórica.

A dos se pueden resumir, y aun, hilando delgado, no sería extraño establecer entre ellas más de algún punto de contacto. En la primera, la significación estaría contenida en el esquema significativo o núcleo permanente de la palabra, formado por el conjunto de notas esenciales que conceptualmente la definen. Este esquema significativo se completaría, de hecho, todas las veces que fuese utilizada la palabra, por la "implección" personal del que la dice, es decir, por el conjunto de notas accidentales, añadidas al esquema anterior por el hablante, que individualizan e historizan la significación. En consecuencia, la significación real de la palabra sería la suma de aquel esquema significativo —universal, abstracto y perdurable—, y la implección o implicación del hablante, individual, concreta y transitoria. Quede indicado desde ahora que no alcanzamos a comprender cómo pueden sumarse elementos heterogéneos. En la segunda actitud, la significación estaría contenida en un esquema significativo o consenso social de la palabra, que la serviría de núcleo permanente. Este esquema —igual en todos y cada uno de los hablantes— constituye la "lengua", el elemento estable y susceptible de estudio del lenguaje. La significación real se lograría aña-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

diendo al consenso social otro elemento, "el habla", o el estrato individual y creador, real y concreto, constantemente diferenciado.

En una y otra dirección —la primera representada por Huserl, y la segunda por Saussure— apunta el mismo inconveniente. ¿Cuál es la verdadera *realidad* de estos esquemas significativos? ¿No serán ambos, tanto el platónico como el social, una mera abstracción del pensamiento? ¿Cómo puede lograrse la significación real de la palabra, por la suma de elementos que son heterogéneos y dispares? Y, finalmente, ¿dónde y cómo se patentizan estos esquemas significativos? Se podría contestar a esta última pregunta —de hecho se ha contestado por Saussure— que la "lengua" actúa sobre la actividad creadora del "habla" como una fuerza de resistencia. Si no fuese por ella, todo idioma se desharía en la frondosidad, constantemente diferenciada, de la creación individual. La "lengua" es, pues, el tribunal de apelación indeclinable de la creación lingüística. A ella compete no sólo el aceptar o rechazar los términos del "habla", sino también el precisarlos. Pero es bien claro que éste es tan sólo un razonamiento de hecho: justifica el carácter de necesidad de la "lengua", y nada más. No demuestra otra cosa. Es decir, justifica la necesidad de una norma, pero no prueba que sea la "lengua" justamente quien cumpla esta función. Y, en rigor, ¿hasta qué punto tiene sentido afirmar que esta viviente realidad que es la palabra, arranca y fundamenta su vigencia significativa de una mera abstracción conceptual? Al abstraerla, ¿no perderemos precisamente la realidad que intentamos fijar?

Ambas actitudes tienen una raíz equivalente donde descansa al mismo tiempo su certeza y su error. Apuntan el alborear de la razón o la conciencia históricas, mas prematuramente todavía. Por la disyunción entre el esquema significativo y la

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

"implección" personal, o el "habla", pretenden resolver la tradicional antinomia en la consideración del lenguaje —planteada por Humboldt (como "energeia" y como "ergon") unificándolas en un esquema funcional. Aquí radica su eficacia y acierto, pues ambas concepciones son necesarias para la total comprensión de la realidad lingüística. La dinámica del lenguaje presupone la integración de dos elementos significativos complementarios: uno que sirva a la fijeza y delimitación conceptual, y otro a la libertad y movilidad de la creación lingüística. Representa el primero la conciencia, y el segundo la impulsión viva o ánima del lenguaje. Si por el uno se salva de la arbitrariedad y confusión, por el otro del anquilosamiento; si el primero la hace eminentemente comunicable, al convertir la significación de individual en objetiva, el segundo la hace vivir, y configura, en cada instante, su verdadera *realidad.*

Ahora bien, es preciso advertir que sin sujeto hablante no hay realidad lingüística. Es el habla, y por tanto, el hablante, quien confiere al lenguaje su realidad. Y si esto puede ser afirmado categóricamente, ¿quiénes son los sujetos de los estratos significativos que juzgamos anteriormente complementarios y esenciales? La contestación a esta pregunta parece obvia: el sujeto del "habla" es el hablante; el sujeto de la "lengua" es el cuerpo social. Sin embargo, la respuesta es insuficiente, pues en verdad, no existe tal cuerpo social como sujeto efectivo y hablante. Es bien claro que para no ser una mera abstracción, para no ser un "todo" sin realidad posible, este cuerpo o conciencia social sería la suma de las conciencias individuales de sus hablantes, y que, por tanto, "la lengua" no diferiría, realmente, de la definición del "habla". No sería distinta de ella, sino mayor, es decir, más comprensiva. Así, pues, "lengua" y "habla" son, efectiva y funcionalmente, la misma cosa real. Su distinción es meramente lógica. Y aun irónicamente podría afirmarse que el sujeto

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

real de la "lengua" es el papel escrito. No tiene otro, pues, en rigor; no hay más sujeto hablante que el individuo, y como tal. La "lengua", como efectividad real, consiste solamente en la interacción del "habla"; de las diversas hablas individuales.

Y, además, ¿hasta qué punto puede afirmarse lógicamente que es el estrato conceptual del lenguaje su elemento estabilizador y normativo, o dicho de otro modo, su consenso social? Es indudable que la naturaleza conceptual de la palabra la hace más diferenciadora que comunicativa, es decir, sirve mejor a la expresión de aquella zona de nuestra intimidad personalmente diferenciada, que a la de aquella otra más entrañablemente humana, individua y común. Puede servirnos como ejemplo el lenguaje científico. Lo que gana en precisión universalizadora, lo pierde en extensión comunicativa. La precisión es el punto de arranque que conduce hacia la lengua técnica, subafluente, personal. El filósofo necesita determinar el alcance significativo de sus palabras para ser rectamente entendido. *La universalidad del simbolismo es un valor de signo contrario al de su sociabilidad.* Ya veremos las consecuencias de este hecho. Así, pues, sobre el núcleo conceptual de la palabra no puede establecerse, en modo alguno, el consenso social. *Todo esquema significativo es siempre personal.* Y añadiremos, que es de naturaleza hermética, y casi, radicalmente, impenetrable. En resumen, el consenso significativo o conciencia lingüística no puede ser de naturaleza conceptual. La precisión contraría rigurosamente la extensión comunicable del lenguaje.

La tradicional reiteración de estos errores estriba en un falso planteamiento de la cuestión, bajo el influjo de la actitud racionalista. No se ha fijado aún, sobre tierra firme, la verdadera naturaleza del simbolismo. Todo esquema significativo es de naturaleza personal y no social. Es siempre un acto de creación o recreación, y no un convenio o una herencia. El efectivo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

y único sujeto hablante es siempre el individuo. Dentro del campo de lo individual radican todos los elementos significativos de la función lingüística. El consenso social no es un todo, sino una suma de conciencias individuales, y, por tanto, "lengua" y "habla" radicalmente son una misma realidad. El origen del simbolismo no es, en manera alguna, conceptual, sino rememorativo. La significación no arranca y se naturaliza sobre un esquema conceptual, sino sobre una historia. Nace sobre la persistencia de un recuerdo, y tiene estricto carácter de experiencia. La significación de la palabra es un recuerdo actualizado.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

2.°

LOS CARACTERES ESENCIALES DE LA PALABRA

I

El carácter narrativo.

TODA palabra es una historia. La narración es la manera peculiar de la expresión histórica, es la voz de la historia. Así, pues, asimilando la significación de la palabra al concepto de narración, quizá logremos entender alguna de las características esenciales del simbolismo. Mas para comprender este concepto de narración conviene previamente esclarecer en qué consiste la diferencia entre lo narrativo y lo narrado. Si alguien nos dice un cuento o una historia, lo que nos hace conocer no es propiamente el cuento, sino su narración. Y si nosotros lo referimos, a su vez, tampoco aquel que nos oye, escucha propiamente la realidad del cuento, sino la de mi narración personalísima. Los hechos referidos en el relato no tienen otra forma, ni otra materia de unidad, que la narrativa. El cuento es la unidad superior que forman estos hechos, y la unidad presupone, de manera real, un orden narrativo. *La realidad del cuento consiste solamente en sus*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

diversas narraciones. No tiene otra entidad real. La distinción aristotélica entre el fondo y la forma ha sido ya impugnada por Croce con sobrada razón demostrativa. *Ambos son una misma e indisoluble realidad,* a la que damos, en sentido estricto, el nombre de expresión. Y no hay más cera que la que arde, como dice el refrán. Podría objetarse, sin embargo, que estos diversos narradores tuvieron que ajustar su decir a un "argumento" determinado, y que en él, en sustancia, radicaría la realidad del cuento. Ahora bien, el "argumento" no es otra cosa sino una narración esencialmente simplificada. Así, pues, la realidad del cuento, en una u otra forma, consiste solamente en sus diversas narraciones.

Y asimismo, puesto que la palabra es un recuerdo, su *significación real habrá de consistir en la narración de las diversas experiencias que hemos tenido de él.* Descompongamos el contenido simbólico de la palabra rosa, por ejemplo. Resume la expresión de varias experiencias: 1.ª La persistencia rememorativa de aquella rosa, determinada y precisa, que he visto esta mañana junto a tu seno. 2.ª La experiencia de la contemplación de las distintas rosas que coinciden con ella en la unidad del nombre. 3.ª El recuerdo de la fluencia y variabilidad temporal con que estas rosas o aquella rosa se presentaron ante mí. 4.ª El resumen de la tradición cultural y social acumulada sobre ellas. 5.ª Mi experiencia vital de esta criatura afortunada que llamo rosa. Este conjunto de experiencias concretas constituye lo que pudiéramos llamar *la historia universal* de una palabra, y son el ámbito real de su significado. El contenido de una palabra es su fidelidad consigo misma, es decir, de su fidelidad con la experiencia total que representa. Ella nos dice la narración de nuestra historia. Significa, en rigor, todo aquello que verdaderamente esta palabra ha sido: como experiencia, para

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

el hablante y el oyente; como tradición, para la totalidad de los hablantes de una lengua. Pero esta tradición no es algo abstracto; es una realidad, continuamente actualizada por el hablante. Por ello, la significación de la palabra es una "fuerza" que trasciende la intimidad del hombre que la dice. Más le trasciende ensimismándole en su historia. Así, pues, la significación se cumple estrictamente dentro del ámbito del "habla". No hay más sujeto lingüístico que el hablante. El contenido de la palabra tiene una vertiente de máxima significación, y una vertiente mínima o estricta. La primera representa la conciencia social comunicable; la segunda, la precisión diferenciada, técnica, personal. Por la primera, el simbolismo del lenguaje es una fuerza fluente, historizada; por la segunda es una forma restricta y definida. La primera constituye el denominador común del simbolismo; la segunda el denominador propio y diferenciado, y es, por tanto, menos amplia y comunicativa que la anterior. El denominador común sirve de norma o consenso social; el denominador propio y diferenciado sirve a la libertad de la creación lingüística. El primero es el elemento estabilizador del simbolismo; el segundo es su elemento vivificador. La significación de la palabra no es un esquema conceptual, sino una síntesis histórica actualizada. No representa una abstracción; sí una experiencia. Esta experiencia tiene un carácter expresivo ineludible: la narración. La primera de las características esenciales de la palabra es su carácter narrativo.

2

El carácter flúido.

La significación es una melodía. Y por esta naturaleza melódica del lenguaje no nos ha sido posible determinar entre

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

sus elementos constitutivos la unidad verdadera semántica. Porque la significación, igual que el pensamiento que simboliza, descansa en su totalidad. No hay más unidad significativa que la total. El simbolismo trasciende siempre entre sus partes, y solamente se verifica en el conjunto. La arquitectura expresiva se resuelve igual que una estructura musical, donde cada elemento integrador está fundiéndose en el todo. La significación es un *fundido sonoro,* cuya armonía tan sólo se percibe al hacerse simultánea su sucesividad. Ni la palabra, ni la oración, ni el período, son unidades significativas estáticas. No son figuras, son corrientes. La lingüística positiva ha separado en el lenguaje cuerpo y alma, pero nosotros no los podemos separar. En verdad, y por su contenido significante, las unidades sintácticas no son formas definidas, estrictas, sino fuerzas convergentes, creadoras. En todas ellas, la significación es igual que un *flúido,* y adopta siempre aquella forma que le da el continente de mayor comprensión. Se determina de manera flúida por carecer de forma propia. La forma del pensamiento es la unidad. Y ya hemos indicado que no hay más unidad significativa que la unidad total. Así, pues, todos los elementos semánticos son una trascendencia hacia el fin unitario y totalizador. Están siendo los unos participando de los otros. Tienen, por así decirlo, una naturaleza enajenada, en la cual la necesaria trascendencia es el origen de su fluidez. Este carácter puede decirse que es su única determinación formal. Intentemos ahora pasar el vado de la definición. El simbolismo del lenguaje es *una forma que fluye, una corriente, que tan sólo en la extensión de su curso encuentra la unidad.* Toda otra explicación induce a error, y es limitada o convencional. Asimismo, la palabra es también una esencia flúida. Ni aun sus elementos físicos son fijos, y su contenido significativo es extremadamente sensible y variable. Cediendo a instancias diversísimas, se modifica su concepto. En su fluidez encuentra, justamente, sus posibilidades de eficacia,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

y su significación, puede siempre adecuarse, de modo necesario, para cumplir su fin.

3

El carácter simultáneo.

El contenido de una palabra no es único, es unívoco. Tiene varios sentidos correlativos válidos, que se corresponden, estrictamente, con la diversidad de aquellas experiencias que constituyen la narración de la palabra. Mas esta simultánea y analogada validez no descompone su sentido total. Para comprender una palabra es preciso escoger entre estas acepciones la que creemos devenida por la necesidad del pensamiento. Para decirla es preciso elegir de igual modo una acepción estricta entre varias posibles. Así, pues, la significación de la palabra se determina en un acto electivo. Su comprensión y acierto estriban en el acierto de esta elección. Mas conviene advertir que la decisión electiva no borra las demás acepciones: destaca o centra una, y alrededor de ella deja siempre algo de las demás, como en la contemplación de un cuadro se debilitan los elementos compositivos para privilegiar los esenciales. Esta ley de gravitación semántica es variable, ciertamente, pero ineludible. Implica la existencia de una atracción reguladora, que es la que hace gravitar la manifestación hacia su centro vivo. Así, en la significación de una palabra persisten siempre distintas acepciones, como una órbita semántica que totaliza y perfecciona la acepción principal. Tal persistencia funcional es una coexistencia, pero también es una reflexión de imágenes distintas, que se están mutuamente determinando. En *esta coexistencia de diversas imágenes radica el carácter simultáneo*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

de la palabra, que organiza sobre ella verdaderamente su contenido.

Comprender una palabra o, mejor dicho, interpretarla, consiste en establecer el orden justo de su simultaneidad significante. Configurar en una jerarquía su narración total. Pero toda expresión es un diálogo. Y en el diálogo, esta elección y ordenación semántica es refleja y está siendo influída por una imagen exterior. Pues la manera de expresarnos induce la comprensión de aquel que escucha hacia certeza o extravío. La manifestación de una palabra es siempre un resultado producido por la reflexión de dos imágenes distintas: la que piensa el que habla; la que piensa el que escucha. Su coincidencia no puede ser exacta. Cada una de ellas tiene un orden de simultaneidad semántica personal y diferenciado.

Pero, además, ambas atraen hacia sí mismas a la otra imagen: la atención es un acto reflejo. Es claro que nuestra expresión influye sobre la comprensión del que nos atiende, pues que se entiende desde ella, al través de ella, llevados de la mano por la expresión. De toda dependencia nos influímos. Pero a su vez, y de manera más delicada y honda, vemos que la atención influye en la expresión. Cuando hablamos atentos, la atención del que escucha mueve nuestra atención. Y esta atención es una causa exterior que modifica el propio pensamiento. Igual que un cauce le da su dirección y su sentido. Así, pues, la manifestación de una palabra, en cierto modo, es un acuerdo tácito, un resultado entre dos realidades significativas distintas. Ambas conservan su distinción, pero se acuerdan entrecruzándose en un punto. Y en este punto se establece entre ellas una reflexión, porque ambas modifican al enfrentarse su alteridad. En esta reflexión de sus distintas imágenes verbales en la palabra dialogada, ambas se benefician sin confundirse; están siendo una en otra, convirtiendo en simultaneidad su distinción. Es indudable que este carácter reflejo, mo-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

difica no sólo la comprensión y manifestación de la palabra, sino también y esencialmente su naturaleza. En efecto, su cambio histórico semántico es en gran parte atraído y ocasionado por esta simultaneidad. El desnivel significante, imperceptible, pero esencial, entre el que habla y el que escucha, llega históricamente, en un proceso continuo de sedimentación, a formar un nuevo estrato significativo. Y la acumulación de estos estratos termina produciendo alteración y hace cambiar, esencial y permanentemente, el contenido adscrito a la palabra.

Advirtamos, aún, una tercera singularidad de este carácter simultáneo. Nadie dice al hablar íntegramente su pensamiento: nadie acaba de decir su palabra. Son muchas las razones que impiden la adecuación exacta entre palabra y pensamiento. Destacaremos ahora una entre todas. La manifestación de una palabra depende, de manera inmediata, de la intención con que se dice. Ahora bien, esta intención no siempre queda explícita y patente. Es más, los elementos intencionales que habrían de completar su manifestación tienden a silenciarse, a hacerse reticentes. La reticencia es una cualidad que modifica tácitamente la expresión; pero lo que se calla en ella, también la constituye, es decir, también es expresivo. No es una insuficiencia expresiva, sino un *sobreseimiento* voluntario, merced al cual nuestra expresión significa más de lo que manifiesta. La comprensión de la palabra reticente no debe, por tanto, ser textual, sino virtual. Empleada con esta intención, una palabra puede significar dos sentidos distintos, y aun también puede expresar un sentido contrario a aquél que induce. Para entenderla o interpretarla es preciso situarse ante ella, en una actitud en la cual desdoblemos, *simultáneamente*, contexto e intención. Pues no son estos sentidos meramente distintos, sino reflejos, y sin establecer su relación no es posible entenderles. La plenitud expresiva les comprende a los dos. Lo que se dice se está expresando en lo que se calla; lo que se calla se está manifestan-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

do en lo que se dice. Así, el lenguaje reticente puede leerse, puede escucharse *entre renglones*. Es más, así debe leerse, pues sólo esta lectura totaliza el sentido. La necesidad origina la ley. En verdad, alertados y vigilantes, siempre *leemos o escuchamos entre renglones* lo que está escrito y lo que no está escrito. El contenido de una palabra se compone, como la expresión musical, de notas y silencios. Lo que se dice está transpareciendo su tácita intención. Entender una palabra reticente es conocer lo que está en ella manifiesto, y lo que en ella está callando. En esta última simultaneidad se unifica y completa el contenido del simbolismo.

4

El carácter histórico.

Una palabra es una historia. Es más, cabe afirmar que es la historia ejemplar, la más perfecta y bella que puede el hombre conocer. La palabra, como esencia flúida, conduce bien el tiempo. Ya vimos cómo su contenido no es tanto una figura como una narración: la narración de la fidelidad a su experiencia histórica. Este carácter temporal hace que una misma palabra no pueda repetirse íntegramente. Al repetirla nunca es idéntica a la que fué, sino fiel a sí misma, fiel a su propia narración. Si hoy digo la palabra amor, no expreso, estrictamente, lo que ayer dije en ella. La determinación semántica es una resultante histórica, del mismo modo que la totalidad de las lenguas humanas que conocemos son una resultante histórica también. Nacen las lenguas unas de otras y, por así decirlo, mueren unas de otras. Y no expresan propiamente la concepción del mundo que tuvieron sus hablantes; la relación conceptual entre el hombre y las cosas, sino la tradición de su memoria de ellas. Esta misma vigencia temporal puede hacerse

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

extensiva a las palabras: nacen unas de otras; mueren unas de otras. Su contenido no se modela sobre intuición o esquema alguno: estriba en una persistencia o en una tradición, y en ellas determina su campo representativo. Una palabra es una tradición.

Y, por tanto, decirla es recordarla y recorrerla hacia su propio origen. A la imagen verbal que hoy nos brinda se ha de añadir la persistencia de sus imágenes anteriores. Comprender su sentido es como entrar en una galería de espejos, o más bien de retratos, que nos conducen hacia su infancia y nos narran su historia. Allí está la palabra narrándose a sí misma, pero de tal manera, que dice lo que es, mirando a lo que fué. Al actualizarla, toda palabra siempre está siendo, simultánea e históricamente, desde su mismo nacimiento. Su narración, su tradición, su contenido, son una misma persistencia. La persistencia es una forma de unidad entrañada y orgánica. Persistir es unir, de una manera viva, lo que una cosa es y lo que ha sido. Y de manera histórica, también, porque el pasado está siendo presente en esta persistencia, y el presente, de igual modo, está siendo pasado merced a ella. Así, toda palabra se repristina y remoza de claridad en su declive hacia el bautismo: *está aún naciendo de él.* Ello da origen a la siempre renaciente vitalidad de la definición etimológica, a la que bien pudiera llamarse definición hacia el bautismo. Cuando se enturbia el contenido semántico de una palabra, nos es preciso, para entenderla, aniñarla en su cuna, y dejar que ella misma nos relate su historia.

Añadiremos que la historia no tiene solamente un sentido retrospectivo, sino prospectivo. Afín con ella, la palabra está siendo, también, de modo simultáneo, no sólo lo que ha sido, sino también lo que será cuando se la actualice en el futuro. Podría decirse que la palabra sólo está íntegramente virtualizada por su asunción a la esperanza: *está naciendo a ella.* Toda expresión es una persistencia hacia el mañana, y sólo en él

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

puede cumplirse su contenido histórico. Lo que una palabra ha de llegar a ser, se encuentra, aquí y ahora, virtualmente delimitado y contenido dentro de su expresión. Nada puede llegar a ser que le sea ajeno. Su renovada significación será tan sólo un desarrollo de esta virtualidad, y está ya comprendida en su campo semántico. A este sobreseimiento y plenitud de la palabra llamaremos definición esperanzada o virtual. Completa y cierra el ciclo de la definición etimológica. Y solamente entre ambos límites fronterizos nos dice una palabra su narración completa, nos dice una palabra cuanto ella misma es.

Mas toda historia verdadera siempre es historia contemporánea. Si en la expresión se actualiza el pasado, también en la expresión se esperanza el presente. Radica en este aspecto el carácter histórico más representativo y esencial. Y por ello afirmamos anteriormente que la palabra era la historia ejemplar; la más perfecta y bella que puede el hombre conocer. Ahora repetiremos que sólo dentro de este proceso total se cumple y verifica íntegra si no históricamente su simbolismo. La que llamamos definición esperanzada es como el Juicio Final, donde se cerrará su historia, premiando exactamente su virtud.

Pero, además, debe advertirse que la palabra siempre ha sido algo más que su mera significación. El simbolismo debe residenciar no sólo todo cuanto ella ha significado, sino cuanto ha sido. Tuvo un espíritu la palabra, y este espíritu también debe acuñarse en él. Así debe ser el filólogo historiador, como el historiador debe de ser filólogo. Porque el espíritu perfecciona y completa la estructura semántica dotándola de una viva y real profundidad, y descubrir esta viva y real profundidad es la misión histórica. Para agotar sus posibilidades se deben integrar en la comprensión del campo semántico de la palabra su contenido significante y su moción espiritual. Ambos completan su sentido. De ello es ejemplo máximo la palabra mítica. No

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

basta que conozcamos su significación; si hemos perdido la convivencia con su espíritu, al escribirla la trivializamos y destruímos. La mera repetición arqueológica y significativa puede ser ciencia natural, pero no histórica.

Por su carácter flúido, la palabra del hombre conduce bien el tiempo. Su contenido es una tradición, es una persistencia. La integración de lo real, de lo distinto, es la ley de la historia. Pero esta ley de integración histórica se convierte en el lenguaje, en persistencia viva. Ya hemos visto cómo toda palabra es una persistencia hacia el pasado y es una persistencia hacia el mañana. Nos va narrando, de manera actual, toda su historia. La ley de integración histórica, en ella es persistencia. La persistencia es algo más que la mera integración, pues lo que persiste se hace uno con lo que es. Así puede afirmarse no solamente que la palabra tiene siempre una historia, sino también *que ella misma es historia.*

Y finalmente debemos añadir que sobre la volandera pero indeleble persistencia de la palabra, nosotros perduramos. Esta virtud insta el lenguaje hacia su perfección, y le va haciendo cada vez de más delicadeza temporal y más humana transparencia. Penetrar en el recinto de una palabra es como entrar en una galería de espejos, o más bien de retratos, que nos conducen hacia la infancia. Porque no solamente encontramos en la aparición de sus imágenes lo que ella fué, sino también lo que nosotros fuimos. No nos cuenta tan sólo su historia, sino nuestra historia. En la pálida luz de una palabra, nos vamos como transpareciendo nosotros mismos hacia la niñez. Ascendemos en su camino hacia la fuente de la vida, y ya en ella, nos sentimos como acunados en la expresión. Porque nos desnudamos de las palabras renovándolas como el árbol remuda sus hojas; pero las hojas pasan, se desvanecen en el baile de las estaciones, y las palabras quedan. Lo que perdure terrenalmente de nosotros, en ellas quedará.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

3.°

LOS CARACTERES ESENCIALES DEL SIMBOLISMO

1

Significación y simbolismo.

AHORA hemos de insistir en que la palabra se desprendió como una hoja del árbol del recuerdo. La rememoración, no la ideación, es la materia prima de la acción simbólica. Sin partir de este hecho no entenderemos el lenguaje. Pues la palabra que dice nuestro labio aun conserva el latido de aquel impulso original. La fuente viva de la palabra es el recuerdo. Ahora bien, ¿cómo nace el recuerdo?

Estamos contemplando a la mujer amada. La visión nos va diciendo, nos va delineando, la conexión de su figura. La frente patricia, marfileña, translúcida, se sonrosa con una leve tristeza vegetal allá en la línea donde se plenifica su convexión, y adquiere una blancura exangüe junto al apuntamiento de la ceja. Los ojos, garzos y entredorados, nictálopes, tienen una mirada fija, dulce y agudamente inanimada, finalizada, casi vacía, igual que un cuadro antiguo. La cabeza pequeña, levemen-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

te fruncida bajo el arco frontal. El cabello alegrándola: vivo, doradamente vivo y flúido, alborotado y alborozado, igual que un marco sobre una playa. La boca herida, sonreída, como fijándose a sí misma tras el velo del gesto. La blanca piel carnal, imperceptible, unida, húmeda aun. Y la barbilla hoyuelada, esponjada y pequeña, como alzándose sobre las puntas de los pies, como empinándose hacia algo. Y toda y siempre alegre, pero jugando a la alegría, hiriéndose con ella. Pero ahora, al contemplarla, voy comprendiendo que no he podido ver su rostro enteramente. Se encuentra situada ante mis ojos en el escorzo de su medio perfil. Y, sin embargo, es cierto que veo todos sus rasgos, aun los que están ocultos a mi contemplación. En rigor, no estoy viendo lo mismo que percibo. La percepción ve más, añade ciertas notas, que, en este instante, no son visibles de modo sensorial. Pienso que si no la hubiera visto anteriormente no podría reconstruir, ahora, la integridad de sus facciones. Es el recuerdo quien armoniza y perfecciona mi visión. Los ojos, podría decirse, que no son ojos porque ven, sino porque recuerdan, rememoran. Sin el recuerdo no verían, o no verían, al menos, la unidad. Para lograrla, la pura sensación es asistida siempre de representaciones memorativas. Y sensaciones y representaciones integran y totalizan mi visión. Sensación, intuición, fantasía se armonizan en ella, constituyendo una unidad indivisible.

Cuando el recuerdo se vuelve a referir a alguna realidad, ya enhebra en ella esta inherencia perceptiva. En el recuerdo se convocan unidamente todas las facultades de nuestra vida anímica, potenciando la realidad. Percibimos en ella una mayor complejidad de notas o de aspectos de los que en rigor tiene. Pues el recuerdo es siempre una integración y una añoranza, y la añoranza el resultado de una historia. Así, pues, simbolizar no es propiamente representar, sino historiar. Por su carácter histórico e historizado logra el lenguaje la milagrosa plenitud de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

su fuerza expresiva y evocadora. Nuestra palabra de las cosas, nuestro recuerdo de las cosas, somos nosotros mismos. Voluntad, entendimiento, fantasía se suman a la memoria sensorial vitalizándola y recreándola. Todo recuerdo es una verdadera recreación. Y la lengua primera, constituída originalmente sobre el recuerdo, no fué tan sólo la resurrección temporal de las cosas ausentes, sino su verdadera recreación. No nació la palabra de la idea, sino la idea de la palabra, y la palabra del recuerdo. No era una mera intuición intelectiva, sino el símbolo de una totalidad de experiencias. Y, finalmente, no era tan sólo una abstracción, sino una historia. Miraba el hombre la realidad desde el espejo de su palabra, pero totalizándola sobre el recuerdo. Este sentido simbólico total desrealizaba en cierto modo a la naturaleza. Las palabras no representaban propiamente las cosas, sino algo más que cosas. Espíritus, encarnaciones mágicas y activas, revelaciones de la realidad, y no signos ni desvalidas abstracciones, que el hombre había inventado para tratar con ella.

Se liquidaba el cielo, y el agua caía, espesa, ante los ojos atónitos del hombre. Olía la tierra remejida, con un olor sincero y fuerte. Si persistía la lluvia, se anegaban los campos, se destruía la hacienda: quizá el chozo triste..., el sitio de los muertos..., los enseres. Si era tan sólo bendiciente y como tímida y franciscana, se beneficiaba la pastura al ganado y la altura al maíz. Aquel agua caediza tuvo el nombre de lluvia. Mas la palabra lluvia no sólo designaba el descenso del agua entre el cielo y la tierra, sino también su acción, benéfica o dañina, sobre el campo. Bajo la urdimbre del recuerdo, la lluvia no era tan sólo una realidad material, sino una acción. Y aun no sólo una acción, sino una fuerza. Pero, además, para el hombre primitivo, todas las cosas reales eran vivientes, animadas. La naturaleza era una verdadera sociedad. En un principio fueron todas las palabras nombres propios. La dimensión má-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

gica del lenguaje revelaba la solidaridad, la convivencia del hombre con las cosas. Ellas eran capaces de obediencia y hostilidad ante el conjuro de la palabra. Por esta personalización de la realidad fué el lenguaje una fuerza. Así, pues, la lengua original simbolizaba la integridad de muy diversas experiencias sobre un fenómeno determinado. No le podía discriminar el hombre, todavía, diferenciando sus estratos integradores. Hablar era tan sólo recordar, narrar una experiencia. La palabra se refería a la vida total y no a conocimiento diferenciado alguno. Aquel símbolo: lluvia, vivía en el labio confusamente, como un fenómeno visible, como una acción sobre la tierra, como un amigo y casi como un dios. El recuerdo asociaba, de manera unívoca, la sensación sensible, la intelección elemental y la imaginación creadora. Y así, toda palabra creaba un mito. El primer mito fué la primer palabra. Y el mito es la antesala del símbolo, como el símbolo es la antesala de la abstracción o del concepto. Pero es preciso tener en cuenta que el mito no es una abstracción. Creaba un mundo lingüístico resueltamente antropológico. La lengua original iba divinizando y personalizando la realidad al sujetarla al dominio expresivo. No era una representación, era un poder. Este poder desrealizaba, también, a la palabra haciéndola viviente; llevando hasta la plenitud su fuerza de descripción y sugestión. La palabra era el nexo de unión con la naturaleza, mágica aun, que era preciso que el hombre dominara para vivir. Fué la palabra quien recordó y predijo el tránsito de las estaciones del año; quien conservó dentro de la memoria la presencia de los parientes muertos, extrañamente idos. Ella era el puente roto, el puente que nadie puede reconstruir, que nos acerca hacia la orilla de la muerte. Ella era, finalmente, la mediadora con las fuerzas ocultas naturales. Ella, también, era una fuerza oculta y natural.

Y no una inane convención conceptual establecida por el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

hombre. No hay pueblo primitivo, ni modo de conciencia elemental que juzgue la palabra como una convención. Ella era y es un ser activo, un modo de combate o plegaria, un extraño poder que por sí solo adolece o destruye al enemigo. Conjuraba la acción: mas el conjuro ya era en sí mismo la virtud actuante: más que invocarle, determinaba un hecho. No pudo el hombre primitivo precisar el ámbito semántico de la palabra y *deshumanizarla*, desproveyéndola de su sentido viviente y obrador. Símbolo y mito eran casi una misma realidad. Fueron mellizos en el primer albor y alumbramiento del lenguaje.

Lo son, lo siguen siendo. El lenguaje expresa la unidad de la estructura psíquica del hombre. Esta unidad se constituye como un orden total, siempre distinto, como es distinta, en cada caso personal, la combinación de las facultades integradoras de nuestra vida psíquica. Así, pues, el simbolismo tiene diversas perspectivas, según las facultades predominantes y las distintas combinaciones de ellas, dentro del orden psíquico unitario, del cual es el lenguaje la expresión. Y asimismo, también las posibilidades comunicativas del lenguaje están ligadas estrictamente a estas distintas perspectivas del simbolismo. Cuanto más en conexión con su origen y su sentido mítico, tanto más viva y natural es la palabra. Cuanto más viva y natural, más comunicativa y misteriosa. Cuanto más misteriosa, más narrativa y amplia. Cuanto más narrativa, más sugerente y, ¡ay!, también más oscura. El proceso de la palabra viva induce oscuridad. El proceso de la palabra clara y discriminativa conduce a la expresión exangüe, técnica, artificial. He quí el problema: elegir entre la precisión y la vida del habla, pues vida y precisión son los modos extremos, y en cierto modo incompatibles, entre los cuales se constituye el simbolismo: las dos alas, también, de su proceso histórico. Por estar establecida sobre el recuerdo, la palabra mítica es palabra total; nombra una reali-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

dad vivida y viviente; representa las cosas, pero centrándolas dentro del halo de su vida, sobreasistiéndolas con la totalidad de circunstancias por ellas mismas determinadas. Nos dice íntegramente lo que las cosas son, y por tanto lo que las cosas originan y hacen. Simboliza no sólo su realidad, sino su origen, su valor y su hacer. Nombra un ser vivo, no una abstracción conceptual.

Mas la palabra mítica, viviente, como instrumento apto para la fantasía, era quizá inadecuada para servir a la razón del hombre. Este necesitaba descomponer la realidad para llegar a conocerla. Así, pues, fué separando en la palabra total lo que en principio estuvo en ella unido. No la concibió como fuerza creadora, sino, más bien, como signo diferenciado y discriminador. Descompuso la integridad de la experiencia del simbolismo en sus distintos elementos integradores. Y la palabra, como símbolo total, como criatura viva, se escindió histórica y culturalmente en sucesivas y peculiares decantaciones, dando origen a los diversos estratos semánticos y a las diversas funciones del lenguaje. Espíritu, inteligencia y fantasía modelaron la palabra del hombre desde su propia instancia peculiar. Cada una de estas facultades dió nacimiento a una función distinta. Cuanto ganaba en precisión el lenguaje con esta división, lo iba perdiendo en fuerza y amplitud. Pudo ser convertido en instrumento, pero sólo en aquella medida en que dejaba de latir para servir. Y la variedad de los estratos esenciales, en los cuales se escindió el simbolismo, quedó fijada y comprendida entre dos direcciones extremas. En la primera el contenido verbal se funda en el recuerdo. Es el estado natural de la palabra. Trata de reconstruir el poder vivo y unitivo del lenguaje mítico. Su expresión es una fuerza oscura que no sólo determina, *sino origina la realidad.* Considera a la virtud simbólica como una fuerza mágica y creadora. No sirve a la razón, sino al espíritu del hombre. Sugiere más que dice. Su ejemplo vivo es el lenguaje poético. A esta dimensión

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

semántica llamaremos de una manera estricta simbolismo. En la segunda, el contenido de la palabra se funda en la razón. Es de naturaleza convencional y establecida sobre el acuerdo de la cultura. Trata sólo de discriminar el valor significativo y hacer que, estricta y rigurosamente, se correspondan realidades y signos. No es una fuerza, es una forma. No actúa por intuición, sino por deducción. No sugiere: discierne. Mutila en la palabra la viva frondosidad de su oriundez, resumiendo la raíz de su oscura energía en esquemática claridad. Es un signo: no un símbolo. Su ejemplo vivo es el lenguaje de la ciencia. De una manera estricta la llamaremos significación.

Y ésta es la doble filiación del lenguaje. Entre estos dos extremos se verifica su integridad: el lenguaje simbólico, ciego, pero vivo, evidente, creador, y el lenguaje significativo: diferenciado, preciso, demostrativo, pero exangüe, convencional. Ya dijimos que la universalidad de la palabra es un valor contrario al de su extensión comunicable. Añadiremos, ahora, que en toda búsqueda de precisión, pierde pulso el lenguaje. Vida y exactitud son sus leyes opuestas. Espíritu y razón, las perspectivas de estas dos alas extremas y esenciales.

2

El carácter dialéctico.

La función primaria del lenguaje consiste en señalar las cosas ante nosotros mismos y ante el prójimo. Pero, a poco que fijemos la atención sobre la lengua, aun en su aspecto elemental, advertiremos que la función indicadora no es una actividad simple o sencilla. Para entenderla nos es preciso, previamente, descomponer sus elementos de integración. Aun cuando el nombre no fuera sino tan sólo una señal puesta, de modo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

voluntario, sobre las cosas, para rememorarlas, es fácil advertir que subraya dos hechos totalmente distintos: uno, la acción de señalar y, con ella, nuestra atención, y otro, la señal misma, y con ella el objeto marcado —arroyo, piedra o árbol—, hacia el cual convocamos y dirigimos la atención. Esta misma complejidad se encuentra establecida constitutivamente en el sentido de la palabra señalar, que descompone su contenido en dos orientaciones: la que hace referencia al acto de marcar, y la que se refiere a la señal con que marcamos un objeto determinándolo. Indico mi atención y subrayo mi marca, con la misma palabra, con la misma señal. Cualquier aspecto del lenguaje encierra esta constitutiva complejidad dialéctica.

La esencia misma del simbolismo la constituye esta *conversación*, este desdoblamiento íntimo y consciente del simbolismo. Así, pues, aun la función elemental indicadora no es una acción directa y simple, sino compuesta y representativa. La señal representa, a un tiempo mismo, la cosa señalada y mi atención a ella. Por tanto, en su función primaria tenemos ya que el nombre no es sólo un hecho indicativo, sino también simbólico, pues simboliza, al menos, mi atención. Repito que la *esencia misma del lenguaje la constituye esta conversión y conversación, establecida sobre la reflexión entre la realidad y la conciencia.* Las consecuencias de este hecho son verdaderamente decisivas para el entendimiento del lenguaje, que, en cualquier grado elemental, es ya un fenómeno de conciencia. Pues ésta, la conciencia, organiza todas las partes en un todo, y sólo rinde su armonía dentro de un ámbito de totalidad. Asimismo, la conciencia lingüística determina el contenido del simbolismo, configurando las palabras como unidades representativas, independientes, pero también como unidades en conexión. Sin conexión todo lenguaje sería inarticulado. La conexión es una suerte de conciencia representativa, idealizada y trascendente. No puede ha-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ber lenguaje sin conexión, es decir, sin conciencia lingüística. La oración presupone trabazón de las partes. Cada uno de sus elementos integradores sólo adquiere sentido dentro del todo. Y cualquier lengua histórica concreta, sólo adquiere su último sentido dentro del todo del lenguaje. Así, pues, es el lenguaje como totalidad quien da sentido a la palabra o a la lengua. Palabra y lengua; lengua y lenguaje establecen entre sí, de manera dialéctica y refleja, su conciencia representativa.

La representación o indicación se verifican merced a un hecho de conciencia, y la conciencia se constituye sobre un desdoblamiento psíquico, mediante el cual objetivamos la propia percepción. Sin este desdoblamiento, puede afirmarse, categóricamente, que no existe lenguaje. Al descomponer la expresión en la conciencia establecemos un verdadero diálogo interior, en el cual conversamos con nosotros mismos, *conversamos oyéndonos hablar.* Esta *conversión* hacia las cosas y con las cosas no sólo es la manera, sino la materia o sustancia del lenguaje. Su integridad se descompone en cuatro estratos, distinta y necesariamente representativos.

Su primer estadio es la *conversación constituyente,* establecida de manera primaria entre las cosas y nosotros, o bien entre la palabra de las cosas y nuestra propia y personal palabra. En la imagen verbal ya están las cosas manteniendo este primer diálogo con nosotros. El segundo estadio es la *conversación interior,* establecido por el desdoblamiento de la conciencia, que descompone la expresión en dos acciones: el propio hablar y el propio oír. Toda expresión es un fruto de este diálogo. La palabra se verifica como expresión cuando es *oída,* propiamente, por aquel que la dice. Toda expresión es dialéctica; todo hablar presupone un oír. En el primer estadio, que llamamos constituyente, se verifica la conciencia representativa; en el segundo, que denominamos *interior,* se constituye la conciencia simbólica. Ambos

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

integran la unidad indivisible del simbolismo, y cualquier manifestación en donde falten podrá pertenecer al ámbito de la expresión, pero no al del lenguaje. El tercer estadio es la *conversación lingüística*, en el cual se establece la reflexión entre el sujeto hablante y la tradición de la lengua en que habla. Hablamos siempre dialogando con nuestra propia lengua, *oyéndola a ella hablar*. En este estrato, que denominamos conversación lingüística, se constituye la conciencia expresiva. Y, finalmente, hay un cuarto estadio, la *conversación social*, en la cual se realiza la comunicación con nuestros semejantes. En este estrato se constituye la conciencia lingüística social. Nosotros le consideramos como una consecuencia de los anteriores; sí importante, mas desde luego inesencial. Su distinción puede ser ejemplificada con la lectura en voz alta o en voz baja de un mismo libro. En la *conversación* o *conversión social* no se le añade nada al hecho del lenguaje: vamos tan sólo como leyéndolo en voz alta. Concluiremos diciendo que el carácter esencial del lenguaje está constituído por este diálogo verificado, al menos entre lo indicador, la conciencia indicante y lo indicado. Hablar es siempre conversar. El mismo pensamiento se constituye sobre un diálogo. La unidad descriptiva del nombre, aun en su fase primaria y genuina, es una acción compleja, dialéctica y representativa, establecida sobre la reflexión de dos acciones, mostrar o demostrar la realidad en la propia conciencia o en la ajena. No hay función lingüística que no indique las cosas de modo dialéctico y demostrativo, es decir, que no las muestre a alguien.

El carácter dialéctico es privativo del lenguaje simbólico. Le separa por completo del lenguaje animal. Nosotros, cuando estamos alegres, sonreímos. En cierto modo el animal lo hace también. Y nuestra comprensión de la sonrisa se verifica sobre el recuerdo, establecido correlativamente entre

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

un gesto determinado y una determinada situación anímica. Este recuerdo se organiza en la *conversación constituyente;* se patentiza y objetiva ante nosotros en la *conversación interior.* Y esta conversación o conversión se funda sobre la acción de la conciencia que separa y espeja, reflexivamente, las realidades gesto y gozo. Al espejarlas, la conciencia las objetiva, estableciendo su indivisible correlación. El animal no las separa ni las espeja: las confunde en una sola realidad. Dolor y golpe; alimento y hambre son una misma cosa para él. Por ello su lenguaje es de manera radical imperfectivo. El animal que obedece a la voz no ha descubierto, en modo alguno, la equivalencia representativa. No representa: asocia. El hombre asocia y simboliza. El simbolismo le hace distinto del animal: le constituye en hombre.

3

El carácter de totalidad.

Ningún conjunto de palabras constituye una lengua. La lengua es una totalidad y no una suma, y esta totalidad está integrada sobre tres realidades, que llamaremos manifestaciones, valencias y silencios, o, si se quiere, palabras efectivas, enlaces necesarios y palabras latentes. Lo que dice una lengua, y lo que calla, la constituyen de igual modo. No solamente hablamos, sino también *callamos,* en un idioma determinado. El silencio es un estrato virtual que completa la arquitectura de la lengua. Cuando decimos, por ejemplo, "lengua española", nombramos sólo una abstracción, pues, en verdad, no conocemos de ella más realidad que la de sus distintos estados temporales, o bien la trabazón de estos estados en una síntesis histórica. Sumando a los estados diacrónicos de la lengua efectiva o histórica, la valencia y el silencio lin-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

güísticos, completamos el esquema de la *lengua total.* Más adelante trataremos del valor del silencio. Ahora atraeremos la atención sobre el carácter de la valencia lingüística o conexión cultural de un idioma.

Generalmente, no somos los hablantes los que creamos nuestra propia expresión: es nuestra lengua quien la crea. Unas palabras llaman en ella a otras, de modo culturalmente necesario, y organizando, casi mecánicamente, la proposición verbal por el enlace de sus valencias, nos hacen donación del pensamiento. No pensamos íntegramente lo que decimos: en buena parte de nuestra expresión, piensa la lengua por nosotros. En la función del *diálogo lingüístico,* del diálogo con nuestra propia lengua, más escuchamos que actuamos. Cuanto más culta y trabajada sea, más se evidencia en ella el ejercicio de esta latente virtualidad. Hay lenguas en las cuales toda expresión es huérfana, y su eficacia o su belleza artísticas son un milagro del escritor, y hay lenguas maternales, valentes, realizadoras, que por sí mismas organizan su expresión como materia, noble y depurada. La más sencilla de sus manifestaciones expresivas tiene, naturalmente, una bella ordenación. Cada lengua tiene un distinto acervo de valencias que determinan la riqueza de su expresión artística; cada lengua tiene un nivel diverso de eficiencia creadora; toda expresión particular viene determinada, en cierto modo, por la virtualidad de la lengua total. Como dice Schiller:

> "Porque te ha salido un verso en una lengua culta
> que hace poesía y piensa para ti, te crees ya poeta"

La valencia o atracción expresiva hace posible en unos casos o facilita en otros que el poeta nos vaya desvelando el área del silencio lingüístico. "Siempre hay un niño dormido, junto al silencio." Y este silencio puerperal de la lengua, que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

bosqueja y no dice; de la lengua que no puede nombrar directamente las realidades que no ha escuchado nunca, desemboca en el cauce de la palabra inédita, inaudita. No hay lengua alguna tan pobre de virtud que, directa o metafóricamente, no pueda hacer manifiesto todo el alcance de su necesidad expresiva. Cuando algo calla, no es por defecto suyo, es por defecto de sus fieles. Ella puede decir lo que el hablante no sabe todavía. La lengua cuya numeración no excede de los números simples no es incapaz para expresar los números compuestos. Cuando perciban sus hablantes como necesaria la nueva realidad, convertirán en expresión el *hueco* de su silencio. La lengua total es un ser vivo cuya pura virtualidad es inextinguible. Todas las lenguas son completas, ideal, si no históricamente. La mayor o menor capacidad enunciativa que pueden tener sus estados diacrónicos depende únicamente del nivel de cultura que representan. Lo que no dicen, no constituye en ellos una necesidad cultural, y aun así, se encuentra ya virtualizado y contenido en su silencio.

Lo que una lengua crea; lo que una lengua dice; lo que una lengua calla: la totalizan como lengua. Pues un idioma es un sistema, una totalidad donde se puede descomponer el mundo íntegramente en símbolos; es decir, un sistema mediante el cual todo lo que pensamos, sentimos o miramos puede representarse de manera simbólica. *Toda palabra necesaria está ya contenida en la lengua de manera latente y virtual.* Y está latente; no meramente oculta, pues que ha sido pensada desde ella. Esta es la segunda de las leyes esenciales que definen el carácter totalizador del simbolismo. En virtud de ella, la lengua determina y lleva a plenitud la potencia expresiva de sus partes. Hace que la palabra acuda al labio restañando el silencio. Puede afirmarse, en consecuencia, que es el lenguaje el que hace a la lengua, así como la lengua a la palabra. Si sé que la madera en que me apoyo al escribir se

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

llama mesa, es porque este saber, que llamaremos secundario, está implicado en un saber distinto, que llamaremos esencial. El saber secundario consiste en que a una realidad determinada le corresponde esta palabra: mesa. El saber esencial constituye la tercera de las leyes que definen el carácter totalizador del simbolismo. *Todo puede decirse por medio de palabras.* Si este tablero que encuentro aquí, asistiendo a mi mano con su firmeza, tiene un nombre, es porque existe una realidad lingüística que es anterior al nombre y me permite simbolizarle. Esta posibilidad de denominación y determinación de todo lo real, sólo puede cumplirse por el carácter de totalidad que tiene el simbolismo. El lenguaje lleva implicadas en sí la total armonía de las lenguas distintas. Cada lengua contiene a la totalidad de las palabras. Cierto que algunas se virtualizan sólo como silencios, como huecos, diríamos en la arquitectura de la lengua efectiva, que es tan sólo una forma diacrónica de la lengua total. Cualquier designación, aun la más simple y elemental, implica necesariamente su asunción dentro de una totalidad. El simbolismo se constituye como una relación configurativa del todo con la parte. Así, pues, todos sus elementos constitutivos se deducen de un todo originario y unificador. El lenguaje no es una suma. El es la única y efectiva totalidad que conocemos.

* * *

"Tras de todas las cimas hay descanso." Quizá el alma no descansa sino volviendo la vista atrás y acostándose un poco hacia el pasado. En el descanso, igual que en el remanso, se percibe con mayor nitidez la claridad de la corriente. Mirando, pues, atrás, pero indeleblemente, volveremos a preguntarnos si pudo haber nacido históricamente el lenguaje simbólico.

En la función indicadora no estaba implicado necesariamente el simbolismo, si le entendemos, y así es preciso hacer-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

lo, como una conexión universal. Su aparición, por tanto, pudo ser posterior, histórica y evolutiva. Mas ya hemos dicho que la función indicadora no debió de actuar como necesidad suficiente en el origen del lenguaje. El positivismo lingüístico planteó la cuestión de los orígenes bajo la forma de esta pregunta: ¿cuál es la más simple y elemental de las funciones del lenguaje? Y, naturalmente, respondió así: "esta función es la que debe haberlo originado". Se confunden en la contestación varios conceptos diferentes. El elemento simple se considera *natural;* y como natural se postula su carácter primario y, por tanto, histórico. Es bien claro que no tiene esta contestación demasiado rigor. Pero nosotros replanteamos el problema de modo diferente: ¿cuál es aquella necesidad humana a que responde esencialmente nuestro lenguaje? Y contestamos: esta necesidad constituye su origen.

Lógicamente no puede el simbolismo considerarse como una evolución histórica progresiva, sino como una necesidad constituyente y peculiar, puesto que al mismo tiempo, debió de sentir el hombre la necesidad de representar ante sí mismo y ante sus semejantes la realidad del mundo físico y la realidad anímica, interior. Al mismo tiempo decimos, aun cuando con jerarquizada y bien distinta necesidad. La realidad anímica no podía ser indicada —carecía de presencia—, sino más bien simbolizada. Así, pues, fué la lengua simbólica en su origen, y el simbolismo es el carácter definidor del lenguaje del hombre; el que le diferencia radicalmente de todo otro cualquier sistema de expresión. Al mismo tiempo debió de surgir la necesidad de designar realidades distintas. Esto que sirve para comer se llama mesa. La piedra es dura, o blanca, o fuerte. Ahora estoy triste, estoy ausente, o estoy enamorado de ti, Eva. Para denominar la comida o la mesa, bastaba al hombre aquel saber lingüístico que hemos llamado secundario. Este, en su origen, lógicamente pudiera ser asociativo y no

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

simbólico. Mas al decir la piedra es blanca, subrayaba una cualidad. Y aquella cualidad presuponía y fundaba su blancura, en la existencia de algo previo: el color. Y el "color", que no era, ni amarillento, ni anaranjado, sino color como principio previo a toda determinación concreta, era ya una abstracción, una idea, aun cuando deducida de experiencias sensibles. Las abstracciones no pueden ser indicadas directamente sobre el objeto: son deducidas de él. La deducción supone la conexión lingüística. La conexión lingüística supone el simbolismo. Y, finalmente, para decir estoy ausente o estoy triste de ti, para sentirse triste de la ausencia de Eva, le era preciso al hombre recurrir, de manera inmediata, a aquel saber lingüístico que hemos llamado esencial; le era preciso conocer que aquella vaga nostalgia que sentía, podía tener un nombre o, mejor dicho, tenía un nombre latente y virtual. Saber que todo tiene expresión por medio de palabras. Y esta expresión "triste o enamorado" no era inducida ni deducida, como las anteriores, del mundo físico circundante: ella misma configuraba su patencia real. Nadie podía hacer objetiva su realidad, sino en el hecho del lenguaje. Y para objetivarla era preciso poseer una virtud esencialmente previa a toda determinación lingüística concreta, era preciso deducirla del "todo" del lenguaje. No planteaba el problema de indicar o rememorar, sino el de descubrir, o mejor dicho, patentizar. Descubrimiento, o revelación de lo oculto, es justamente la acción simbólica en su sentido estricto. Cuando el habla decía "triste" o "amor" llevaba ya sobre sí misma, implícitamente, la totalidad del lenguaje. Pues en una cualquiera de sus partes, está implícito el todo.

El hombre, pues, no descubre de modo histórico el simbolismo; le encuentra ya, naturalmente, como un enclave necesario para su acción vital. Su modo de expresión genuina es la expresión simbólica. No aprende, primaria y necesariamente,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

que cada una de sus palabras significa determinada realidad: lo que descubre es su poder para simbolizar todas las cosas por medio de palabras. No es, pues, tan sólo, la realidad quien le está instando para nombrarla, sino más bien la conexión simbólica, la que le apremia para esta adecuación. Pues es la lengua, aunque no solamente, quien hace a la palabra; es la totalidad lingüística quien determina y verifica la potencia expresiva de sus partes. Cuando por la virtud del simbolismo sabemos que toda realidad puede ser expresada, tenemos aprendida la función del lenguaje en su totalidad. Totalidad indica perfección. No solamente el cosmos, sino el mundo del hombre, constituyen entonces un símbolo que puede irse descomponiendo y deshojando, palabra por palabra. Toda experiencia o intuición concreta es ya expresiva: crea su propia expresión. El grave error del positivismo lingüístico consiste en confundir la evolución de la cultura con la del lenguaje. Mas ya dijimos que la lengua es un hecho cultural: el lenguaje, un hecho natural. No es perfectible, sino perfecto. La cultura modifica el proceso diacrónico de la lengua; pero no determina el lenguaje. El simbolismo no es una consecuencia histórica, sino un carácter genético y esencial. El lenguaje atendiendo a su virtud, y la lengua atendiendo a la instancia de su necesidad, son ya perfectos en sí mismos. Es la cultura del hablante que maneja una lengua, la que la vivifica a un tiempo y la limita. Esta limitación, fija la sucesividad de sus estratos diacrónicos y la historiza, pero no condiciona su sentido. El que habla con expresión verdadera y auténtica está siempre ensanchando la frontera lingüística. Sabe, además, que puede hacerlo. Entiende que su lengua es un ser vivo, no una abstracción impositiva y normativa. Por la virtud simbólica puede afirmarse, que cualquier hombre y en cualquier lengua, puede manifestar todo el con-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

junto de sus necesidades de cultura, aun cuando no ciertamente con el mismo carácter de facilidad, precisión y eficacia.

4

El carácter de consistencia del simbolismo.

El simbolismo es aquel viso o figura interior que trasluce la materia lingüística, como el amor o la melancolía se transparecen en un rostro. El es el alma del lenguaje. Y decimos que es el alma, no tanto en el sentido metafórico tradicional, de que le brinde un contenido, sino porque le infunde realmente su principio de información vital. El simbolismo estriba no sólo en aquella transparencia significativa, en la cual se hace evidente la realidad, sino también en una verdadera animación o vivificación de ésta. La acción simbólica induce a la materia sonora hacia la transparencia significativa, pero haciendo a esta transparencia *consistir*, y dotándola de vida efectiva y real. Lo que evidencia el simbolismo son las cosas y el pensamiento consistiendo entre sí, transpareciendo su *consistencia* en el lenguaje. Este es el cuarto de los caracteres esenciales del simbolismo.

Toda palabra contiene un algo. Este algo no son las cosas solas, ni el solo pensamiento. Tampoco puede ser su adecuación conceptual o mutua referencia. *Lo que contiene el simbolismo, refiriéndonos sólo a la dimensión significativa, es justamente la realidad del pensamiento y de las cosas.* Estas se transparecen en el lenguaje, y el pensamiento existe sólo transpareciéndolas. Ambos traducen su verdadera realidad en esta suerte de consistencia. Pero la acción simbólica tiene un proceso que debemos filiar. Es el siguiente: A la primera y esencial vinculación de la expresión y el ser la

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

llamaremos verbo, entendida, naturalmente, esta palabra sin trascendencia alguna, y referida, como todos estos conceptos, a su valor de carácter lingüístico. El verbo es, pues, la voz del ser; la voz donde las cosas se sustancian y son. En esta voz del verbo, todas las cosas se *dictan* a sí mismas, se *dicen* siendo. Es el principio —el principio de amor—, en donde el ser verbal se determina. Manifiesta las cosas en tanto son, y el pensamiento en tanto es. Pues he aquí que la verdad del ser, en cuanto abierto hacia las cosas, es el amor. Por tanto, el verbo es la expresión del amor, que hace determinadas, verbalmente, a las criaturas y a las cosas. Señalaremos, finalmente, que el verbo es aquella pura y metafórica voz donde aun no habita la palabra.

Así la voz del verbo es una voz sin evidencia; es una voz que no se puede oír sino al través de algo en donde el verbo está latiendo como ánima. Necesita sustanciarse y convertir en realidad su acción informadora. La voz del ser se hace evidente como en un dentro de las cosas donde su realidad se esencializa. La primera inclinación o instancia que *hay* en nosotros hacia ellas, o *hay* en ellas hacia nosotros, es el verbo. Pero tampoco lo que hay en ellas, en las cosas, es todo lo que son. Este haber esencial necesita configurarse realmente para ser. En virtud de ello, y para que logre el verbo su realidad lingüística, le es necesario *consistir*, y además consistir en el tiempo. Ahora bien, la palabra es la primera consistencia expresiva. Por la palabra, las cosas consisten ya en el pensamiento, y el pensamiento consiste ya en las cosas. En esta consistencia se perfecciona su realidad, y lo que *hay* en la expresión simbólica se completa con lo que es. Haber y ser son las dos dimensiones que completan la realidad del simbolismo. A esta primera consistencia simbólica la llamaremos logos. El logos nace con la palabra. Su actividad tiene aspectos distintos. Su dis-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tinción está determinada por la diversidad de sus funciones. Estas funciones esenciales son tres:

1.ª *El logos es la materia real del verbo.*—El logos es la voz de la realidad de las cosas, es decir, es la voz donde las cosas se dicen, consistiendo ya con nuestro pensamiento, y también, la voz del pensamiento, que se dice ya consistiendo con las cosas. Ambos verifican por el logos su consistencia. El logos es la primera realización del ser verbal. Por ello, la palabra efectiva no es sólo una criatura significante: es un ser vivo. No es sólo un signo, sino un símbolo. No expresa meramente una convención, sino una consistencia. No sólo hace evidente la figura o presencia de las cosas: verifica también su realidad. Pues las cosas consisten, y se realizan, por el logos, y sólo en virtud de él. Esta es la acción lingüística que hemos llamado conversión y *conversación constituyente.*

2.ª *El logos es la conciencia real del verbo.*—La palabra no simboliza únicamente la instancia de las cosas, sino también la patencia de ellas. El logos, pues, no sólo encarna la realidad: la patentiza. Toda palabra que decimos está siendo escuchada por aquél que la dice, y está siendo lenguaje justamente por ello. Pues la palabra es propiamente hablada cuando tiene conciencia de sí. Esta es la acción lingüística que hemos llamado anteriormente conversión y *conversación interior.* En este sentido, el logos es la voz que, no sólo nos dice lo que las cosas son, lo que *hay* en ellas, sino también aquello mismo que son para nosotros. En verdad, si las cosas consisten por el logos, vemos también ahora que por esta inducción de la conciencia, no sólo convenimos nosotros mismos con nuestras palabras, sino también consistimos con ellas. El simbolismo no es tan sólo un acuerdo o adecuación del pensamiento con las cosas, sino una verdadera implicación real de nuestro ser con ellas. La plena realidad del pensamiento estriba justamente en la patencia de las cosas. Su ser es un estar abierto a ellas; su

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

realidad es un estar consistiendo con ellas. La conciencia es la manera única que tiene el pensamiento de consistir, la forma de consistencia del pensamiento. Así, pues, por el logos consiste el mundo en la palabra; pero también consiste el hombre en ella. Lo que contiene el simbolismo no son las cosas solas, ni el solo pensamiento: con él, y en ellas, estás tú. Estás tú, no sólo habiéndolas o encontrándolas, sino haciéndolas consistir.

3.ª *El logos es el despliegue temporal del verbo.*—Ya dijimos cómo el verbo, para realizarse, necesita estar siendo en el tiempo. Ahora bien, en todo ser, la consistencia temporal implica un desarrollo, y todo desarrollo se manifiesta por un despliegue. Asimismo, todo despliegue se constituye en un sentido; todo sentido de movimiento se manifiesta por una dirección. El ser, inorgánico u orgánico, está inmerso en el tiempo. El tiempo es sólo un movimiento que se percibe como dirección. La dirección manifiesta el sentido del tiempo, así como el despliegue manifiesta su realidad. Dirección y despliegue, sentido y movimiento, constituyen el orden temporal donde está inmerso el ser. La ordenación temporal del lenguaje constituye el discurso. Y, finalmente, el discurso es la tercera dimensión del logos.

Verbo y logos son las instancias fundamentales donde se asienta el simbolismo. Sin ellos no nos sería posible ejercitar ni comprender la acción simbólica. La primera expresión del simbolismo, su expresión radical, es el amor. El amor es la expresión del ser en cuanto abierto hacia las cosas. El simbolismo es aquella acción del logos por la cual éste fija su contenido peculiar, induciendo la transparencia significativa hacia la consistencia. Simbolizar es acordar lo semejante. El lenguaje simbólico establece una equivalencia entre la palabra denominadora y la realidad referida por ella. Por esta acción, la palabra se convierte en un símbolo. Pues todo símbolo es una re-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

presentación que, por virtud de acuerdo o semejanza, toma una cosa sobre sí. El nombre de las cosas las está *siendo*, transpareciendo su equivalencia o identidad. La cosa no es el nombre, pero consiste con él. El pensamiento no es la cosa, pero consiste con ella. El simbolismo es una acción donde las cosas y el pensamiento verifican su consistencia. Y los seres que consisten en ella, los seres que el simbolismo constituye fundándose entre sí, son los siguientes: las cosas, que consisten en el pensamiento; el pensamiento, que consiste en las cosas; las cosas y el pensamiento, que consisten en el lenguaje; y las cosas, el pensamiento y el lenguaje, que consisten en la conciencia.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

4.°

EL SIMBOLISMO Y LA EXPRESION

LA expresión se manifiesta en el gesto y el simbolismo en la palabra. Ya dijimos que el gesto es todo movimiento corporal que designa las cosas y hace patente el alma. Mas también la palabra sirve genuinamente los mismos fines. Parece, pues, que existe entre ellos una indudable afinidad y la aparente equivalencia de su virtud representativa sirvió frecuentemente para establecerla. Mas, desde luego, es valedero que una misma función se puede realizar, con acciones distintas, sin deducir, por ello, la afinidad o analogía de estas acciones. En el quehacer vital se perfeccionan y completan nuestra razón y nuestro instinto. Pero su confluencia funcional no establece entre ellos ninguna relación de analogía o identidad. La función caracteriza y no define. Nadie analogará, por ello, ni tratará de deducir, evolutivamente, la inteligencia del instinto. Del mismo modo, el simbolismo y la expresión son mundos enteramente independientes.

El simbolismo es el carácter esencial de toda humana actividad. Influye poderosamente sobre cualquiera de nuestros actos. Acuña, con su propio carácter, todas las manifestaciones representativas. Por esta acuñación, o inherencia simbólica, es

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

preciso advertir que *no existe, propiamente, en el hombre ninguna expresión pura. Toda expresión humana se encuentra radicada bajo la acción del simbolismo. Toda expresión humana es ya simbólica en su origen.* Intentaremos mostrar ahora su independencia funcional. Quede, pues, entendido que la palabra expresión, al referirla al hombre, no es un concepto puro, sino forzosamente aproximativo y metafórico. Los caracteres esenciales que separan a la expresión del simbolismo son los siguientes:

1.° *La conexión.*—Toda lengua se compone de manifestaciones, valencias y silencios. La valencia es un orden apremiante y natural de conexión. Las palabras se enlazan, siguiendo un orden necesario, estricto, lineal. Este orden se sucede en el tiempo. El tiempo es, pues, el orden natural del proceso simbólico. La conexión lingüística natural tiene un doble sentido: puede ser lógica o estética. Podría creerse, en principio, que el orden lógico es natural y el estético cultural; y jerarquizando estas diferencias establecer el predominio del primero. Sin embargo, ambos tienen el mismo grado de necesidad, y se influyen mutuamente entre sí. Es más, quizá la conexión estética es más ensimismada e independiente. La metáfora es una conexión de orden estético y no lógico. Su influencia conformadora apenas puede calcularse. La expresión metafórica no necesita ser adecuada lógicamente, antes bien, en general, se sobrepone a esta adecuación. La finalidad del orden lógico es hacer comprensible la expresión, estableciendo la equivalencia estricta entre pensamiento y simbolismo. Sin comprensión estricta no hay verdadera comunicación. Y sin esta estricta virtualidad comunicante, el habla personal no podría decantarse en una lengua. Mas la belleza es un valor, plena y misteriosamente comunicable, por sí mismo. No necesita ser comprendida lógicamente para comunicar su integridad expresiva. Por esta *plenitud, inmediata y comu-*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

nicable, siempre que entran en colisión semántica, la conexión estética desplaza la conexión lógica. Se opone, también, con más firmeza, al embate del tiempo. Casi todos los modos expresivos de tradición secular, son verdaderas acuñaciones metafóricas. Se diría que con ellas ha llegado la lengua a un estado de fijeza casi perfecto e inmutable. En virtud de este doble poder de comunicación y resistencia, existe en cualquier idioma tal abundancia de metáforas lexicalizadas. El *interés* que nos despierta la conexión estética es una forma de evidencia que, por sí sola, supera la comprensión, y hace ya innecesaria, en cierto modo, la estructura lógica de la frase. La estimación de este sistema de valencias, constituye, propiamente, la materia de la *estilística.* En virtud de él, unas palabras se van buscando a otras, desde el alumbramiento de una lengua. La cultura va estableciendo secularmente la familiaridad estética de ciertos símbolos. Estas palabras se relacionan entre sí, secretamente, dentro de un cierto plano de declinación o de costumbre. Giran, están girando, unas alrededor de otras, en una órbita de hermandad, hasta encontrarse reunidas en la expresión afortunada. "El mínimo y dulce Francisco de de Asís". ¿Desde cuándo se están buscando estas palabras, que eran ya unas de otras, para verificarse fraternalmente en esta expresión indivisible? ¿A qué fidelidad, a qué recuerdo, súbitamente establecido, responde su armonía? Esta fidelidad, que insta su enlace, es la valencia estética. Nada tiene que ver con su valor gramatical. Este valor depende sólo de su función lógica y es cosa de gramática. La valencia estética depende sólo de su armonía y afinidad espiritual, y es cosa de estilística. Al hablar o escribir, advertimos que unas palabras atraen a otras, y no en virtud de su función, sino, aun a veces, en contra de ella. Si se requieren estas palabras, es porque son valentes entre sí. Se hacen valer, iluminadamente, por mutua refle-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

xión. La valencia vivifica una lengua alboreándola. Por ella la palabra puede estrenar un alma nueva cada día.

La conexión, sintáctica o estética, es un carácter esencial del lenguaje simbólico. Todas sus partes están relacionadas entre sí, de tal manera, que la supresión y aun el cambio de orden de una de ellas, determina variación de sentido. El simbolismo es como una corriente continuada, que tan sólo camina hacia el encuentro de la unidad. No se puede descomponer en partes, ni remansar, sino en su propio fin. Donde termina su corriente, se verifica su sentido. Mas esta conexión del simbolismo, se integra siempre y cada vez en unidades superiores. Destacaremos sólo las que juzgamos esenciales. Las palabras no revelan su significación completamente, sino 1.°, cuando se relacionan entre sí; 2.°, en conexión con la lengua; 3.°, en conexión con la virtud simbólica o lenguaje. Proposición, lengua y lenguaje tienen sus propias leyes, que determinan y completan la órbita significativa de la palabra. En esta triple conexión descansa el simbolismo su integridad. Sin conexión no existe verdadero lenguaje, ni aun verdadero pensamiento.

Ahora bien; dentro de la expresión, cada uno de los gestos se encuentra siempre desconectado de los demás. Carece de valencias. Su significación es un mundo hermético y total. Pues la expresión no es nunca una corriente temporal, donde todas las partes se relacionan con el todo. La continuidad de su ejercicio no implica sucesión. No se sucede un gesto de otro gesto, formando una cadena temporal y causal. No constituyen una representación articulada. Su origen no es reflexivo, sino reflejo. La expresión la decimos, pero no la sabemos. El gesto no se encuentra incluído dentro de una totalidad que le confiera su sentido. Es igual que una isla. Y aun igual que una isla sumergida en el tiempo. Nadie puede bojarla.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

2.° *La temporalidad.*—El gesto es un puro presente; se encuentra, pues, como aislado en el tiempo. Nadie lo puede repetir. Nadie lo puede objetivar. No revierte, bajo forma ninguna de experiencia directa, sobre el sujeto que lo ejecuta. Hay un gesto semántico y hay un gesto expresivo. Gesto semántico es aquel que ejecutamos reflexiva y voluntariamente. Nace siempre de insuficiencia o reticencia expresivas. En un caso o en otro, sustituye a la palabra que se encuentra latente bajo él. Dice implícitamente esta palabra. Pertenece por igual a la expresión y al simbolismo. El gesto expresivo, en cambio, se ejecuta de manera involuntaria y natural. Revela una expresión, no un simbolismo. El es el gesto verdadero. Puede engañar, mas no mentir. Descubre totalmente nuestro estado de ánimo. Nadie puede mentir diciendo *todo* lo que siente. Mentimos ocultándonos detrás de las palabras. Mas tras el gesto natural no cabe ocultación. Siempre es sincero. Es una acción que le acontece al hombre, como acontece al árbol la eclosión de la flor. En modo estricto, no es un suceso, sí un acontecimiento. No pertenece al mundo de la conciencia y de la historia. No puede sucederse, ni suceder. Acontece tan sólo, naturalmente, como el musgo sobre las rocas del cantil. Queda estereotipado en su fugaz presencia, pero deleble, igual que una "escultura de música en el tiempo". La palabra no sólo es tiempo, sino historia. Narrándonos lo que las cosas fueron, lo que las cosas son, nos cuenta nuestra historia. Pues el hombre se va haciendo a sí mismo, historizándose, con ellas, según cambia la imagen o el simbolismo de las cosas, dentro del ámbito de su palabra. Por ello el gesto nos patentiza sólo, y la palabra nos modela. El gesto es una acción, en cierto modo, intemporal, mas la palabra es una narración. El gesto queda aislado en su puro presente. No puede convertirse en experiencia, y, justamente por ello, la expresión es un lenguaje imperfectible. Mas la palabra se convierte en historia, al desdoblarse en

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

expresión, y ser oída por la propia conciencia del hablante. No es un puro presente, sino una sucesión. Al pronunciarla, revierte sobre ella nuestra atención, encadenándola en dos tiempos distintos: el hablar y el oír puramente interiores. El gesto no se comprende, se comparte. La palabra no se comparte, se comprende. Entendemos el gesto al contemplarle, simbolizándole, y convirtiéndole en palabra, o al menos acercándole a ella. Al ver llorar, establecemos, ciertamente, un diálogo con el triste. Pues contemplarle, es comprenderle. Mas no es este diálogo puramente expresivo. Si el gesto es expresión pura, la contemplación del gesto es ya expresión simbólica. La expresión pura es solamente comunicable por vía instintiva. Y, finalmente, el gesto es una palabra que se ve, y la visión es un sentido más espacial que temporal. La palabra se oye y la audición es el sentido de la pura temporalidad. La visión se verifica en una arquitectura, la audición se sucede en una línea. La palabra se organiza en el tiempo y el gesto en el espacio. No puede repetirse, ni aun casi recordarse. Es un puro presente que está siempre acaeciendo distinto y sucesivo. La expresión es igual que la playa donde una ola borra otra.

3.° *La voluntariedad consciente.* — Para fijar su límite expresivo se descompone la palabra en dos acciones elementales, reflejas, dialogadas: el hablar y el oír. Tiene consciencia el hombre de su hablar, porque se escucha mientras habla. Este desdoblamiento interior entre el hablar puro y el puro oír, permite que nuestro pensamiento tenga continuidad. Sin conexión no existe simbolismo. Sin conciencia lingüística no existe conexión. El diálogo interior es el carácter que por sí sólo determina la frontera natural entre el lenguaje y la expresión. La expresión la decimos, pero no la sabemos; no se escucha a sí misma. No se objetiva ante nosotros en el desdoblamiento de la conciencia. Es una acción ejecutada como en sueños, espontánea y sonámbula. Al ser objetivada, social-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mente, pierde su mismidad. Pues la expresión no puede objetivarse, sino compartirse. El niño llora al ver llorar. Comparte la tristeza sin entenderla propiamente. Su llanto no tiene propia y personal motivación. Pero el gesto que contempla se encuentra frente a él, henchido de la plenitud de su fuerza comunicable y expresiva. Es como una llamada ineludible para la vigilancia del instinto. El niño es un ser expresivo. Atiende directamente a la expresión del llanto. Es arrastrado por los ojos. Comparte la tristeza, irreflexivamente, convocado tan sólo por la fuerza expresiva del gesto. El hombre, en cambio, es un ser simbólico. No llora al ver llorar. No llora, al menos, de ver llorar. Cuando comparte la tristeza es comprendiéndola. Su comprensión se puede referir, bien a la causa que la motiva, bien al estado de alma que representa el gesto. En uno y otro caso, no es el gesto directamente quien ocasiona su respuesta. Esta deviene, sin duda alguna, de la tristeza, o de la causa de la tristeza. El niño, pues, comparte el llanto por su pura radiación expresiva. El hombre le comparte por reflexión simbólica. Claro está que él también es un ser expresivo. Casi es inútil advertir, que en rigor no abandona su infancia, no deja nunca de ser niño. Mas su expresividad, con el paso del tiempo, pierde fuerza espontánea y se voluntariza; se va desmoronando con el contacto reflexivo. Ya mediada la vida, no vuelve nunca nuestra expresión a ser íntegramente pura. La falta de conciencia no le permite al gesto objetivarse. En el diálogo simbólico interior todo hablar presupone un oír, que se dan en el mismo sujeto. En el diálogo expresivo el hablar y el oír se verifican indispensablemente en dos sujetos diferentes. El diálogo expresivo no es un hecho individual, sino social. El diálogo simbólico se unifica y completa sobre la conjunción de ambos estratos. La conciencia es la frontera natural que separa irrevocablemente a la expresión del lenguaje.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

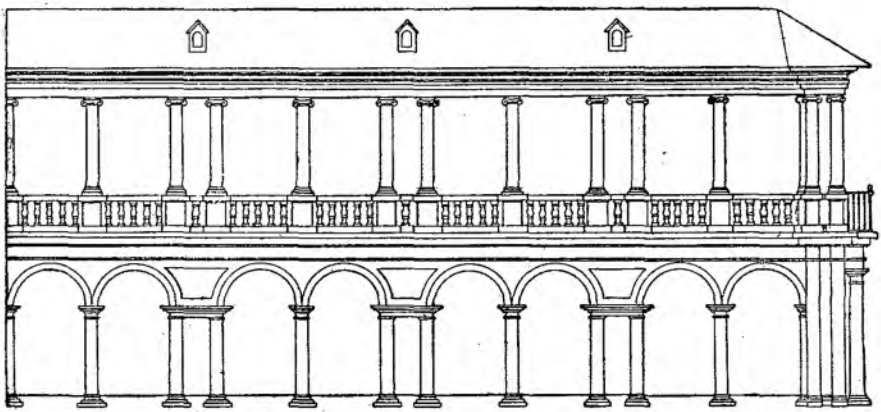
4.° *La integridad.*—El gesto natural revela siempre la integridad de un estado de alma. No puede descomponer la variedad de sus elementos integradores. La palabra necesita descomponer la actividad anímica para lograr representarla. El gesto es una acción integradora; la palabra es una acción discriminadora. El gesto induce la evidencia, y la palabra el conocimiento. El gesto expresivo es reflejo e involuntario; la palabra: voluntaria y reflexiva. Por ello no manifiesta nunca la entereza radical de un estado de ánimo. Este principio de distinción se puede formular como una ley: *la ley de integridad expresiva y discriminación simbólica.* Su cumplimiento es un carácter ineludible. Sin embargo, ciertos hechos lingüísticos, la negación, por ejemplo, parece que contradicen esta ley. La negación revela un estado de ánimo total. Mas si reflexionamos sobre su carácter, advertiremos que la negación manifiesta tan sólo el resultado de un proceso interior, latente y suspendido. No evidencia directamente el estado de ánimo, ni tampoco el proceso afectivo en su totalidad, sino tan sólo su decisión. Revela, pues, un hecho simple. El gesto, en cambio, no nos revela el resultado, sino la integridad de su proceso anímico. Nos sitúa frente a él, totalizando su expresión. Revela, pues, un hecho sumamente complejo. Verdad es que subrayamos con ademanes la acción verbal. Verdad es que ocultamos, a veces, la integridad del pensamiento, con el gesto. Parece, pues, que estos hechos contradicen la ley de integridad expresiva. Se miente con el gesto porque podemos descomponer en él la unidad del proceso afectivo. La caricia no representa siempre la realidad de un impulso amoroso. Pudiera ser como el beso de Judas. La sonrisa puede tener un sentido reticente o irónico, y aun fingir un estado de complacencia y alegría. Pero entonces son un gesto semántico. No expresan propiamente, sino más bien simulan, la expresión. Mas no es posible simular sin desdoblarse

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

interiormente, y este desdoblamiento sólo es posible realizarlo por reflexión simbólica. El ademán que subraya u oculta ya es un puente que comunica a la expresión y al simbolismo. El gesto sólo miente simbolizándose, es decir, cuando no representa su integridad expresiva.

5.° *El hermetismo.*—La expresión natural es siempre hermética. Como expresión estrictamente intemporal no puede ser objetivada en el recuerdo. Un gesto no se recuerda; se recrea. Como expresión estrictamente individual, no puede comprenderse, sino más bien analogarse. Deducimos metafóricamente al contemplar el llanto que corresponde a una tristeza. Mas no hay una tristeza igual a otra. La comprensión se verifica sobre una zona mínima de identidad. Toda expresión, literalmente individual, es siempre intraducible. El gesto se analoga y la palabra se traduce. la comunicación simbólica se establece sobre la reflexión; la comunicación expresiva se verifica sobre el instinto. Estamos confinados, temporalmente, dentro de su hermetismo.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.



Notas

NOTAS: *Un libro acerca de Gonzalo Pérez,* por Antonio Marichalar, Marqués de Montesa; *El lenguaje y la vida*, por M. Muñoz Cortés.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

NOTAS

UN LIBRO ACERCA DE GONZALO PEREZ

NUESTROS clásicos sentían grande respeto hacia los secretarios del rey. Saavedra Fajardo llega a llamar a los Evangelistas "secretarios de Dios". El secretario no sólo había de guardar secreto, sino que tenía que ser inteligente y despierto: "Del entendimiento, no de la pluma, es el oficio de secretario." Es decir, "cosa mentale", como quería Leonardo que fuese la pintura. Y aquellos secretarios de los Austrias habrían de formarse, en el ejercicio de su oficio, con los más antiguos y expertos de ellos. Hubo una escuela de secretarios, como hubo estirpes de Erasos, Santoyos, Idiáquez, Gracianes, etc., en las cuales se mantuvo una tradición y se adiestró una técnica. Pero algunos secretarios venales, conscientes de su poder, y débiles a la tentación de utilizarlo, dieron al traste con tanto prestigio como se había acumulado. El descrédito en que incurrieron los tales desprestigió el cargo. Se hizo un cierto olvido. Se pensó únicamente en novelar lo que en la vida de algunos secretarios hubiera habido de novelable.

No obstante, hace algunos años los historiadores empezaron a echar de menos esa aportación heurística que, callada y pacientemente, hicieron aquellos hombres: "Sería preciso también —escribe el Padre Luciano Serrano, el año 1918— hacer estudios especiales sobre los secretarios del rey, puesto que sus ideas personales influían entonces, como hoy las de los ministros, de un modo bastante decisivo en las resoluciones del soberano." Se refiere a Felipe II. Y al año siguiente, los señores Sánchez Cantón y Allendesalazar, en una obra de iconografía, tendrán un recuerdo para "aquellos secretarios de Carlos V, hombres hidalgos, modestos y competentes, que tan bien llevaban los negocios; troncos de grandes casas, no vástagos degenerados de altos linajes; hombres buenos y honrados, en fin, que en nada imitaron, des-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

graciadamente, sus soberbios y empingorotados sucesores de los tiempos de Felipe III y Felipe IV y siguientes." En efecto, ya en la segunda mitad del reinado de Felipe II se produce la crisis, y los validos de los reinados posteriores acabarán con el respeto que tales cargos supieron inspirar a las gentes. Si Felipe II hizo que los consejeros se envolvieran en la respetable garnacha para que no se repitiera el caso de que quien ignorase su grave autoridad pudiera atropellarlos en la calle, debieron estos magistrados hacerse siempre dignos de ropón tan venerable y no arrastrar por el lodo, a veces, sus solemnes vuelos talares. Mas como quienes tal cosa hicieron fueron también los que habrían de suscitar mayor curiosidad en el lector, ávido a veces de husmear el escándalo, atrajeron la atención de historiadores y eruditos. Juderías, por ejemplo, dedica sus desvelos a investigar vida y gestión de Franqueza. De los secretarios austeros que, a fuer de honrados, no tuvieron historia, no se acordaba nadie, pues que el tema resultaba arduo, lento y de escaso lucimiento y porque aquellas eminencias grises habían esfumado de intento toda su personalidad para trocarse en pies y manos que operan en la sombra, guardando las espaldas del poder absoluto a quien correspondía toda decisión última.

Hoy la investigación histórica persigue una verdad que ha de valer por ella misma y que es necesario alcanzar sin utilizarla con uno u otro fin ajeno al propósito del historiador probo. Y ha salido de las prensas una obra considerable en dos tomos sobre *Gonzalo Pérez,* escrita —y preparada durante largos años— por quien estaba mejor pertrechado acaso para abordar el tema: Don Angel González Palencia. El autor de los eruditos estudios sobre el Comendador Mayor de Alcántara y sobre Don Diego Hurtado de Mendoza podía dedicar una aplicación y un conocimiento excepcional de la época, a investigar sobre figura tan aparentemente borrosa como fué la de Gonzalo Pérez. No lo es ya, porque, a modo de prólogo, hace el autor una semblanza en que lo define antes de hacerlo patente en el libro.

Puede decirse que no se ha sabido, o no se ha querido saber, de algunos secretarios más que aquello que dijeron, en sus informes, algunos embajadores. Y los embajadores hablaban de la feria según su propia, acertada o equivocada, impresión y conveniencia. Lo que pudo alguno de ellos decir de Gonzalo Pérez para nada prejuzga al concepto que, en este libro, logra la figura del secretario. No es probable que Felipe II, que tan severo fué con ministros eminentes, cual el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

contador Garnica, hubiera pecado, a sabiendas, de benévolo y blando con ninguno de sus secretarios. La historia de Antonio Pérez es única, y tan distinta que no puede influir en el ánimo para juzgar a los secretarios. En general, si la desconfianza y la cautela caracterizan al monarca, la lealtad y la honradez, a los secretarios, y Felipe II trató de mantener el espíritu de aquel cargo, puede decirse que dando ejemplo no sólo en la laboriosidad, sino también en el rigor y escrúpulo al tratar los negocios propuestos. Y de él se cuenta que era tan minusioso en el despacho que amonestó, en cierta ocasión, a Zayas porque, al hacer referencia de un texto, lo había alterado, y el cambio se reducía a poner "algún tiempo" donde el texto de la carta, del Duque de Alba, decía exactamente "algunos meses".

Fueron muchas las prerrogativas que tuvieron los secretarios, y las habrá de enumerar Bermúdez de Pedraza en un libro especialmente dedicado a ellos; pero quien más entrada les dió en la gobernación fué el Rey Prudente, pues, sin tenerlos por válidos, formó con ellos un tercio a cuya cabeza se puso el propio monarca burócrata: "Distribuyó —dice Cabrera de Córdoba— los negocios por sus secretarios, con diversas materias, y favoreció la suficiencia dellos, y virtud examinada, para que fuesen dignos por ella de comunicarle por escrito, y a boca, entrando en su acatamiento a consultar, y negociar por sí mismos, dándoles mano en el expediente, de manera que éste pendía dellos, y de sus consejos."

Fué la de Gonzalo Pérez figura corpulenta y respetada en las cortes de Carlos y de Felipe: esos dos reinados que los eruditos del siglo XIX gustaban de definir oponiendo al verso de Acuña, "un monarca, un imperio, una espada", el de Frías: "un trono, un altar, una bandera", representativos del carácter del uno y del otro. Y en ambos fué Gonzalo Pérez fiel servidor y notable humanista.

En el libro de González Palencia vemos, por primera vez, esta figura de cuerpo entero. Y eso que el autor, más atento a su labor aportadora de erudito que a la ubérrima de historiador, sacrifica, con ejemplar probidad, buena parte de aquello que ha sido dicho por otros anteriormente, aunque el valerse de ello pudiera proporcionarle ahora marco y soporte adecuado a su narración biográfica. Desdeña adornarse con plumas ajenas. Y esto, que sería tan fácil atribuirlo a orgullo como a modestia, no es sino vocación y premura de paciente investigador que no puede perder el tiempo en lo que entiende que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

es repetición para su coleto. Hay en el libro un prurito, loable, de aclarar cuanto sea posible el tema que, en cada línea, surge. La bibliografía es sobria y concreta. La obra es, en su mayor parte, de primera mano. Podría decirse que, salvo lo tomado de los *Documentos inéditos*, lo demás es inédito. Es decir, que este libro exhuma una importantísima colección de cartas y no pocos datos de manuscritos genealógicos (alguno de los cuales, como el Gutiérrez Coronel, acaba de ser publicado por el Sr. González Palencia y contiene gran número de referencias, si bien no todas verificables).

Además de la de Gonzalo Pérez apuntan en este libro muchas biografías incipientes de personajes, que en fuerza de verlos asomar aquí y allá una vez y otra, ya vamos conociendo. El Sr. González Palencia debería completar la historia de alguno de esos otros secretarios que le son familiares, como Juan Vázquez de Molina o Francisco de Eraso o aquel Francisco de los Cobos, "fiel" y mujeriego, que tan sabrosos rasgos dejó de su paso. Con ello nos daría un libro más: de esos que, como su *Don Luis de Avila* o su *Don Diego Hurtado de Mendoza*, van logrando, en nuestra biblioteca, pátina y deterioro. Quiero decir que hay libros por los que no pasa el tiempo: son aquellos que, después de leídos, colocamos, para siempre acaso, en cualquier sitio. Y hay otros que, por ser libros de consulta, se van gastando como los diccionarios. Pero hay, entre éstos, algunos de los que podríamos decir que envejecen con nosotros porque a ellos volvemos de continuo y, a veces, con frecuencia tal que no deja de sorprendernos en cierto modo. Son éstos, libros que el tiempo nos revela como buenos servidores. Y pues *Gonzalo Pérez* supera a los demás libros biográficos del autor, no es mucho desearle esa suerte de perpetuidad, y deseársela no tan sólo por él, sino por nosotros.—ANTONIO MARICHALAR, MARQUÉS DE MONTESA.

EL LENGUAJE Y LA VIDA

HAY libros que, cuando el tiempo pasa por ellos, experimentan una total caducidad, se convierten en testimonios de un esfuerzo, mas no tienen ya eficiencia operante. Hay otros que, si bien sometidos a esa ley del tiempo, permanecen siempre vivos. Son estos últi-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

mos, casi siempre, los que manifiestan un descubrimiento o plantean un programa de investigaciones, y modelo de éstos *El Lenguaje y la Vida*, a cuya excelente versión al español, realizada con el máximo cuidado por Amado Alonso, hemos de referirnos (1).

Permítasenos previamente un elogio a esta actividad ya antigua de Amado Alonso de traductor de importantes libros de nuestra ciencia. Desde la versión de los estudios de Spitzer, Hatzfeld o Richter sobre estilística, hasta estas obras de Bally, de la *Lingüística General*, de Saussure, y las qeu se anuncian, los libros mejores, las *Hauptwerke*, de la lingüística románica, están a nuestro alcance material. Conste aquí nuestra gratitud.

Dentro del campo de la lingüística románica, la obra de Bally se agrupa fielmente en los cuadros de la llamada "Escuela Francesa", si bien su título más justo sería el de "Escuela Suiza". Pero en este caso la lengua y, como ha destacado Jorgu Jordan, el "espíritu" francés (en especial su carácter social) han dado motivo a esta designación. Podríamos agregar una característica especial de Bally: su preocupación didáctica. Desde su *Précis de stylistique* y su *Traité de stylistique française*, existe en él esta tendencia pedagógica que le fué acremente censurada por Leo Jordan. Pero en *Le langage et la vie* tal tendencia, si bien aun tiene existencia, deja paso a una auténtica preocupación teórica, que por otra parte, y a pesar de las invectivas de Jordan, no dejaba ni mucho menos de estar presente en el *Traité de Stylistique*.

El Lenguaje y la Vida se propone, ante todo, examinar el funcionamiento del lenguaje humano como fenómeno vivo y cotidiano. Es decir, representa la exigencia de un método sincrónico (si bien en algunos momentos está presente el diacronismo, por ejemplo en la discusión de la función del futuro perifrástico romance). En la primera parte del libro estudia "El Funcionamiento del Lenguaje y la Vida". Bally y plantea su posición sociológica ("son las leyes del espíritu humano y de la sociedad las que explican los hechos lingüísticos") y su sincronismo ("La lingüística estática reclama así su lugar junto a la lingüística evolutiva"). Y estas exigencias de Bally hoy día ya han pasado muy allá del mero programatismo: hoy, en efecto, un poderosísimo movimiento científico, centrado sobre todo en el "Círculo lingüístico de Praga", ha llevado a cabo, hasta sus últimas consecuencias, las ideas

(1) Editorial Losada. Buenos Aires.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

saussurianas, de las que Bally se hizo denodado intérprete. Pero nuestro autor camina con paso propio en ese aspecto de lo que podríamos llamar "vitalismo lingüístico". Si leemos con atención estas páginas sorprendemos ecos en nuestro recuerdo de otras voces europeas, y no ciertamente del campo de la lingüística. Así en esta afirmación: "Vivir no es comprobar ni saber: es, ante todo, creer, creer en no importa qué; la elección de creencias es lo que revela la personalidad propia de cada uno." Para nosotros, lectores de Ortega, estas palabras retiñen el eco del pensamiento del filósofo español. Para Bally "no vivimos para pensar, pensamos para vivir". Y el lenguaje está al servicio de esta función vital del pensar. El lenguaje sirve a la afectividad esencial de las manifestaciones vitales, a su subjetivismo, a su tendencia activa. Pero, como contrapolo, sirve esencialmente al instinto de sociabilidad. Naturalmente, Bally no rechaza el papel de la inteligencia en el lenguaje, sino que la estima en su papel esencial, pero como medio, no como fin. Y exige en la investigación de las manifestaciones lingüísticas el sincronismo. No es ocasión ahora de hacer una crítica de este método sincrónico, y por otra parte ya me he referido a él y a sus limitaciones en esta misma Revista (2). Nos interesa, sobre todo, atender al modo de interpretar algunas manifestaciones de la lengua viva, es decir, al funcionamiento evolutivo del lenguaje. "La evolución del lenguaje y la vida" es la segunda parte de la obra.

En esta segunda parte comienza Bally por el análisis de las ideas de "evolución y progreso" aplicadas al lenguaje. Desde hace tiempo —desde la fundación d ela moderna lingüística—, la idea de la evolución del lenguaje está admitida sin discusión posterior. Pero ¿supone toda evolución un progreso? Nada de esto: nuestra ecuación evolución = progreso es una consecuencia del subjetivismo con que contemplamos los hechos: "Expresión de nuestra vida, de nuestra personalidad, no puede modificarse el lenguaje sin que nosotros admitamos sentido al cambio. Cosa notable: en una comunidad lingüística pocos individuos se dan cuenta de la evolución de la vida, porque se realiza en gran parte inconsciente y colectivamente; pero casi todos creen que los destinos de esa lengua dependen enteramente de la voluntad humana, que la puede perfeccionar o corromper." Cree oportuno establecer una semejanza entre esta creencia y la de la superioridad de la lengua ma-

(2) *Filología e Historia,* Escorial, núm. 21.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

terna sobre las demás. Sin embargo, hay momentos en que la superioridad se establece según una jerarquía de valores no subjetivos. Recuérdese todo el problema histórico del juicio de Carlos V sobre el español. Por otra parte, Bally cree que el concepto de cambio es válido sólo cuando hay una modificación del sistema gramatical, y tal cambio no se puede llamar progreso sino cuando hay razones superiores para juzgar el estado nuevo superior al antiguo. Y ¿qué criterio será el que nos sirva de piedra de toque?: ¿el literario, el lógico, el social?

Brevemente rechaza el criterio literario. Estima como un "prejuicio funesto" el creer que el lenguaje se ha perfeccionado porque la literatura se ve próspera: a lo sumo ambos hechos pueden ser consecuencias independientes de un mismo hecho: el alto grado d ecivilización que alcanza un grupo social. Como el lenguaje no persigue una finalidad estética, el criterio literario no tiene valor. ¿Será, pues, el criterio axiológico la tendencia a una mayor claridad lógica? Tampoco, ya que la afectividad y la expresividad obran continuamente, y no se tiende al principio de univocidad: esto lo hace el lenguaje científico, el técnico. Aquí Bally insiste en la transformación que palabras de lenguajes especializados sufren al pasar a la lengua ordinaria ("filosofía, idealismo, metafísica"). A estos ejemplos puedo añadir otros de la lengua española actual que no dejan de tener cierto interés. La palabra "atómico", originariamente, no es más que un adjetivo determinativo 'perteneciente al átomo'. No era infrecuente el uso de "átomo", "atómico", "atomizar", en el sentido de 'cosa pequeña', 'pequeño', 'desmenuzar'. Pues bien, desde el descubrimiento y uso de la "bomba atómica" el adjetivo "atómico", henchido de concomitancias vitales de máxima destrucción, de fuerza inmensa, ha pasado a tener un sentido de 'gigantesco', y se habla de "programa atómico", de "raciones atómicas" o "éxitos atómicos", en el sentido expresado. Nada menos que un cambio total de significación y sentido se ha verificado. La univocidad se ha trastocado completamente. Otro ejemplo en el que operan la ironía eufemística, tan característica de los *argots*. En los mercados madrileños, los puestos en donde venden los "despojos" (es decir, las cabezas, sesos, vísceras y manos de los animales de consumo) era ya tradicional que se anunciasen con este rótulo: "Idiomas y Talentos" (es decir, 'lenguas' y 'sesos'). No hace mucho hemos podido observar otros rótulos, que por un fenómeno de culteranismo vulgar, anunciaban

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

"Trepanaciones y Filología". Obsérvese también algunos fenómenos paralelos: la palabra *romántico* ha excedido, a través del tiempo, en mucho a su primera significación. Algo parecido está sucediendo en Francia con el "existencialismo" que, entre bromas y veras, está pasando al habla ordinaria, designando lo extraño, lo extravagante.

Tampoco la tendencia analítica es un criterio de progreso en el sentido de mayor claridad. Porque muchas de las formaciones analíticas romances (por ejemplo el ya citado perifrásico) no provienen del pensamiento intelectual y analítico, sino de una subjetividad vital. Podríamos quizá referirnos también a la formación de otra forma perifrástica: la formación del llamado en español pretérito perfecto (he + participio). Tiene, es cierto, un matiz temporal, pero desde Lorck se afirma la subjetividad de este tiempo ("he perdido el dinero" equivaldría a "lo tengo por perdido"). Y una vez que se gramaticalizan las formas, es decir, que pierden ese valor expresivo, la lengua crea otras (en el sentido de obligatoriedad hablaré, hablar he, sustituye he de hablar, "tengo que hablar").

¿Dónde habrá que buscar, pues, el progreso? ¿Será en su servicio a un ideal social? La función social del lenguaje es la de "permitir a todos los miembros de una comunidad entenderse en toda la extensión del dominio lingüístico"; cree Bally que las lenguas se acercan a ese fin a medida que desaparecen las particularidades individuales y dialectales: desaparición que es tanto más rápida cuanto más se desarrolla la civilización y madura más la conciencia social. Bally compara la situación del francés con la del alemán. El francés ha eliminado casi totalmente los dialectalismos y ha alcanzado un notable estado de corrección social. El alemán comparte su vida con la de los dialectos, y éstos proporcionan al habla media muchos elementos, lo que crea una abundancia excesiva de vocabulario. Podríamos nosotros añadir el estado del español. En primer lugar, no hay una sanción social para los dialectalismos, no ya en la conversación, sino en manifestaciones públicas —a excepción del teatro— el dialectalismo fonético se admite sin grandes dificultades. El sintáctico vive en algunas regiones (por ejemplo, el uso de condicional por subjuntivo en parte de Vitoria y Burgos, siendo característico del país vasco-navarro). Pero numerosos dialectalismos han pasado al habla media, sobre todo del andaluz.

Bally ve en este fenómeno de la eliminación de dialectalismo un cierto progreso social, pero el mismo progreso social humano trae la mul-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

tiplicación de círculos especializados, con su lenguaje correspondiente, que da voces y giros al habla media, creando de nuevo equívocos y multiplicidad de voces.

En conclusión, no puede hablarse de progreso lingüístico, al menos no podemos apreciarlo con nuestros métodos. "Más bien sorprendemos, en todas las fases de su evolución, un movimiento perpetuo de forma rítmica, una especie de oscilación, descompuesta a su vez en oscilaciones de menor amplitud." El problema queda, pues, planteado. Bally no se refiere a otros trabajos, por ejemplo, al de Jespersen, *Progress in Language* (Londres, 1898) (cito de segunda mano) ni a *Le Langage*, de Vendries, en donde también se plantea el problema. Pero nuestro autor realiza su investigación con mucha más finura y claridad.

Dejando aparte el capítulo "Dos concepciones de la Estilística", pasemos al ensayo que creemos eje del libro, y al cual hemos de ceñir el final de nuestro comentario, "Mecanismo de la expresividad lingüística". Hasta ahora Bally ha insistido en la necesidad de la consideración y estudio del elemento afectivo del lenguaje. Como introducción vuelve sobre esta misma idea, con el propósito de esclarecer el papel de la fuerza afectiva en el lenguaje. "La afectividad —dice— es la manifestación natural y espontánea de las formas subjetivas de nuestro pensamiento." Pero no le es tan fácil determinar en dónde reside la emoción de una expresión afectiva. ¿En la palabra o en la misma realidad? Es un hecho que hay que investigar apoyándose no en clasificaciones fijas, sino modificables con arreglo al cambio de la realidad. En este estudio —el más importante del libro— Bally va a analizar las posibilidades expresivas del lenguaje, o mejor dicho, de los procedimientos del lenguaje, entendiendo por tales "el conjunto de medios con los cuales pueden los hablantes, al margen de la lengua común, manifestar de modo más o menos personal sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos, sus actos de voluntad.

Estudia de esta manera toda una serie de modificaciones, ya de significante, ya de significado: procedimientos fonéticos, entonación, acento, y que, como decíamos antes, han recibido hoy una amplia investigación con la creación de los estudios fonológicos. Procedimientos de significado en donde las viejas figuras retóricas reciben una nueva explicación, y una fundamentación basada en la psicología de la lengua. En suma, una revisión de todos estos procedimientos cuyo estudio detallado sería objeto de muchas investigaciones, y en realidad

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.

ya lo han sido. (Para el español recuérdesen los libros de Beinhauer: *Spanische Umgansprache* y *Beitraege zu einer spanische Metaphorik.)*

La obra comprende otros estudios: "Lenguaje transmitido y lenguaje adquirido", "La presión social en el lenguaje", "La Enseñanza de la lengua materna y la formación del espíritu". Pero, en esencia, las ideas expresadas en ellos son las que hemos anotado ya. Un análisis total de las ideas de Bally requeriría el de toda la escuela a que pertenece. Aquí únicamente he querido destacar el interés vivo aun de este libro, uno de los más sugestivos de la lingüística contemporánea.—M. Muñoz Cortés.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Escorial. 2/1947, #55.